DANIELA ARNOLD

LA NIÑA DE LA HABITACIÓN NÚMERO 11

UN THRILLER PSICOLÓGICO



DANIELA ARNOLD

LA NIÑA DE LA HABITACIÓN NÚMERO 11

DANIELA ARNOLD

LA NIÑA DE LA HABITACIÓN NÚMERO 11

UN THRILLER PSICOLÓGICO

Copyright © 2021 Daniela Arnold

86179 Augsburg, Almenrauschstr. 6a

www.daniela-arnold.com

Diseño de portada: Kristin Pang

Shutterstock.com: 1419796733 (Mädchen) ©Kati Kemppainen, 2799935669 (Ball) © Maria Zacon, 2478760747 (Struktur in Typo) © Olex Runda, 2708794261 (Schachbrettbodenmuster) ©Francesca Leslie.

AdobeStock: 126502565 (Treppe, Zimmer)m© bortnikau, 37144299 (Schaukelpferd) © RomaineQuéré.

Corrección: http//www.sks.heinen.de

Traductora: Eva Trillo Caramés

Composición tipográfica/Diseño interior: Inca Vogt

La obra y todos sus contenidos están protegidos por derechos de autor. Se reservan todos los derechos. Queda prohibida cualquier forma de reproducción total y parcial (impresión, fotocopia o cualquier otro procedimiento), así como el almacenaje, el procesamiento, la reproducción y la distribución mediante sistemas electrónicos de cualquier tipo sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora. Se reservan todos los derechos de traducción.

A pesar de una revisión y corrección exhaustivas, pudo haberse pasado por alto algún error. Es por ello por lo que la autora agradece cualquier sugerencia al respecto. Queda excluida toda responsabilidad y se reservan todos los derechos.

Se excluye cualquier responsabilidad, todos los derechos reservados. Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas es mera coincidencia y no ha sido intencionada.

CONTENTS

Sobre La Autora
Sobre El Libro

Prólogo
1. Augsburgo
2. Londres/Boscastle
3. Stratton/Boscastle
4. Augsburgo
5. Boscastle
6. Boscastle
7. Boscastle
8. Boscastle
9. Boscastle
10. Londres
11. Boscastle/Stratton
12. Boscastle
13. Boscastle
14. Boscastle
15. Boscastle
16. Boscastle
17. Boscastle
18. Boscastle
19. Boscastle
20. Boscastle
21. Boscastle
22. Boscastle

Epílogo

Avance
Sobre El Libro
Prólogo
DESPEDIDA DE SOLTERA

Abano Therme

SOBRE LA AUTORA

La escritora de *thrillers* Daniela Arnold nació en 1974 y vive con su familia en la hermosa región de Baviera. Daniela Arnold estudió periodismo y trabajó durante mucho tiempo como escritora *free lance* para numerosas revistas de prestigio.

Es la autora de *Lügenkind* y *Scherbenbrut*, dos números 1 en las listas *Kindle* y *Bild*.

Con su *thriller El silencio de los pecadores* llegó a ser finalista en los *Kindle Storyteller Award* de 2020.

La niña de la habitación número 11 es el *thriller* número 29 de esta autora de superventas.

SOBRE EL LIBRO

Un hotel solitario en los acantilados.
Un lugar con un pasado oscuro.
Y muchas jóvenes desaparecidas y asesinadas.

Sin embargo, la verdad siempre tiene dos caras.
¿Con cuál te quedas tú?

Han pasado más de veinte años desde la última vez que Sienna estuvo en la costa sudoeste de Inglaterra. Ahora que ha vuelto, la conmoción le sacude hasta lo más hondo del alma:

Su madre, una reconocida periodista, es brutalmente agredida durante uno de sus viajes de investigación y está agonizando por la gravedad de las heridas.

Sienna no sale de su asombro al descubrir que la vida de ambas, incluido su pasado, no es más que una enorme mentira. No tardará en poner en duda todo aquello en lo que alguna vez ha creído.

¿De verdad su padre se marchó y las abandonó hace veinte años? ¿Y por qué, a lo largo de varias décadas, su madre le ocultó la existencia de una abuela?

De hecho, ¿por qué ha vuelto, tras tantos años, al lugar en el que le sucedió algo terrible?

Cuando Sienna descubre que la desaparición y el asesinato de tantas jóvenes parecen estar de alguna manera vinculados al pasado

de su propia familia, no intuye que está despertando el mal más abismal y que está a punto de perderlo todo, incluida su vida.

Para mi hijo Tim

PRÓLOGO

¡Corre! le gritaba la voz en su cabeza. *¡No te detengas!* Mientras sus piernas atravesaban a cada vez más velocidad los rastrojos y la maleza, su cabeza, llevada por el pánico, hizo un giro brusco para echar un vistazo por encima del hombro.

Craso error porque al siguiente segundo chocó con el hombro izquierdo contra un árbol. Le costó no soltar un alarido de dolor.

¡Sigue! La voz en su cabeza era implacable. *Ya lamerás las heridas después.*

Si es que para ella todavía había un después.

Ese pensamiento le cortó el aliento, intentó ignorar el ardor en los pulmones.

Si por lo menos no estuviera todo tan oscuro…

Aquí fuera no había casas ni farolas, solo de vez en cuando el resplandor de algún coche que circulaba por la carretera rural vecina e iluminaba por un breve instante el cielo más allá de las copas de los árboles. Después, todo volvía a ser engullido por aquella negrura impenetrable.

Pero ¿cómo había podido ser tan estúpida como para correr hacia el bosque?

Debería saber que entre los árboles y matojos sería mucho más difícil avanzar sin hacerse daño.

Como respondiendo a una orden, le empezó a doler el hombro izquierdo.

¡No llores! insistía la voz en su cabeza. *¡Corre! Si hay un atisbo de esperanza, es ese: correr.*

Se obligó a mirar fijamente hacia delante, a no dejarse llevar por el miedo y a no volver a girarse. Trató, en vez de eso, de discernir lo mejor que pudo los contornos de los árboles ante ella, el sendero estrecho a sus pies, sin embargo, era prácticamente imposible. No dejaba de tropezar o de rozar con un árbol, rasgando cada vez más la fina tela de su rebeca, hasta que sus brazos no fueron más que una masa sanguinolenta.

En vez de respirar, jadeaba y ante sus ojos aparecían puntos de luz – señal de que estaba agotando sus últimas fuerzas. Sin embargo, detenerse a coger aire no era una opción.

¿O sí?

Extendió los brazos hacia delante, disminuyó la velocidad hasta que con la punta de los dedos tocó la corteza de un árbol. Durante una milésima de segundo y agotada se apoyó contra la madera, luego se obligó a seguir corriendo. Echó un último vistazo atrás, se centró en los ruidos que la rodeaban.

¡Ahí!

Hojas moviéndose muy cerca.

Poco después un crujido de ramas, pero como si alguien estuviera poniendo mucha atención en dónde pisar.

El pánico que la invadió hizo que su corazón se saltara varios latidos.

Lágrimas de desesperación inundaron sus ojos.

¡Por el amor de dios, no vayas a derrumbarte ahora!

¡No hay tiempo para eso!

Tragó, mandó una orden muda a sus extremidades para que bajo ningún concepto la dejaran tirada. Tenía que salir de aquí, salir de este bosque, intentar como fuera llegar al próximo pueblo.

A estas alturas su cuerpo ya no era más que una masa funcional compuesta por músculos, huesos y carne, disciplinado para sobrevivir.

Otro crujido.

Más cercano que el anterior.

Pisadas pesadas sobre el follaje y las ramas caídas.

Su corazón estuvo a punto de detenerse.

¿Acababa de notar en la espalda la respiración de su perseguidor?

Su intuición le recomendó correr en zigzag, sin embargo, su cabeza hacía tiempo que había comprendido que no serviría de nada.

Quienquiera que fuera el tipo que la estaba persiguiendo, no era la primera vez que lo hacía, estaba convencida de ello.

Lo había visto en sus ojos.

Oscuros, casi negros y fríos como el hielo.

Y luego esa sonrisa malévola.

Eso no era un hombre. Al menos no como lo eran su padre o su hermano mayor.

El tío que la estaba persiguiendo era un monstruo.

No como los que aparecían en los libros que tanto le gustaba leer. No. El monstruo a sus espaldas era peor porque su exterior no reflejaba la maldad que llevaba dentro.

Se distrajo por una milésima de segundo, tropezó con una raíz, cayó de bruces contra el duro suelo del bosque.

Soltó un grito de dolor sin poder evitarlo.

Poco después oyó una risa malvada.

Sonó mezquina y perversa, prueba de que el monstruo estaba muy cerca.

Se levantó a duras penas, avanzó arrastrándose con miembros temblorosos.

Qué no daría por estar ahora mismo en su cama, por oír en la habitación de al lado los ronquidos de sus padres y en la de enfrente a su hermano, tres años mayor que ella.

Sin embargo, había optado por esto. Una lucha a vida o muerte. Por suerte, su única lucha hasta ahora, aunque desgraciadamente, quizás también la última.

¿Y total para qué?

Para un último beso de Gerry, un chico que vivía a tres kilómetros del lugar que sus padres habían escogido como el destino vacacional perfecto para toda la familia.

Unas vacaciones que no le apetecían.

Ella hubiese preferido el Caribe. En las vacaciones tenía que hacer calor, mínimo treinta grados, y tenía que haber arena blanca, el agua del mar a temperatura de la bañera de casa, palmeras bordeando la playa.

La costa de Cornwall era para gente aburrida como sus padres y para jubilados.

Aquí venteaba todos los días y hacía frío. Por no mencionar el Atlántico con sus aguas gélidas en las que a lo largo de las últimas dos semanas no había ni mojado los pies. No entendía cómo sus padres podían preferir esto a un hotel de cinco estrellas en las Maldivas.

Le habían explicado que era importante conocer el país de uno con todas sus variantes, pero, la verdad, podía prescindir de ese conocimiento.

Lo único que había impedido que esta mierda de vacaciones mutara en una catástrofe total había sido Gerry.

Durante el verano trabajaba de camarero en uno de los locales pesqueros en Port Isaac. Ella y la familia habían ido a comer allí hacía apenas una semana.

Él le había sonreído con descaro, la había acechado al ir al baño para sacarle información.

Tras resultar que vivía en Beeny, a tres cuartos de hora a pie de Boscastle, la había invitado a ir a una fiesta en la playa al día siguiente.

Le había costado un poco convencer a sus padres para que la dejaran ir, pero al final había conseguido un par de horas de libertad.

Había quedado con Gerry en el pequeño *pub* en Boscastle y luego habían ido juntos a Crackington Beach, donde ya los estaban esperando los amigos de Gerry. Se lo había pasado bien, en parte también gracias a que los amigos de Gerry eran muy simpáticos y la habían acogido sin reservas.

En un momento dado, ya era noche cerrada, Gerry la había apartado un poco de los demás y le había preguntado si le apetecía ir a dar un paseo.

Ella había aceptado y juntos habían ido hasta Crackington, donde la había invitado a un helado.

Gerry era un tío genial. Sabía escuchar, le transmitía la sensación de no tener que fingir ser otra persona. Con él podía ser ella misma, se sentía a salvo y comprendida.

Cuando aquella noche la besó por primera vez, no fue para nada como con los tíos de Manchester con los que salía a veces. Y después de haberle dicho ayer que se habían acabado las vacaciones, la había abrazado y prometido que seguirían en contacto. Iría a visitarla a Manchester, le había prometido. Quería demostrarle con ello que sentía por ella lo mismo que ella por él.

Para reforzar esa promesa había sacado un colgante del bolsillo y se lo había regalado.

Era de su abuela, le había dicho mientras la miraba a los ojos y la besó con tanta ternura como nunca antes lo había hecho.

Ella había caído rendida, había tenido que luchar contra el nudo que se le estaba formando en la garganta y no llorar.

Luego él le había preguntado si le apetecía ir a su casa. Obviamente, ella era consciente de cuáles eran sus intenciones, pero no le importó. Habían pasado la tarde juntos, hecho cosas que hubieran ruborizado a sus padres y se había sentido bien haciéndolo. Aunque también muy triste porque sabía que su vida en Manchester pronto volvería a ser alcanzada por el aburrimiento y la desolación que tenían a todos y todo bajo su dominio asfixiante.

Esa había sido la razón por la que la noche antes de su partida había decidido esperar a que durmieran sus padres para escabullirse por la ventana e ir hasta Beeny para darle una última sorpresa a Gerry.

Había fantaseado con la alegría de él al poder verla una última vez. Pero para ser sincera, no lo había hecho por él, sino, principalmente, por ella.

Y ahora… ahora resultaba que había sido la decisión equivocada.

En vez de dormir a salvo en el *cottage* maloliente que era su domicilio vacacional, su comportamiento impulsivo e irreflexivo y su propia estupidez la habían metido en una situación horripilante.

El sonido suave de una rama la catapultó al presente. Luego oyó un ruido que sonó como unos resoplidos.

El resoplido de un depredador que sale de caza, pensó. Solo que en este caso la presa era ella.

Sintió cómo el miedo y la desesperación le absorbían las pocas fuerzas que le quedaban, cuando de repente ya no fue capaz de poner un pie delante del otro.

Le costó un rato comprender lo que sus agotados miembros ya sabían hacía rato: que había perdido.

Su perseguidor no se rendiría nunca, seguiría persiguiéndola, contando con que en un momento dado agotaría hasta el último atisbo de fuerza que le quedaba.

Pero hasta que eso ocurriera, estaba disfrutando del juego, de asustarla, luego dejarla avanzar para que pudiera volver a tener algo de esperanza, para acto seguido acercarse aún más. Quería quebrarla, llevarla al borde de la locura, llevarla a la rendición.

Y en el fondo ya lo había conseguido.

Le dolían las extremidades, las heridas de sus brazos escocían, le ardía el pulmón.

Además, tenía tanta sed como nunca antes en su joven vida.

Tenía la boca seca, la lengua pegada al paladar como si fuera un animal muerto.

—¿Qué quieres de mí? —gritó con las últimas fuerzas que le quedaban y cayó de rodillas sobre el suelo húmedo y frío del bosque, la cabeza gacha.

Se oyó una risa malvada que dio paso a un gruñido.

Muy cerca de su oído.

Y entonces lo notó.

Primero sus dedos acariciándole suavemente el cabello. Luego la mano entera deslizándose a trompicones hacia delante, la agarró del cuello y sin mucho esfuerzo la tiró al suelo.

Ella cerró los ojos, al ver el contorno de su cuerpo sobre ella, lanzó una oración al cielo pidiendo que fuera algo rápido.

Contuvo la respiración cuando el hombre empezó a quitarle primero la chaqueta y la camiseta, luego el pantalón y la ropa interior, contó con, a continuación, notar su mano en el pecho o peor, pero no fue eso lo que ocurrió. En vez de eso notó algo frío en

la garganta, algo que se movía sin prisa, pero sin pausa hacia su pecho.

Fue entonces cuando explotó el dolor.

UNO
AUGSBURGO

2019

—¿Por qué no vuelves a la cama? —murmuró Daniel y miró somnoliento a Sienna. —Es más, ¿por qué tienes que levantarte en plena noche para fumar un pitillo tras otro junto a la ventana?

Ella se giró hacia el tío que estaba en su cama, se encogió de hombros.

—No puedo dormir —dijo finalmente y dio una calada profunda al cigarrillo. Ladeó la cabeza y miró a Daniel—. Pero, ya que estás despierto, podrías aprovechar para largarte. Así aún podré dormir un par de horitas antes de salir mañana para Berlín.

Al ver la perplejidad reflejada en el rostro de él, giró la cabeza de manera significativa.

—¿No estarás hablando en serio?

Ella puso los ojos en blanco, dio otra calada. Luego se giró hacia Daniel, lo miró fijamente.

—Sí. Ya sabes que necesito mis horas de sueño. Despertarme por las mañanas junto a alguien me molesta.

Observó cómo apartó las mantas, se levantó, se vistió con cara de pocos amigos.

—Mira el lado bueno. Así podrás cambiar esa ropa arrugada por una limpia antes de ir a la oficina.

—Cosa que también podría hacer si me dejaras tener un par de cosas aquí. Quiero decir… —Se calló, la miró, parecía enfadado—. Dormimos juntos desde hace seis meses y eso para algunos significa algo. Por ejemplo, que va siendo hora de pasar juntos una noche entera. O ir de vez en cuando a cenar juntos. Hacer algo. Conocer a los amigos y a la familia del otro. —Se detuvo, la miró expectante.

Sienna le devolvió la mirada sin inmutarse, dio otra calada. Luego tiró el cigarrillo a medio fumar por la rendija de la ventana abierta.

—No tengo tiempo para esa basura sentimental —respondió ella de manera lacónica, consciente de inmediato de lo mucho que había herido a Daniel con ese comentario.

Lo curioso era que se sintió bien al hacerlo.

Sabía que era enfermizo, pero no podía evitarlo. No era ese tipo de mujer que solo se siente completa si tiene a un tío al lado. Ella era autosuficiente. Siempre lo había sido. Le gustaba la soledad, hacer lo que le diera la gana, estaba completamente convencida de que las relaciones serias estaban sobrevaloradas.

La única razón por la que aceptaba una y otra vez quedar con Daniel era porque era un amante de mucho aguante.

Cuando le apetecía, lo llamaba, le decía un par de palabras dulces. Con eso solía bastar para que se presentara en su casa en un abrir y cerrar de ojos y follarla hasta dejarla hecha polvo.

Lo vio ponerse los zapatos, se preguntó si esta vez no se habría pasado y qué pasaría si este era su último encuentro. Pero, tal como cabía esperar, que Daniel perteneciera a partir de este momento al pasado no desataba nada en ella. Mirándolo ahora, consciente de que podría ser la última vez, no sentió lo más mínimo, y mucho menos sentimiento romántico alguno por él.

Lo siguió hasta el pasillo, esperó a que se hubo puesto la chaqueta e ido a la puerta. Llegado allí, él volvió a darse la vuelta, aparentemente a la expectativa de algo.

—Vale, pues ya te llamaré un día de estos… —le dijo con tono aburrido y sin poder mirarlo a la cara.

No por vergüenza, sino más bien porque le daba completamente igual. Porque ÉL daba igual.

Sonrió para sus adentros cuando lo vio girarse negando con la cabeza, soltando un taco no apto para todos los públicos y dando un portazo de despedida.

Por fin sola, encendió otro cigarrillo, se sentó en el alféizar de la ventana, miró hacia abajo, hacia las luces intermitentes de los coches que pasaban.

Su trabajo era razón suficiente para que en su vida no tuviera cabida un romanticismo desenfrenado.

Trabajaba como fotógrafa *freelance* para distintos medios que exigían de ella ser independiente. A menudo tenía que hacer la maleta de un momento para otro para pasar varios días seguidos en un lugar determinado para llevar a cabo un encargo.

Y luego estaban los proyectos soñados, los que le llenaban el corazón. Recorrer miles de kilómetros solo para un par de fotos o volar a la otra punta del mundo para una sesión de fotos. Su sueño era exponer sus propias fotografías, despertar emociones con ellas, tal vez incluso promover un cambio. Es decir, que, gracias a su profesión, contaba con una vena sensible, aunque los hombres con los que se había cruzado hasta ahora no lo vieran así.

Según su madre, esa negativa suya tan vehemente a una estabilidad emocional en su vida se debía seguramente a su padre, a lo que les había hecho.

Sienna apenas se acordaba ya de él dado que hacía casi veinte años que había abandonado a su familia.

Ocurrió durante el verano del año 2000. Por aquel entonces vivían todos en Londres y solían ir de vacaciones a la costa sur de Inglaterra. Durante una de esas vacaciones familiares, se había largado sin más.

Su madre mencionaría años más tarde que ya hacía mucho que se imaginaba que algo así ocurriría. Por sus líos de faldas, su padre no era hombre de una sola mujer.

Pensándolo ahora retrospectivamente, Sienna recordó una tarde, poco después de su desaparición, en la que había encontrado a su madre borracha y llorando en su antigua casa de Londres, delante de ella un montón de fotos de su padre, todas ellas hechas trizas.

Sienna había querido salvar al menos una, como recuerdo de su padre, pero su madre se la había arrebatado furiosa.

—¡No necesitas a ese cerdo! —había soltado sin apenas poder mover la lengua—. Y yo tampoco. —A continuación, había hecho una bola con la foto y la había quemado con el mechero.

A la mañana siguiente se había disculpado por haberle hablado así y Sienna se preguntó por qué recordaba, tantos años después, precisamente esa escena.

Tenía siete años cuando su padre las abandonó y al principio no comprendía cómo había podido largarse y haberla dejado sola. Estaba tan triste que se sentía completamente sola y, llegado un punto, se preguntó si la marcha de su padre había sido por culpa suya o de su madre. Fue por eso por lo que durante una temporada se comportó con maldad con ella, hasta que el dolor por la pérdida del padre se convirtió en rabia.

Durante los primeros años aún le había enviado una tarjeta por Navidad o por el cumpleaños, hasta que un día dejó de hacerlo, sin más.

Para ser sincera, tenía que admitir que aquellas diminutas señales de vida de su padre ya no significaban gran cosa para ella. Había demasiada rabia acumulada por haberlas cambiado sin más a ella y a su madre por otra familia.

Y fue entonces que el recuerdo de ese hombre desapareció casi por completo. Los dos primeros años aún recordaba sus ojos tiernos, cómo brillaban cuando hacían tonterías juntos. La llamaba su princesita y Sienna tenía que reconocer que había disfrutado de las atenciones de su padre y de que la llevara en palmitas. Tal vez por eso resultaba tan insoportablemente horrible su repentina desaparición. Porque habían estado muy unidos y a ella no le quedó más remedio que reconocer que para él aquello no había sido más que un juego. Porque ¿qué padre abandonaba a su hija si de verdad la quería tanto como siempre decía?

Su madre le había repetido lo mismo una y otra vez, hasta que un día fue consciente de la gran verdad que albergaban sus palabras, por muy dolorosas que fueran.

Y de repente, desapareció todo. Ya no más pinchazos en el pecho al pensar en él, nada de soñar con su padre y despertar a la mañana siguiente con la cara hinchada de tanto llorar.

Desapareció de un día para otro. Borrado. Tan solo la sombra de un recuerdo con el que no relacionaba nada bueno.

Por aquel entonces, su madre ya se había enamorado de nuevo, estaba incluso muy feliz y por eso, dispuesta a darle a aquel nuevo hombre en su vida la oportunidad de demostrar que un matrimonio también podía ser algo bueno. Sin embargo, eliminar su matrimonio anterior no había resultado tan fácil: su padre no quería que lo encontraran impidiendo así un divorcio oficial. Al final había tenido que ser un divorcio público, otra razón más para que ella, Sienna, despreciara a su padre… o mejor dicho a su progenitor. Esa fue la única razón de por qué permitió que Carl, el nuevo marido de su madre, la adoptara y así no tener que seguir apellidándose Ward, sino Aschenbrenner.

Los niños del colegio se habían metido con ella por eso, pero a ella le daba igual. Se sentía genial siendo Sienna Aschenbrenner porque aquel nombre significaba que a partir de ese momento dejaría de ser la pobre niña abandonada por su padre.

Por desgracia, el matrimonio no duró mucho, aunque no por culpa de la parte masculina. Más bien por culpa de los celos y la desconfianza de su madre, hasta el punto de no dejar respirar a Carl.

Sienna se sobresaltó cuando la colilla del cigarrillo le quemó los dedos, la tiró por la rendija de la ventana.

Quizás fuera la vida de su madre la que la frenaba para no cometer el mismo error.

Porque su madre, definitivamente, había cometido un error enamorándose del hombre equivocado. La consecuencia de ese error era su incapacidad de confiar en ningún hombre.

Si el amor, el matrimonio, la convivencia eran eso, entonces Sienna podía prescindir de todo eso sin remordimiento alguno.

De vez en cuando un tío con el que follar, no necesitaba más. Así al menos no tendría que dejar a un lado su personalidad ni cambiarla, y mucho menos correr el peligro de convertirse en una

copia de su madre: una mujer amargada que todavía no había asimilado el trauma de hacía veinte años, por mucho que intentara ocultarlo.

Sienna se levantó, se estiró, miró el reloj. Si quería descansar aún un par de horas más, tenía que acostarse ya, de lo contrario sería el segundo día consecutivo a sobrellevar sin apenas haber dormido.

Acababa de acomodarse bajo la manta mullida cuando empezó a sonar el móvil. Ojalá no fuera Daniel, llorando porque no quería entender que no era más que un pasatiempo para ella.

Se levantó, desconectó el móvil del cargador, echó un vistazo a la pantalla.

Era un número desconocido. Bastó el prefijo para que la invadiera un mal presentimiento.

—¿Diga? —dijo conteniendo la respiración.

La otra persona se presentó: el Dr. Jackson del Hospital Stratton. Usaba un inglés muy remilgado y culto, sin acento, lo que le transmitía un tono de voz arrogante.

Sienna había nacido en Londres y vivido allí hasta cumplir los siete años por lo que el inglés era como otro idioma materno más, así que no le costó seguir el discurso de aquel hombre.

—Sí, soy Sienna Aschenbrenner y Marlene es mi madre —explicó impaciente al hombre que se encontraba al otro extremo de la línea, a la vez que se preguntaba por qué tenía que molestarla en plena noche un médico de su antigua patria. Aquella llamada no tenía ningún sentido, pero en plena noche, resultaba de algún modo inquietante.

El médico carraspeó y Sienna se dio cuenta de que a aquel hombre la situación le estaba resultando incómoda.

—Se trata de su madre —explicó—. Marlene Aschenbrenner. Hemos encontrado su pasaporte y también el móvil en el bolso de su madre, de ahí que pudiéramos contactarla con tanta premura.

Sienna frunció el ceño, no pillaba ni por asomo el significado de las palabras del médico.

—¿Qué hace usted con las cosas de mi madre? —quiso saber, no pudo evitar sonar desconfiada e irritada.

El médico guardó silencio, como tratando de encontrar cómo formular lo que vendría a continuación.

—Hace un par de horas su madre ha sido ingresada en nuestro hospital con lesiones graves en la cabeza. Si me permite ser franco… —Se detuvo, soltó un suspiro apenas audible—. La cosa no pinta bien. No sé si entiende a qué me refiero. Lo mejor será que venga cuanto antes.

DOS
LONDRES/BOSCASTLE

2019

Al bajar por la pasarela, Sienna tomó conciencia del cansancio que se estaba apoderando de ella. Tras la llamada del médico había cogido el portátil e intentado conseguir un vuelo directo a la costa sur, pero por desgracia, en el aeropuerto Newquay solo aterrizaban una vez a la semana vuelos procedentes de Stuttgart. No le quedó más remedio que coger un vuelo a Londres para luego seguir el viaje con un coche de alquiler.

Hacía siglos que no circulaba por la izquierda y su miedo era que el cansancio, junto con el miedo y la incertidumbre por su madre, se convirtieran en una seria fuente de peligro. Por un momento sopesó si no coger el próximo autobús a la costa, pero se impuso el factor comodidad. En el bus estaría apretujada entre un montón de desconocidos, esperando a que el conductor parara para dejarlos ir al baño.

Así que emprendió el camino hacia el mostrador de una conocida cadena de alquiler de coches y a los pocos minutos ya tenía en sus manos las llaves de un VW Golf.

De camino al *parking* paró en un Starbucks, se permitió el lujo de un *latte macchiato* con un dónut para, con la ayuda de la cafeína y el azúcar, estar lo suficientemente apta para emprender el viaje de casi cinco horas que la llevaría a Stratton.

Tras dejar el bolso de viaje en el maletero y sentarse por fin al volante, trató de ignorar el nudo en la garganta. Las palabras del médico la habían conmocionado profundamente, la paralizaban y atemorizaban, sin embargo, no conseguía derramar ni una sola lágrima. Sienna no sabía por qué, supuso porque desde la llamada estaba en *shock*.

Su madre era el único referente fijo en su vida y la quería como a nadie en este mundo. Solo pensar que la perdería, resultaba insoportable.

Arrancó el coche, se introdujo en el tráfico sin mayor problema, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida.

Ya era bastante tarde cuando llegó por fin a Stratton. Por culpa del tráfico denso en los alrededores de Londres, las cinco horas calculadas se convirtieron en casi siete. Sienna estaba tan agotada que llevaba dos horas luchando por mantener los ojos abiertos.

Los últimos kilómetros hasta el hospital fueron como un trayecto kamikaze, porque a pesar del agotamiento, Sienna recorrió a toda velocidad esos últimos metros hasta el aparcamiento del hospital.

Tras aparcar el coche, se apeó rápidamente, fue corriendo hacia la entrada. Allí le explicó al portero quién era y a los pocos minutos vino un hombre moreno a su encuentro. Por la tarjeta que colgaba de la bata supo que era el Dr. Jackson.

El hombre le tendió la mano, le sonrió, le pidió a Sienna que lo acompañara. Pero en vez de llevarla directamente a ver a su madre, la hizo tomar asiento en su despacho.

—¿Puedo ofrecerle una taza de café? ¿O un té? Parece usted cansada si me permite decirlo.

—Café, por favor. —Sienna se lo agradeció con una sonrisa—. Cuando me llamó estaba a punto de meterme en cama. Como podrá imaginar, al final no fue el caso.

El Dr. Jackson pulsó un botón del teléfono, le indicó a su secretaria que trajera café. Luego se recostó, miró a Sienna por

encima de las gafas.

—La policía ya ha estado aquí. Querían hablar con su madre, pero dado el estado en el que se encuentra, les he tenido pedir que se fueran. Les he dicho a los agentes que estaba usted de camino y me han pedido que le transmita que la quieren ver en comisaría lo antes posible.

Sienna frunció el ceño.

—¿La policía? No comprendo…

La expresión facial del médico cambió.

—No le he contado todo para no… bueno… como iba usted a emprender el viaje ya… —Se interrumpió buscando las palabras adecuadas.

—¿Qué le pasa exactamente a mi madre? —soltó Sienna—. Ha dicho usted que la cosa no pinta bien. ¿A qué se refiere?

El Dr. Jackson la miró apenado.

—La ingresaron con graves traumatismos craneales. El cráneo estaba fracturado, al igual que el tabique nasal. Además, tenía el cuerpo cubierto de contusiones y magulladuras. —Respiró, guardó silencio durante varios segundos—. Para asegurarnos, decidimos hacer una resonancia magnética. Descubrimos una hemorragia cerebral causada por las lesiones. Tengo que repetirle que las cosas no pintan nada bien.

Sienna se sobresaltó al oír esto último.

—¿Está intentando decirme que va a morir? ¿Que no pueden tratar esa hemorragia?

El Dr. Jackson hizo una mueca.

—Obviamente, mis colegas y yo hemos estado intentando reparar lo máximo posible, pero la lesión cerebral es mucho más grave de lo que temíamos. Sigue sangrando. Ya no podemos hacer nada más por su madre. Excepto esperar y ver si la hemorragia se detiene por sí sola.

—Pero si todavía es muy joven —balbuceó Sienna—. Acaba de cumplir los cincuenta y cinco.

El Dr. Jackson extendió el brazo por encima del escritorio para cogerle la mano, se la apretó con suavidad.

—Me temo que esto no tiene nada que ver con la edad. También temeríamos por la vida de una joven de veinte años si presentara estas lesiones.

—¿Tuvo un accidente? Quiero decir, ¿qué fue lo que pasó? ¿Es por eso por lo que quiere hablar conmigo la policía?

El médico le dirigió una mirada empática a Sienna.

—Espero no adelantarme a la policía al decirle esto, pero no creo que haya sido un accidente. Unos paseantes encontraron a su madre tirada en una cuneta cerca de Boscastle. Parece que iba a pie.

Sienna frunció el ceño, seguía sin comprender.

—¿Y las heridas? Quiero decir, si no fue un accidente de coche, ¿cómo se lesionó? Nadie se lesiona de tal gravedad solo por caerse en una zanja mientras está paseando.

El médico carraspeó.

—A estas alturas habrá que partir de la base de que su madre ha sido agredida.

A Sienna se le abrieron mucho los ojos.

—¿Que han agredido a mi madre? ¿Quién? Y… ¿la han violado?

—En cuanto a eso no tiene por qué preocuparse. No hay indicios de que se trate de un delito sexual.

Sienna jadeó.

—Pero entonces, ¿qué ha pasado? Quiero decir… ¿quién hace algo así?

Jackson se encogió de hombros.

Supongo que esa es la razón de por qué la policía quiere hablar con usted.

Sienna resopló, de repente notó un hormigueo por todo el cuerpo.

—¿Puedo verla?

Jackson asintió.

—Pero he de avisarle. No va a ser agradable. Además, no podrá intercambiar ni una sola palabra con su madre.

—¿Está en coma?

—Más o menos. Seguramente por lo dura que ha sido la operación cerebral a la que la hemos tenido que someter.

—Pero ¿va a volver a despertar? —La propia Sienna se percató de lo implorante que sonó su voz.

Jackson hizo una mueca.

—Eso tampoco puedo decírselo. Está débil, muy débil. Y la presión ejercida sobre su cerebro aumenta con cada hora que pasa. Sin embargo, otra operación queda descartada porque no la sobreviviría.

—Entonces ¿de verdad que de momento no queda otra que esperar?

El Dr. Jackson se levantó, miró a Sienna.

—Ojalá pudiera decirle otra cosa. Si quiere, la llevo ahora a verla.

Sienna también se levantó, tambaleó durante una milésima de segundo.

Por fin pudo seguir al hombre a lo largo de un pasillo, subir unas escaleras que llevaban a la UCI.

Al detenerse ante la habitación número 217, Sienna se armó de valor ante lo que la esperaba tras la puerta. Esperó a que el Dr. Jackson la hubo abierto y entrado y le siguió.

Se asustó al ver a su madre.

Tenía la cabeza afeitada y lo único que quedaba de su preciosa melena rubia eran unos cuantos pelillos sueltos repartidos por la parte izquierda de su cabeza. La parte derecha estaba cubierta en su totalidad con un vendaje, al igual que la nariz y el ojo derecho.

Incluso los brazos y las manos estaban vendadas, al igual que el tórax, o al menos la parte que Sienna vio por encima de la sábana.

Nada de aquella mujer tendida en una cama de hospital le recordó ni de lejos a su preciosa y fuerte madre.

Sienna intentó controlar las lágrimas, se acercó a la cama. Extendió unas manos temblorosas para tocar la mejilla de su madre.

Su piel estaba fría, al igual que la atmósfera deprimente de aquella habitación. Del cuerpo de su madre salían tubos conectados a máquinas y aparatos, no se oían más que pitidos y zumbidos por todas partes.

Sienna acercó su cabeza a la de su madre, la besó en la mejilla.

—Estoy aquí, mamá —le susurró al oído derecho, esperó unos segundos a ver si había alguna reacción.

—Lo dicho, está en coma —le recordó el Dr. Jackson y Sienna se apartó.

—Será mejor que piense en usted misma —sugirió el Dr. Jackson —. Tiene usted sueño y está agotada. Necesita urgentemente dormir un poco. Si hay algún cambio, la llamaré de inmediato al móvil. Y, por favor, no olvide pasarse por comisaría. —Le entregó una tarjeta de visita con el nombre de un agente.

—Primero tendré que buscar alojamiento —murmuró Sienna, guardó la tarjeta en el bolsillo del pantalón sin prestarle demasiada importancia y notó cómo una nueva ola de agotamiento amenazaba con apoderarse de ella.

—En eso podría ayudarla —dijo el médico y sonrió—. A una calle de aquí hay una casa de huéspedes. Conozco al dueño. Si quiere, lo llamo y le pregunto si tiene alguna habitación libre.

Sienna asintió con la cabeza.

—¡Espere! —soltó, miró al Dr. Jackson, que ya casi estaba fuera —. ¿Dónde están las cosas de mi madre? Su bolso, la ropa.

El médico asintió.

—Las ha guardado una enfermera porque en las habitaciones de la UCI no puede haber nada del exterior.

Sienna respiró aliviada.

—¿Puedo verlas? Quiero decir, puede que me llame la atención algo que a la policía le haya pasado desapercibido.

El médico asintió.

—Veré qué puedo hacer.

Le echó un último vistazo a su madre, siguió al hombre. Cuando llegaron a su consulta, le pidió que lo esperara fuera. Un minuto después salió una enfermera, bajó por el pasillo, desapareció en una de las habitaciones. Al poco rato salió con una bolsa, se la entregó a Sienna.

—Esto es todo lo que llevaba su madre encima. —La joven le dedicó una sonrisa como de disculpa y dejó sola a Sienna.

Esta inspeccionó el contenido en un abrir y cerrar de ojos. Unos vaqueros arrugados y muy sucios, una camiseta – también sucia –, una chaqueta de punto y ropa interior, incluidos unos calcetines. En la bolsa no había ningún bolso, sino una mochila con una pequeña

pala plegable, una botella de agua, el móvil de su madre y su cartera.

Sienna estaba a punto de comprobar el contenido de la cartera cuando volvió a aparecer el Dr. Jackson.

—¿Está todo? —preguntó.

Sienna lo miró, hizo una mueca.

—Eso parece, aunque… ¿no le parece raro que la policía crea que se trate de un atraco habiendo en la cartera de mi madre más de quinientas libras y siguiendo aquí su móvil?

TRES
STRATTON/BOSCASTLE

2019

La despertó el móvil. Sienna se despertó aturdida, alargó la mano hacia la mesita de noche junto a la cama, cogió el móvil. Reconoció el número del hospital, despertó de golpe.

Aceptó la llamada, se sentó.

Una joven llamada Sofie estaba al otro lado de la línea, se presentó como la enfermera del turno de noche, al cargo de su madre.

Cuando por fin llegó a la razón de su llamada, Sienna saltó de la cama como si le hubiera picado un bicho, se vistió con el aparato a la oreja.

—Entonces ¿reacciona? ¿Puedo hablar con ella?

—Más o menos —fue la respuesta titubeante—. Despertó hará media hora, parecía relativamente estable. Luego le dije que estaba usted aquí, eso debió de alterarla bastante. Será mejor que venga y que trate de calmar a su madre.

Dado que la casa de huéspedes se encontraba a escasos cinco minutos a pie del hospital, pasó de coger el coche. De camino al hospital, Sienna no paró de preguntarse a qué se debía la reacción

tan dramática de su madre ante su presencia allí. Pero luego se dijo que seguramente era por las circunstancias. Su madre había sufrido un fuerte trauma craneal, normal que sus reacciones resultaran algo extrañas.

Tras salir ayer de la clínica y haberse dirigido a su alojamiento, se había planteado si no ir directamente a comisaría, pero al final había optado por no hacerlo. El Dr. Jackson tenía razón. Estaba tan exhausta que había tenido que meterse en cama y dormir un par de horas. Incluso ahora, tras apenas seis horas de sueño, Sienna seguía sintiéndose aturdida. Tenía la esperanza de que el café flojo del hospital la espabilara y echara de su cuerpo los últimos restos de cansancio.

Cuando giró en la esquina y vio la construcción plana al otro lado de la calle, se le aceleró el corazón.

No era una persona temerosa de dios, mucho menos creyente, sin embargo, anoche, por primera vez desde su infancia, había rezado. Una oración muda sí, pero oración al fin y al cabo, en la que pedía que su madre se pusiera bien.

Al llegar a la entrada, llamó al portero, esperó con el corazón en un puño. Cuando el hombre, un señor mayor de unos sesenta años, le abrió la puerta, estaba tan nerviosa que se olvidó de darle las gracias, emprendió sin más el camino hacia la habitación de su madre. El Dr. Jackson, despeinado, ya la estaba esperando. Llevaba en cada mano una taza humeante, le tendió una.

Por el olor distinguió que era café, suspiró aliviada. Tomó un trago, miró al médico.

—¿Ya la ha visto? La enfermera me dijo que parecía alterada.

El Dr. Jackson asintió serio.

—He intentado hablar con ella, pero no resulta nada fácil. Se queda dormida a cada instante, despierta y grita. Cuando la enfermera la mencionó a usted, la cosa empeoró. Supongo que se debe a la lesión cerebral, parece confusa y desorientada.

—Aun así, ¿puedo verla? —preguntó Sienna.

—De hecho, debería hacerlo —respondió el médico. Luego señaló la taza de café—. Pero primero tómese eso.

Mientras tomaban cada uno su café caliente, Sienna notó que el médico la estaba observando de reojo.

—No se parece usted nada a su madre —dijo finalmente.

Sienna se encogió de hombros.

—Debí de heredar el aspecto de mi padre. Al igual que el talento profesional. —Miró al médico—. Soy fotógrafa. Igual que él.

—Entonces deduzco que su padre y su madre… —No terminó la frase.

—Están divorciados —explicó Sienna—. Mi padre nos abandonó cuando yo tenía siete años. Se largó sin más.

El médico hizo una mueca.

—Lo siento. No pretendía…

—No pasa nada. Hace mucho de eso y ya da igual.

Tomó un trago.

—¿Qué tal la habitación? ¿Está bien?

Sienna se rio.

—Parece más bien el cuarto de la limpieza. Una cama, un armario pequeño y una mesilla de noche diminuta y ya. Para ducharse o ir al baño hay que salir al pasillo.

El médico hizo una mueca.

—Bueno, al menos está cerca del hospital.

Sienna asintió.

—Aun así, creo que me buscaré algo más cómodo si es que tengo que quedarme más tiempo aquí, hasta que mi madre mejore o… —Se calló, acabó el café.

—¿Entramos? —preguntó el médico.

Sienna asintió.

Al entrar en la habitación, reconoció de inmediato el terror reflejado en el rostro de su madre. Fue corriendo hacia la cama, le cogió la mano, se la apretó, la miró con dulzura.

—Estoy aquí, mami. Y voy a quedarme hasta que estés bien.

Sienna era consciente de que bajo ningún concepto podía mencionar el estado de salud real de su madre. Ya estaba lo bastante mal, debía sentirse segura, cuidada, sin miedos.

—¿Cómo estás? ¿Te duele algo?

—Eso es prácticamente imposible —intervino el Dr. Jackson—. Le hemos suministrado analgésicos muy fuertes. En ese sentido no debería sentir nada de nada.

Sienna se giró hacia él y él pareció captar el significado.

—Ahora voy a dejarlas solas —dijo—. Si pasa algo, pulse el botón rojo de emergencias junto a la cabecera de la cama.

Sienna asintió con la cabeza, esperó a que se hubo ido, volvió a girarse hacia su madre.

—¿Recuerdas algo? Quiero decir, ¿sabes quién te ha hecho esto?

Su madre la estaba mirando fijamente, observándola. Pero no había ningún movimiento, tan solo sus ojos que parecían estar mirando el vacío.

—Mamá —le insistió—. Luego voy a ir a comisaría. La policía está investigando lo ocurrido. Pero para eso necesitan tu ayuda. Si sabes algo, tienes que…

—Qué… cerdo —soltó su madre de repente, no más que un halo de voz.

Sienna se asustó al oír la fragilidad de la voz de su madre.

—¿A qué te refieres? ¿Quién es un cerdo?

Pero su madre empezó a parpadear, señal inconfundible de que estaba a punto de volver a perder la conciencia. Sienna notó la boca seca. Quería preguntarle tantas cosas a su madre, decirle tantas cosas, pero dudó que en su estado sirviera de algo. Así que le dijo mientras le apretaba la mano para tranquilizarla:

—Duerme un poco.

Pero en vez de sumirse en el reino de los sueños, su madre empezó a sacudir la cabeza como loca.

Sienna se asustó, intentó detenerla.

—¡Para! —gritó—. Tu lesión… Tienes que estar quieta.

No sirvió de nada. Obviamente. Su madre estaba muy alterada, casi agresiva. Miró fijamente a Sienna.

—El niño. —Su voz se apagó, luego se le cerraron los párpados y Sienna se fijó en que las extremidades de su madre temblaban bajo la manta—. Un niño precioso.

Una convulsión, pensó Sienna, la razón también de que dijera cosas sin sentido. Estaba a punto de apretar el botón de emergencia

cuando notó que el cuerpo de su madre dejaba de temblar, de repente pareció muy tranquila. Sienna la miró, vio que estaba llorando.

—Mamá —susurró y se inclinó hacia delante para darle un beso en la mejilla—. Todo va a salir bien, ya verás.

Sienna volvió a mirarla y tuvo la impresión de que ahora los ojos de su madre no miraban al vacío, sino lo más profundo de su ser. Estuvieron mirándose durante un rato, entonces Sienna notó la mano de su madre dentro de la suya moverse.

—Tu padre… es… —De repente, su cabeza cayó de lado.

Se oyó un pitido alargado, luego estalló el caos.

Al salir, a Sienna se le pasó de todo por la cabeza. Lo principal, por supuesto, que los médicos y las enfermeras del hospital estaban, en aquel preciso instante, luchando por mantener con vida a su madre. Pero también la duda de si lo que había dicho no eran más que palabras sin sentido o si, efectivamente, significaban algo.

El Dr. Jackson le había dicho que la llamaría tan pronto hubiera novedades, así que Sienna decidió que no le vendría mal comer un bocado.

Sin embargo, cuando por fin encontró un *pub* abierto a hora tan temprana, se dio cuenta de que no tenía apetito. Sacó la tarjeta de visita del agente de policía, le echó un vistazo, fue hacia su alojamiento, donde había dejado el coche de alquiler.

El inspector jefe Jonathan Roth era un hombre alto, de unos cuarenta años, con un pelo fino entre rojo y rubio y una penetrante mirada azul. Era el tipo de policía que te hacía sentir mal, aun teniendo la conciencia tranquila.

Sienna le tendió la mano, carraspeó.

—El Dr. Jackson me ha dado su tarjeta —le explicó—. Se trata de mi madre, Marlene Aschenbrenner. Está en el hospital de Stratton con lesiones cerebrales muy graves.

El hombre frunció el ceño, luego recordó.

—El estado de su madre, ¿ha cambiado? —quiso saber.

Sienna negó con la cabeza.

—He estado dos veces viéndola, pero está demasiado débil y desorientada como para… recordar el atraco. —Miró al hombre—. ¿Están seguros de que ha sido un atraco?

—Es la base de la que tenemos que partir. Son heridas demasiado graves como para tratarse de una simple caída. Por no mencionar que encontramos su coche en perfecto estado. Definitivamente, iba a pie.

—El Dr. Jackson me ha entregado las cosas de mi madre. Llevaba todo consigo cuando la agredieron. Lo tengo todo aquí. —Alzó la bolsa, vio que el policía parecía aliviado.

—Esto nos será de gran ayuda —dijo el hombre y cogió la bolsa —. ¿Ha echado un vistazo?

—Por supuesto —respondió Sienna—. La ropa está muy sucia y en la mochila solo están el móvil y la cartera. Además de una pala y agua.

El policía frunció el ceño.

—Qué raro.

—A mí también me lo ha parecido. —Sienna se encogió de hombros—. Lo dicho, me hubiese gustado poder preguntarle a mi madre qué significa esto y también tratar de averiguar quién le hizo algo así, pero no hubo manera. Los médicos están ahora mismo intentando estabilizarla porque hace un rato ha sufrido una convulsión.

El policía la miró.

—Lo siento mucho —dijo.

Sienna asintió con la cabeza.

—Yo también —soltó—. Mi madre es un ser maravilloso. No se merecía esto.

El policía parecía a punto de querer decir que nadie se merecía algo así, pero se contuvo.

—Lo más raro es —dijo Sienna— que en la cartera de mi madre hay un montón de dinero en efectivo. Además del móvil, un aparato nuevecito del todo y que cuesta un ojo de la cara. ¿Por qué no se lo llevaron?

El policía miró a Sienna, ladeó la cabeza.

—Eso es lo que vamos a intentar averiguar ahora —explicó—. ¿Sabe si su madre tenía enemigos?

Sienna negó con la cabeza.

—No que yo sepa. Mi madre trabaja para un periódico en Múnich. De vez en cuando se mete con alguien, pero nadie que la castigaría de esta manera por ello.

—¿Y sabe qué la ha traído hasta aquí? Quiero decir, viviendo en Alemania, en Baviera concretamente…

Sienna negó con la cabeza.

—Me lo he estado preguntando, pero hasta ahora no he dado con la respuesta —explicó—. Mi padre… es inglés y, antes de divorciarse mis padres, vivíamos todos en Londres. Solíamos venir de vacaciones a esta región. Puede que sintiera la necesidad de volver tras tantos años.

El policía asintió, anotó algo, luego miró a Sienna.

—¿Le importa si nos quedamos con las cosas de su madre? Hemos encontrado, además, un bolso de viaje en el coche que alquiló su madre. Se lo devolveré todo tan pronto ya no lo necesitemos para la investigación.

—Sí. Vale. —Sienna asintió—. ¿Y qué tienen pensado hacer ahora?

El inspector jefe Jonathan Roth la miró muy serio.

—Para empezar, esperemos que su madre se mejore pronto porque no solo ha sido víctima de un delito, sino que es la principal testigo.

Sienna se sobresaltó cuando de repente empezó a vibrar el móvil en el bolsillo del pantalón. Lo sacó, miró la pantalla.

—Tengo que cogerlo —le explicó al policía y se giró para aceptar la llamada.

—Lo siento muchísimo —oyó acto seguido la voz del Dr. Jackson, consciente al instante de lo que había pasado. Se le hizo un nudo en

la garganta, tan grande que le costó respirar. Vio puntitos brillantes ante sí. Le costó seguir sosteniendo el móvil, apretar la oreja contra la pantalla.

—Está… quiero decir… mi madre…

Se calló, incapaz de pronunciar aquello porque en el fondo significaba algo definitivo. Al notar la mano del policía en el hombro, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Quiere que le traiga un vaso de agua?

Sienna oyó la voz del hombre como a través de algodones. Asintió aturdida, rompió a sudar, poco después se mareó. El móvil se le escapó de la mano sudada.

—Mami —balbuceó indefensa sintiendo ya en el pecho el dolor de la pérdida. Luego se apoderó de ella la desesperación, la arrastró.

CUATRO
AUGSBURGO

2019

Aquella tumba abierta atraía de manera extraña a Sienna. Era como si la estuviera absorbiendo a medida que se acercaba. Al llegar al borde, arrodillarse, meter la mano en el recipiente con tierra, tuvo que concentrarse en no caer dentro. Echó un último vistazo al ataúd de roble, se levantó tambaleante, soltó la tierra sobre él, se echó hacia atrás.

Una mano la agarró del brazo derecho, luego oyó la voz tranquilizadora de Carl, el exmarido de su madre.

Llevaban años separados, pero su muerte parecía afectarle tanto como a ella. Estaba pálido, tenía ojeras pronunciadas y en general no tenía muy buen aspecto.

Lo admiró por ser capaz de brindarle consuelo cuando él mismo estaba tan apenado, tal vez porque ella no podía. Cuando lo había visto antes, después de mucho tiempo, apenas había conseguido emitir dos frases seguidas. No era capaz de decir, como los demás participantes en el sepelio, cosas como lo maravillosa que había sido su madre y qué pérdida tan grande y trágica.

Miró alrededor y se fijó en Ingeborg Walter, que estaba también muy afectada. Era la redactora jefa del Correo Bávaro y, a pesar de ser la jefa de su madre, también era una buena amiga. Y, aun así,

había sido la primera en llamarla y preguntar si sería posible publicar una breve noticia sobre el trágico final de su madre.

Sanguijuelas, pensó Sienna. *Lo primero, pensar en la tirada del periódico*…

Deseó que se largara todo el mundo de una vez, poder estar a solas ante la tumba de su madre y poder despedirse de ella con calma. Pero había planeada una reunión con café y pasteles que iba a gastos del periódico y siendo la hija de la fallecida quedaría feo que no se presentara en el acto conmemorativo a su madre.

—Después volvemos —le susurró Carl, se giró ligeramente hacia él para mirarlo.

Asintió con la cabeza.

Cuando se hubo tirado el último puñado de tierra sobre el ataúd y hubo un momento de silencio, Sienna respiró aliviada.

—He hecho una reserva en Leonardo —le comunicó Ingeborg con voz suave—. Ya sabes que a tu madre le encantaba comer allí. Creo que le gustaría sabernos allí reunidos para recordarla juntos.

Sienna tragó, quiso decir algo, pero no fue capaz. Tan solo asintió débilmente, siguió como sedada al séquito de gente vestida de negro.

Lo cierto era que en estas últimas semanas no había tenido tiempo ni de llorar la muerte de su madre o de pensar en qué significaba. Tras fallecer su madre había tenido que hablar un sinfín de veces con la policía para aclarar todos los detalles que rodeaban la inminente investigación. Había arreglado los papeles para traer el cuerpo finalizada la autopsia, soportado un interrogatorio oficial de varias horas y, por fin, cuatro días tras la muerte de su madre, había llegado a Alemania para pasar al siguiente turno de estrés.

Había tenido que informar a los amigos y compañeros de su madre, arreglar la burocracia, planear el entierro y negarse a un banquete fúnebre. Que Ingeborg no hubiera respetado su deseo, la molestó, pero no se sentía con fuerzas para discutir. Haría de tripas corazón para soportar las charlas intrascendentes, las preguntas estresantes y la compasión hipócrita.

La amiga de Sienna, Anna, se había ofrecido ayer a acompañarla, pero dado que Anna estaba en el octavo mes de embarazo, le había

agradecido el ofrecimiento, pero lo había rechazado.

Su amiga era completamente opuesta a ella y Sienna seguía preguntándose cómo, aun así, bastaba una mirada entre ellas para entenderse.

Anna llevaba diez años en una relación seria, de hecho, estaba felizmente casada. El bebé en su vientre ya era el número 3 y a ojos de Sienna, Anna representaba la dicha personificada.

Su amiga había intentado un sinfín de veces liar a Sienna con un colega de su marido, pero dado que prácticamente todas las citas habían sido un desastre, había dejado de ejercer de Eros.

Anna le había ofrecido su ayuda a la hora de recoger la casa de su madre, pero Sienna aún no estaba preparada. De momento iba una o dos veces por semana para mirar el buzón y regar las plantas, pero estaba claro que tarde o temprano tendría que enfrentarse a ese desafío. La casa de su madre era una casa adosada, pagada, en las afueras de Augsburgo. Gracias a los altos precios inmobiliarios de Baviera, valía tranquilamente medio millón de euros. Sin embargo, Sienna ni se planteaba su venta por el momento, aunque tampoco se veía a sí misma viviendo en ella.

—Voy a echarla mucho de menos. —Era la voz de Carl abriéndose camino hasta su subconsciente.

Sienna lo miró.

—¿Por qué? —preguntó con más dureza de la intencionada—. ¿Acaso no fuiste tú quien pidió el divorcio?

Él se sobresaltó, pero asintió con la cabeza.

—Tu madre era una mujer extraordinaria. La quise como a nadie en este mundo. Lo malo es que siempre he tenido que compartirla con otro hombre. Nunca se olvidó por completo de tu padre. Estaba casi obsesionada con él. Ella creía que yo no me daba cuenta, pero el hecho de que intentara como fuera borrar cualquier recuerdo de su vida y también de la tuya me demostraba que en el fondo seguía importándole.

—¿A qué te refieres?

—Se negaba a hablar de él. Ni siquiera contigo. Y si lo hacía, lo denigraba tanto que al final acababas convencido de que, efectivamente, era mala persona. Y eso que tú al principio hablabas

con mucho cariño de tu padre, intentabas sacarle información a tu madre tratando de averiguar la razón de su desaparición, en vano. Es culpa de tu madre que el interés que tenías por tu padre cambiara un momento dado. Un día te quitó las postales que te mandaba él. ¿Recuerdas que desaparecieron de repente?

Sienna frunció el ceño.

—Hace mucho de eso. Yo era una adolescente. Pero, sí, me di cuenta de que ya no estaban en la estantería y, cuando le pregunté a mamá, me dijo que no sabía dónde estaban.

—Las tiró porque en la última postal tu padre había escrito que tenía una familia nueva y que quería empezar de cero. Consciente de que iba dirigida a ti, te quitó todas. Supuestamente porque no quería que sufrieras y esperaras a que llegara otra postal al año siguiente. Sin embargo, en el fondo las tiró por ella misma. Estaba furiosa con tu padre, por haber vuelto a encontrar el amor. Y fue entonces cuando me di cuenta de que mi matrimonio con tu madre no duraría.

Sienna miró a Carl, tragó.

—¿Tú no te preguntas también por qué volvió a Cornwall después de todos estos años? Quiero decir, si no hubiera vuelto, aún estaría viva.

Él asintió ensimismado.

—Puede que supiera dónde estaba tu padre. A lo mejor quería hablar con él. O simplemente regresar al lugar donde le había roto el corazón.

—¿Quieres decir porque mi padre desapareció durante unas vacaciones?

—Tal vez fue su manera de despedirse de una vez por todas.

—¿En serio crees eso?

Carl se encogió de hombros.

—¿Y la policía? ¿Te han llamado?

—No sueltan prenda. Ni siquiera sé qué descubrieron en la autopsia. Lo único que me han dicho es que mi madre murió, efectivamente, a consecuencia del traumatismo craneal.

—O sea, que no saben nada.

—Eso parece. El policía con el que estoy en contacto dice que pudo haber sido una banda de adolescentes. Unos pirados que perdieron el control.

Por fin terminó todo. El banquete fúnebre se había disuelto hacía dos horas por lo que Carl y ella, efectivamente, pudieron volver al cementerio antes de que anocheciera. Habían permanecido de pie junto a la tumba ya cubierta y llorado, luego se habían despedido.

Carl le había ofrecido su ayuda, obviamente, le había pedido que lo llamara si necesitaba algo o si había novedades.

El dilema de Sienna ahora era si volver directamente a su casa o si pasarse antes por la de su madre para comprobar que todo estuviera en regla.

Le pudo la nostalgia.

Se seguía percibiendo el aroma de su madre en la casa, daba la impresión de que su madre tan solo se había ido un par de días, al cabo de los cuales regresaría sana y salva.

Sabía que no era más que un sueño, pero por una milésima de segundo, la hizo sentirse bien.

Aparcó al cabo de media hora delante de la casa de su madre. Notó cómo se le iba formando un nudo en la garganta.

Cuadró los hombros, se apeó, se encaminó decidida hacia la puerta. En su fuero interno deseó que no apareciera ninguno de los vecinos de su madre porque no sabía si sería capaz de lidiar con más muestras de pésame.

Lo primero que hizo fue vaciar el buzón, desbordado con lo que parecían documentos oficiales.

Fue con ellos hasta el salón, se sentó, repasó las cartas. La mayoría eran facturas de tres cifras que Sienna metió en el bolso

para pagarlas desde la banca *online* en su casa. La última carta venía de Inglaterra, de una residencia para la tercera edad.

Frunció el ceño, abrió la carta, se sobresaltó al ver que se trataba de otra factura más, aunque en este caso de cuatro cifras. Sacudió la cabeza, releyó la carta. No cabía duda. La factura iba dirigida a su madre y abarcaba cuidados y gastos de alojamiento por el valor de 1745 libras. Sienna dejó caer el papel, tragó. No tenía ningún sentido. Sus abuelos maternos eran de Baviera y hacía años que habían fallecido y no sabía de nadie dentro de la familia por parte materna que estuviera en una residencia. Y muchos menos en Inglaterra. Su madre era de Augsburgo por nacimiento, se había trasladado a Londres solo por amor, de modo que, si había alguien en la isla viviendo en una residencia, tenía que tratarse de algún familiar de su padre. La cuestión era por qué, aparentemente, había aceptado su madre correr con los gastos del cuidado de su familia política. ¿No debería ocuparse su padre de eso?

Tragó, guardó también esta carta, obedeciendo a un impulso se levantó y fue al dormitorio de su madre. Abrió todos los cajones de la cómoda ubicada junto a la ventana, inspeccionó su contenido. Su madre siempre había insistido en que Sienna no pisara aquel dormitorio. Aquella habitación era el santuario de su madre. Hoy era la primera vez en años… qué va… en décadas que echaba un vistazo.

Al llegar al último cajón, se detuvo en seco. Contenía varias cajas de té de distinto tamaño, todas de madera. Sienna se preguntó para qué demonios almacenaba su madre té en el dormitorio. Sacó una de las cajas, la abrió, pero no contenía té, sino muchos papeles que al inspeccionarlos más a fondo resultaron ser documentos para la jubilación.

Sienna se dio cuenta de que este cajón era donde su madre guardaba todos los documentos oficiales. Abrió una caja tras otra, se detuvo finalmente en una que estaba abarrotada con extractos bancarios. Sacó los papeles, los repasó, encontró un montón de transferencias enviadas a la residencia.

Tras terminar con esa caja, cogió otra, se sobresaltó al encontrar en ella las postales de su padre. Así que su madre no las había

tirado lo que significaba que Carl no iba mal encaminado con su teoría de que su madre seguía prendida de su primer marido.

Aunque…

Tragó. Aquello no tenía ningún sentido. Si su madre seguía llorando un amor perdido, ¿por qué se había negado todos estos años a hablar de ello con su hija?

¿Y por qué había removido cielo y tierra para que Carl pudiera adoptarla sin el consentimiento de su padre biológico? Sienna había tenido la impresión de que su madre ya no soportaba que su hija fuera la única que siguiera con el apellido del exmarido.

Por muchas vueltas que le daba, nada cuadraba.

Sacó las postales de la caja, miró una y cada una de ellas.

Procedían de todos los países imaginables, casi todas contaban algún tipo de aventura que había vivido y Sienna no pudo evitar preguntarse si su padre no habría abandonado a su familia precisamente por eso. Por la libertad, por poder hacer lo que le viniera en gana.

La última postal venía de Londres. En ella contaba que tras todos esos años por fin había llegado y estaba listo para echar raíces. Que había encontrado una nueva familia, que estaba muy feliz y que deseaba de todo corazón que Sienna se alegrara por él.

Soltó un gruñido de desprecio, colocó las postales junto a los extractos bancarios, quedó unos segundos mirando la pila de papeles, se levantó de golpe.

Llevaba días pensando qué pasaría ahora, qué podía hacer para no volverse loca y, de repente, en este preciso instante, por fin lo descubrió.

Intentaría aclarar en persona el asunto de las facturas de la residencia. Si su madre había estado tan loca como para pagarle las facturas al cabrón de su ex, era cosa suya. Sienna por su parte no quería saber nada del asunto.

—Así que Inglaterra —murmuró—. Cornwall para ser más exactos.

Viajaría al último destino de su madre. Puede que se le presentara la oportunidad de dar con lo que su madre había buscado tan desesperadamente.

CINCO
BOSCASTLE

2019

La residencia se llamaba Sunview, "Vistas al Sol", y Sienna tuvo que admitir que el nombre no había podido ser más acertado. La parte principal de la casa había sido construida sobre un altiplano y estaba rodeada de un parque precioso. Desde la parte trasera de dicho parque había unas vistas de ensueño sobre el Atlántico y los acantilados. Sienna pensó que había sitios peores que este para pasar lo que quedaba de vida.

Bostezó disimuladamente de camino al vestíbulo, echó un vistazo al reloj. Esta vez había tenido suerte, había conseguido un vuelo directo y, aun así, su cuerpo se quejaba como si hubiera pasado veinticuatro horas encerrado en un avión. En parte se debía al hecho de que desde la muerte de su madre dormía mal y no conseguía comer lo suficiente, y mucho menos sano.

Para ser sincera consigo misma, deseaba que este viaje le ayudara a cerrar este capítulo. Tanto con lo que le había pasado a su madre, como con su propio trauma de la niñez por la pérdida del padre, además de con esta extraña obligación financiera. Sienna no era tacaña, nada más lejos de la realidad. En el peor de los casos se le podía pedir el último céntimo que le quedara que ella lo entregaría, pero hacerles frente a los gastos de alguien perteneciente a la familia del hombre que le había hecho tanto daño

no solo a ella, sino también a su madre, eso era pasarse cuatro pueblos.

De ahí que la primera parada hubiera sido este lugar: para aclarar que quién vivía tras estos idílicos muros de aquí en adelante ya no sería financiado por la familia Aschenbrenner.

¿Y si es tu padre el que vive aquí? ¿Y si no tuvo ningún accidente? ¿Y si estaba enfermo?

Aunque la voz en su cabeza apenas se oía, tenía el efecto de un martillo neumático.

Sienna inspiró hondo, sacudió la cabeza.

Vale, se dijo, *sería sin duda una explicación de por qué su madre sentía una especie de obligación y asumiera estos gastos.*

Pero ¿qué significaba para ella?

Sienna volvió a inspirar hondo.

—Esto no va a cambiar nada —murmuró. Este hombre la había abandonado y no pensaba mover ni el dedo meñique por él.

Entró en el vestíbulo, inspiró hondo, se maravilló con aquel vestíbulo tan imponente. A primera vista este lugar no se parecía en nada a las residencias de ancianos que conocía de Alemania.

Como fotógrafa había tenido que acudir alguna que otra vez a este tipo de instituciones para alguna sesión comercial y por eso reconocía la diferencia, aunque sutil.

Esta casa invitaba y recordaba más a un hotel de lujo que a un lugar para la tercera edad.

En el vestíbulo olía a una mezcla de romero y mentol, lo que en Sienna evocó de inmediato un lugar de relajación y la trasladó a un *spa* de lujo.

De las paredes colgaban cuadros alegres y fotografías bonitas de los empleados y los asientos que ocupaban la parte central del vestíbulo estaban ocupados por un grupo de jubilados, entretenidos con una partida de ajedrez o de cartas y disfrutando de un cóctel. Sienna echó un vistazo al reloj y sonrió.

Aún no eran ni las cuatro, pero dudaba que los vasos coloridos con sombrillitas contuvieran zumo ni nada por el estilo. El grupo estaba de buen humor, de ahí que cupiese pensar que se trataba de una reunión de gente disfrutando de una especie de *happy hour*.

Siguió hacia la recepción, esperó hasta que un matrimonio mayor delante de ella cambió el menú para la cena. Cuando le tocó el turno, se acercó al mostrador, sonrió y expuso su petición. Para respaldar sus palabras, sacó la factura del bolso, se la entregó a la mujer.

Esta miró por encima el escrito, finalmente miró a Sienna.

—¿Y de verdad que no sabe de qué se trata?

—Lo dicho, mi madre falleció hace poco y hasta ahora era ella la que se ocupaba de esto.

La mujer asintió, empezó a teclear algo. Luego se le iluminó la mirada y miró a Sienna.

—Se trata de Serafina Ward, querida. Y por lo que estoy viendo, su madre, Marlene Aschenbrenner, está anotada como la persona de contacto. Y desde hace casi veinte años.

A Sienna le pareció que se abría el suelo a sus pies. Se tambaleó, dio unos pasos hacia atrás, notó la mirada de preocupación de la señora tras la recepción.

—¿No se encuentra bien? ¿Quiere que llame a alguien?

Sienna tragó, le costó pensar con claridad.

—Ya se me ha pasado, gracias. Es solo que… —Se detuvo, buscó las palabras adecuadas, notó que rompía a sudar, cómo el sudor le iba resbalaba por la espalda—. Tiene que tratarse de un gran error —balbuceó por fin y no reconoció ni su propia voz. Sonó sin fuerzas y rota, tal como se sentía desde hacía semanas—. Mi madre… me contó hace años que mi abuela paterna había muerto de un ictus.

Tras haber superado el primer susto, Sienna cogió el vaso de agua que le había tendido la recepcionista. Había invitado a Sienna a tomar asiento y esperar a la enfermera de la estación número dos. Sienna tomó un buen trago, notó el frío del agua recorrerle el estómago. Soltó un gemido al sentir un pinchazo en el interior, tomó otro trago. Tenía que comer algo urgentemente, pensó, y al mismo tiempo se preguntó cómo asimilar aquella novedad.

En el fondo debería haberse alegrado de que su abuela estuviera viva, porque sus pocos y vagos recuerdos de esa señora eran sin duda positivos. Recordó que mucho tiempo atrás Serafina vivía en una bonita casita en cuya terraza había una mecedora chirriante. Sienna, siendo niña, había pasado muchas horas acostada en los blandos almohadones dejándose mecer por el viento. ¿Por qué demonios le había mentido su madre? ¿Por qué le había impedido durante todos estos años mantener contacto con su abuela Serafina?

¿Y por qué demonios pagaba su madre esta casa cara cuando debería ser el hijo, el padre de Sienna, quien se hiciera cargo?

Una pregunta tras otra a las que Sienna no encontraba respuestas.

Para deshacer el nudo que tenía en la garganta, tomó otro trago de agua. Al ver de repente a una mujer de unos cincuenta años acercarse a ella, supo sin necesidad de ver la tarjeta identificativa que se trataba de la enfermera Kristin. La única cuidadora del establecimiento que llevaba más de treinta años en el mismo.

Si había alguien que pudiera contestar medianamente sus preguntas, era ella.

Sienna se levantó, le estrechó la mano.

—Gracias por dedicarme unos minutos —dijo y volvió a sentarse.

Kristin se sentó en el sillón de enfrente, miró a Sienna con empatía.

—Siento mucho la pérdida de su madre —dijo e hizo una mueca —. ¿Estaba enferma?

Sienna negó con la cabeza.

—La asesinaron —dijo finalmente y acto seguido se apoderaron de ella los remordimientos al ver la cara de espanto de la cuidadora —. Un atraco —añadió—. La policía parte de la base de que fueron unos adolescentes descarriados. La mataron a golpes la última vez que estuvo por aquí.

Kristin abrió los ojos consternada.

—¿Ocurrió aquí?

—Muy cerca de aquí —respondió Sienna—. Hace un mes aproximadamente.

Kristin resopló asustada.

—Hace un mes aproximadamente volví a ver a su madre después de muchísimos años. Hacía tanto tiempo que al principio no la reconocí.

—¿Estuvo aquí? —preguntó Sienna sorprendida.

Kristin asintió.

—Y precisamente el día que vino su madre de visita, a Serafina le dio otro ictus. El segundo después de más de veinte años.

—¿Hace veinte años que mi abuela vive aquí?

—Hace más. —Kristin frunció el ceño—. Creo que serán más bien veintitrés. Vino una semana después de que le diera el primer ictus. Los primeros años estaba en uno de los apartamentos tutelados, pero luego tuvo que trasladarse a la residencia. Su hijo fue quien le consiguió un lugar en nuestra institución, vendió la casa de su madre para poder pagar las facturas.

—¿Y por qué era mi madre la que pagaba ahora las facturas?

—No lo sé. —Kristin se encogió de hombros—. Lo único que recuerdo es que fue ella misma la que lo dispuso así. Debió de ser unos tres años después de que Serafina se trasladara aquí. La madre de usted vino un día, me entregó sus datos de contacto y me dejó bien claro que solo la contactara en caso de extrema urgencia. Por ejemplo, en caso del fallecimiento de su suegra o si había que tomar decisiones médicas importantes. Obviamente le pregunté qué pasaba con el hijo de Serafina, a lo que ella me respondió que la había abandonado y desaparecido.

Sienna miró a la mujer, asintió.

—Es verdad. Mi padre nos abandonó cuando yo apenas tenía siete años. Mi madre y yo regresamos a Alemania, desde entonces no he tenido más contacto con mi padre. Ella intentó localizarlo un par de veces por el divorcio, pero nada. Lo único que teníamos eran unas cuantas felicitaciones de cumpleaños que me mandaba de vez en cuando. —Sienna se detuvo, reflexionó—. ¿Vino últimamente por aquí? Mi padre, me refiero. Quiero decir, ¿vino a visitar a su madre a lo largo de estos últimos veinte años?

Kristin la miró con ojos tristes.

—No que yo sepa. Nadie venía a visitar a la pobre. Siempre estaba sola, por Navidades o en su cumpleaños. Solo nos tenía a las

cuidadoras y a sus amigas de aquí. Incluso cuando el otro día le dio el ataque y hubo que llevarla al hospital, no vino nadie a interesarse por ella. Intentamos localizar a la madre de usted, pero no respondió a nuestras llamadas.

Sienna tragó, notó que se estaba enfureciendo.

—Porque ya estaba muerta —respondió con más dureza de la intencionada.

Kristin se asustó.

—No estaba reprochándole nada. Solo quería decir que esa soledad constante debió de ser la razón de por qué la salud de Serafina empezó a decaer de manera dramática. Al principio, estaba fuerte, a pesar del parálisis que le afectó a un lado, y siempre estaba de buen humor. Pero con el paso de los años la pena se hizo notar en su cuerpo. Se fue debilitando cada vez más, por eso no pudo quedarse en el apartamento y hubo que trasladarla a planta. Serafina es la persona que más tiempo lleva viviendo en esta institución y hace años que se rumorea que no se ha rendido porque en el fondo sigue con la esperanza de que algún día vuelva a aparecer su hijo por aquí.

SEIS
BOSCASTLE
2019

—Quiero verla —dijo Sienna con voz firme y sin poder evitar la profunda rabia que estaba sintiendo por su madre—. Si hubiera sabido que mi abuela seguía viva, la hubiese visitado mucho antes. —Se levantó, sacudió la cabeza—. Lo cierto es que no entiendo a mi madre. Vale, estaba furiosa con mi padre, pero no me entra en la cabeza por qué había que castigar a Serafina por eso. No fue culpa de la pobre que mi padre se largara. De hecho, fue otra víctima más de su desaparición, como mi madre y yo.

La enfermera Kristin la miró compungida.

—La única persona que hubiera podido aclararle eso hubiese sido su madre. Pero ahora… —La mujer se calló, sonrió a Sienna—. Que haya venido ahora es un buen comienzo. Es usted su nieta. Seguro que se va a alegrar mucho con su visita.

Sienna siguió a la mujer, consciente de que a cada paso le costaba más respirar.

En su cabeza se había desatado el caos y no pudo menos que preguntarse cómo conseguir todas esas respuestas que le faltaban.

—¿Cómo se encuentra mi abuela ahora mismo? —quiso saber y detuvo a Kristin cogiéndola del brazo.

La mujer se giró, la miró con cara de pena.

—Desde el ataque del otro día, ha empeorado aún más. Mucho más rápido que en los últimos meses y años. El parálisis ha empeorado, se ha extendido al lado sano, además ahora le ha afectado también al habla. Le cuesta dar con las palabras y también concentrarse. Supongo que la edad en este caso es un factor en su contra. Pero para serle sincera, creo que la última visita de su madre la perjudicó más de lo que la favoreció.

—¿A qué se refiere?

Kristin se apartó un rizo de la cara, suspiró.

—Como ya le he comentado, Serafina sufría mucho por culpa de la soledad y de que su hijo no se ocupara de ella. Pero estaba estable, le gustaba salir al exterior, comía bastante bien – su estado no era bueno, pero tampoco malo. Sin embargo, desde que vino su madre… —Kristin se calló.

—Está bien —la tranquilizó Sienna—. No quiero saberlo.

Kristin asintió con la cabeza.

—Cuando se hubo ido su madre, encontré a Serafina exhausta en su habitación. Había llorado, temblaba de pies a cabeza, como si la visita de su madre le hubiera quitado la poca energía vital que le quedaba. Por la noche le dio un ataque de pánico, nos costó mucho tranquilizarla y al poco le dio el ictus.

Sienna resopló.

—¿Sabe qué era lo que quería mi madre? ¿A qué vino?

—No dijo nada. Apareció, pidió ver a su suegra. Me dio la impresión de que estaba hecha polvo. Estaba inquieta, nerviosa y… muy afectada. Lo primero que se me vino a la cabeza fue que había recibido una mala noticia. Y, sinceramente, creo que así fue. Vino para contárselo a Serafina y la anciana reaccionó como cabía esperar.

Sienna tragó.

—Mi madre no me comentó nada. Estuve en su casa en Augsburgo un par de días antes de la agresión. Todo parecía en orden. Estaba normal y no mencionó para nada su intención de viajar a Inglaterra. Lo siguiente que supe de ella fue lo que me comunicó telefónicamente el médico del hospital de Stratton.

Kristin frunció el ceño.

—Tal vez encuentre alguna respuesta en el móvil de su madre. Quiero decir, si recibió malas noticias, podría dar con la llamada.

Sienna suspiró.

—El móvil sigue en poder de la policía. Al igual que su portátil.

Kristin asintió comprensiva.

—Puede que Serafina le aclare algo. Hoy por la mañana estaba bastante lúcida, la primera vez desde hace días. No habla, pero de vez en cuando escribe alguna palabra suelta para comunicarse.

Reemprendieron el camino, se detuvieron delante de la puerta número 89. Kristin le guiñó un ojo para animarla.

Al entrar, Sienna se sobresaltó. Recordaba a Serafina como una mujer corpulenta, morena, con la mirada bondadosa de su padre y una sonrisa muy tierna. La anciana demacrada tendida en aquella cama no tenía nada que ver con la abuela que recordaba Sienna. Serafina estaba extremadamente delgada, no era más que una sombra de lo que había sido. La cara pálida como la de un cadáver, los ojos clavados en el vacío, rotos, señal de lo que debía de estar pasando en su interior.

—Serafina, han venido a visitarla —dijo Kristin con voz alegre, facilitándole así las cosas a Sienna—. ¿Sabe quién es esta joven? —La enfermera hizo una pausa significativa, empujó a Sienna hacia la cama—. Es su nieta de Alemania —le explicó a la anciana y enmudeció al ver que, en cuestión de una milésima de segundo, el cuerpo de la anciana sufrió una fuerte sacudida.

Sienna tuvo la sensación de estar viéndolo todo a cámara lenta. Serafina giró la cabeza, la miró durante unos segundos a través de unos ojos muy abiertos, emitió un sonido agudo que Sienna no supo si presagiaba algo bueno o algo malo.

Le echó una mirada de inseguridad a Kristin.

—Dele un momento —le susurró la enfermera con una sonrisa—. Supongo que esta visita inesperada ha abrumado un poco a su abuela, aunque esta vez de manera positiva. —Señaló con la cabeza hacia la cama y al mirar Sienna de nuevo a Serafina, se fijó en que a la anciana le temblaban los labios y la barbilla.

Se inclinó hacia ella, la abrazó con cuidado.

—Estoy aquí, abuela —le susurró al oído—. Me alegro tanto de volver a verte después de todos estos años. Siento muchísimo haber tardado tanto en venir.

Le dio un beso tierno en la mejilla, se asustó al contacto de la piel, casi apergaminada.

Se giró hacia Kristin.

—¿Toma suficientes líquidos?

—Hasta hace un mes, sí. Pero desde que regresó del hospital no quiere comer ni beber. Tenemos que insistirle mucho, casi obligarla.

Sienna se giró hacia la abuela, sopesó si contarle que su nuera había muerto, pero optó por no hacerlo.

—Mi madre no me contó que seguías viva. Me dijo que habías muerto de un ataque. Por eso he tardado tanto en venir, ¿entiendes? No tiene nada que ver contigo. Fue por culpa de una mentira de mi madre. Supongo que estaba cabreada con papá por habernos abandonado, por eso mintió también con respecto a ti. ¿Sabes?, que se largara fue muy doloroso.

De repente Serafina empezó a ladearse y a estremecerse bajo las mantas, las miró con los ojos muy abiertos, primero a Sienna, luego a Kristin. Acabó extendiendo la mano sana, agarró el brazo de Sienna, lo apretó. No fue un apretón doloroso, sin embargo, Sienna tuvo la sensación de percibir que de su abuela emanaba una rabia increíble. Miró sin saber qué hacer a la enfermera, sacudió la cabeza sin entender nada.

—Pero ¿qué le pasa?

La propia Kristin parecía sobrepasada por la situación.

Cuando Serafina empezó a jadear, incapaz de coger aire, estalló el caos.

Kristin pulsó el botón de emergencia, corrió hacia Serafina, le soltó la mano que seguía aferrada al brazo de Sienna.

—Por favor, espere fuera. Tengo que tranquilizarla como sea.

Tras resultar que la fuerte reacción de Serafina había sido una convulsión cerebral, la enfermera Kristin le pidió a Sienna que volviera más tarde, o mejor aún, al día siguiente.

Sienna se encontraba ahora camino de Boscastle para hacerle una visita al inspector jefe Jonathan Roth. Quería mirarle a los ojos cuando le preguntara por qué seguían sin poder decirle quién era el responsable de la muerte de su madre. Además, exigiría que le devolvieran el móvil de su madre para seguir el consejo de Kristin. Tal vez, encontrara, efectivamente, en la lista de llamadas la respuesta a su pregunta de por qué había venido.

A pocas millas de Boscastle reconoció a lo lejos un edificio impresionante que se erguía majestuoso sobre el acantilado.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al percatarse de que esas vistas le resultaban extrañamente familiares, a la vez que la ponían nerviosa.

Estaba completamente segura de haber visto ese edificio anteriormente. Tras recorrer otras tres millas más, pasó junto a una señal que invitaba a los turistas a coger la siguiente salida hacia el hotel Cliff Ville.

Sienna se dio cuenta al instante de que debía de referirse al edificio que acababa de ver. A pocos metros de la salida decidió que no estaba de más ir a echar un vistazo al hotel. Puso el intermitente, se apartó de la carretera general y notó que a cada metro que avanzaba se le iba acelerando el pulso.

La carretera fue a parar a un sendero de grava que atravesaba un extenso páramo pantanoso. Bajó la ventanilla, respiró hondo, disfrutó del aroma fresco y ligeramente acre de la tierra húmeda, suspiró. El aire le sentaba bien y, aun así, tenía que reconocer que necesitaba descansar. Por qué no aprovechar este pequeño desvío para digerir todas las novedades que habían caído sobre ella a lo largo de las últimas horas.

Cuando por fin apareció ante ella un portal de hierro adornado con arabescos, volvió a sentir otro escalofrío. Subió de nuevo la ventanilla, sin embargo, la sensación de frío persistió. Tras cruzar el portal, siguió un camino estrecho que desembocaba en un aparcamiento de grandes dimensiones y a cuya entrada había una

caseta. Al acercarse, salió un hombre vestido de traje, le sonrió con exagerada amabilidad.

Ella detuvo el coche a su altura, volvió a bajar la ventanilla.

—Me gustaría quedarme unos días si hay alguna habitación libre —le explicó ella.

—Estupendo —dijo el hombre y señaló con la mano derecha la colección de aparcamientos libres—. Escoja uno.

Aparcó, se apeó, rodeó el coche, abrió el maletero. Sacó el bolso de viaje y, a punto de bajar el maletero, apareció a su lado el hombre de la caseta.

—Hasta la casa principal hay unos cuantos metros —explicó—. Si quiere, me encargo yo del bolso. Un compañero se lo subirá de inmediato a la habitación.

Sienna miró al hombre indecisa, finalmente asintió con la cabeza.

—Avisaré a recepción para que le envíen un *buggy*. Así no tendrá que caminar.

—¡Qué va! —respondió Sienna—. Me vendrá bien el paseo.

El hombre sonrió tímidamente, extendió la mano para coger el bolso de Sienna.

—En ese caso le deseo una feliz estancia. Coja el camino principal que atraviesa el jardín. Es el camino más corto.

El jardín resultó ser un parque. Era enorme, sin embargo, estaba muy bien cuidado y denotaba muy buen gusto. El sendero hacia la casa estaba bordeado por parterres de flores y arbustos tan altos como una persona. La atmósfera creada le recordó a Sienna un jardín hechizado sacado de un cuento de hadas.

Al subir la escalera que daba al vestíbulo, la sobrevino un *déjà vu*. Un presentimiento le dijo que no era la primera vez que pisaba estos peldaños.

Cuando hubo llegado a la recepción, la recibió una señora mayor que se presentó como la propietaria del establecimiento.

—Me llamo Sienna Aschenbrenner. Quisiera una habitación para dos noches de momento si es posible.

La señora asintió sonriente.

—Tenemos muchas habitaciones libres —respondió—. Aún no estamos en temporada alta.

Le entregó un formulario a Sienna para que lo rellenara con sus datos personales.

—Me gustaría ofrecerle la habitación número 11. Es un poco más cara que las demás, pero las vistas sobre la bahía son impresionantes. Es una de nuestras habitaciones más solicitadas. ¿Le parecen bien 160 libras la noche? Desayuno incluido, al igual que el poder hacer uso de nuestro *spa*.

—Suena genial —dijo Sienna y le pasó por encima del mostrador el formulario cubierto.

La mujer repasó los datos, asintió satisfecha. Luego se giró hacia el armario que estaba a su espalda, sacó una llave monstruosa con llavero incluido y que indicaba el número de la habitación.

—No usamos todavía esas tarjetas tan modernas —explicó alegre —. Los huéspedes no hacen más que perderlas y cambiar ese tipo de cerraduras cuesta una pequeña fortuna. Esto, sin embargo —dijo mientras dejaba la pesada llave sobre el mostrador y sonreía a Sienna —, aún no lo ha perdido nadie.

—Me imagino —dijo Sienna sonriente, la cogió, se asustó un poco al notar el metal helado de la llave, estaba tan frío que casi resultó doloroso sostenerla en la palma de la mano.

—La habitación número 11 se encuentra en el entresuelo —le indicó la recepcionista—. Suba las escaleras junto al ascensor y luego a la izquierda. Le deseo una feliz estancia. Y si necesita algo, tenemos servicio de habitaciones durante toda la noche.

Al llegar a la puerta de su habitación, a Sienna la sobrevino una sensación de inquietud interior. Respiró hondo, metió la llave en la cerradura, la hizo girar. Al abrirse la puerta, Sienna se sobresaltó.

Desde el interior de la habitación, la golpeó un frío glacial, sin embargo, las ventanas estaban cerradas. Hizo una mueca, echó un vistazo al termostato junto a la puerta y vio que estaba a 22 grados.

Acabó por achacar ese frío interior al cansancio y sueño acumulados, cerró la puerta tras de sí.

Al entrar, asimiló el ambiente. Los muebles eran una mezcla de antigüedades con detalles modernos y, aunque Sienna se sentía identificada con este estilo, le resultó extrañamente asfixiante. Miró el reloj, deseó que le trajeran pronto el bolso para poder darse una ducha. Decidió mientras tanto estirarse en la cama y descansar unos minutos. Sacó los zapatos, se sentó en el colchón duro de muelles, se dejó caer hacia atrás.

Acababa de cerrar los ojos cuando, de repente, sintió mucho frío y acto seguido mucho calor. Rompió a sudar, tenía las palmas de las manos pegajosas. Se levantó de golpe, trató de coger aire, pero le costó respirar. Vio destellos de luz, las paredes parecían moverse hacia ella.

¡Vete!, pensó llevada por el pánico. *¡Tienes que salir de esta habitación!* Pero sus piernas se negaron a obedecerla.

Se desplomó, gimió, notó cómo la boca se le secaba cada vez más a cada segundo que pasaba, le costó pensar con claridad.

De niña solía sufrir algún que otro ataque de pánico, por lo que sabía que a pesar de lo peligroso que parecían, no lo eran.

Aun así, tuvo la necesidad de pedir ayuda, pero no consiguió emitir ningún sonido.

Jadeó desesperada, luchó contra las lágrimas de impotencia, soltó un gemido cuando de repente llamaron a la puerta.

—Su bolsa —dijo una voz agradablemente profunda y de repente, Sienna pudo respirar de nuevo. Tragó una bocanada de aire, notó cómo el hormigueo en el cuero cabelludo iba a menos y cómo se iba tranquilizando poco a poco.

El ataque de pánico había remitido.

SIETE
BOSCASTLE

2019

—¡Escóndete mientras cuento hasta diez!

Pisadas fuertes, luego una alegre risa infantil que llegaba a oídos de Sienna como a través de una niebla espesa.

Medio adormilada buscó a tientas el interruptor junto a la cama, cerró los ojos con fuerza al encenderse la luz y deslumbrarla tanta claridad. Echó un vistazo al reloj. Eran las cinco de la mañana, lo que significaba que no había dormido más de dos horas de un tirón. Tras el ataque de pánico de ayer y a pesar de haberse tomado un largo baño relajante, no había conseguido tranquilizarse del todo, por lo que había encendido el televisor para distraerse. Llegado un momento el cansancio se había apoderado de ella de tal manera que había quedado dormida, pero un estruendo la despertó. Al igual que ahora, había oído niños delante de su puerta. Estaban riéndose y chillando de alegría. Por un breve instante, Sienna se sintió tentada de quejarse a la recepcionista.

A Sienna no le cabía en la cabeza que hubiera padres que permitieran este tipo de comportamiento y que, además, dejaran a sus hijos jugar hasta tan tarde por los pasillos de un hotel. Soltando un gemido de protesta, apartó la manta, fue tambaleante hasta la puerta. La ira recorrió sus venas al volver a oír otra risa, esta vez más fuerte que la anterior. Extendió la mano, la retiró asustada al oír

un fuerte golpe. Era como si uno de los niños hubiera chocado precisamente contra su puerta. Oyó unos sollozos.

Sienna agarró la manilla, abrió la puerta de golpe y, a punto de reñirles a los causantes de tanto alboroto, se dio cuenta de que no había nadie en el pasillo.

Nadie excepto ella.

Atónita salió al pasillo, miró primero hacia un lado, luego hacia el otro, frunció el ceño.

¿Dónde se habían metido los niños?

Si uno de ellos acababa de hacerse daño y había llorado, no podía haber desaparecido ni medio segundo después.

Sienna sacudió la cabeza, se retiró, cerró la puerta con llave. A punto de meterse de nuevo en cama, sonó el móvil. Lo cogió con un suspiró, echó un vistazo a la pantalla, se asustó al ver que era el número de la residencia. Dudó un instante, pero acabó aceptando la llamada.

—Perdone por llamarla tan temprano —dijo la voz de una joven —. Se trata de su abuela, Serafina Ward. —La joven titubeó una milésima de segundo. Fue el instante en el que Sienna supo que había pasado algo.

—¿Cómo está? —consiguió preguntar a duras penas.

—Me temo que no estoy capacitada para decirlo —explicó la joven—. Lo cierto es que no sé ni cómo pudo ocurrir. —Se oyó un leve suspiro, luego un carraspeó que denotaba incomodidad—. Disculpe, no me he presentado —dijo de repente la chica casi con un susurro de voz—. Soy la enfermera Ireen y hoy estoy yo al cargo de la planta en la que vive su abuela. Al hacer antes la ronda, estaba todo en orden. ¡Lo juro! Serafina estaba durmiendo tan tranquilamente, con la reja de la cama levantada. Pero ahora, al volver a comprobar todo, estaba de repente tirada en el suelo, a un metro más o menos del armario. No tengo ni idea de cómo lo hizo, pero tuvo que escurrirse de algún modo de la cama.

—Pero ¿qué dice? —Sienna frunció el ceño—. ¿Cómo iba a hacerlo? Tiene un lado paralizado y está encamada. ¿Cómo iba a levantarse sin ayuda?

—En serio, lo siento, pero no lo sé. La barandilla estaba levantada, estoy completamente segura.

Sienna respiró hondo.

—Como total no voy a conseguir dormir, ¿qué le parece si me paso por ahí? —propuso con voz de resignación.

—Eso no servirá de nada porque ya he llamado una ambulancia. Hay que hacerle unas radiografías a Serafina porque es posible que se haya fracturado la cadera. Si quiere verla, mejor vaya directamente al hospital.

Media hora más tarde, Sienna estaba metiéndose en el aparcamiento del hospital, fue como un *déjà vu*.

Hacía algo más de un mes, su madre había fallecido en este mismo hospital. Recordar aquel último encuentro la afectó mucho. Se le hizo un nudo en la garganta, se apeó. Lo mejor sería acabar cuanto antes con esto.

Fue corriendo hacia la entrada, le explicó al portero quién era y qué quería, la mandó que fuera a urgencias. Por fin encontró a su abuela amarrada a una cama en mitad de un pasillo. No había nadie con ella y al ver a su abuela llorando con gesto de dolor, se le hizo un nudo en la garganta. Aquella situación reflejaba lo que había sido la vida de Serafina durante las últimas décadas: soledad y desolación.

Fue hacia ella, le cogió la mano, se la apretó con suavidad.

—Estoy aquí, abuela. Tranquila, voy a quedarme contigo. —Se inclinó sobre ella, le dio un beso en la mejilla, pero la anciana parecía completamente grogui.

—Tiene mucho dolor. —La voz surgió a sus espaldas. Sienna se giró de golpe. Un joven que según la identificación era un médico en prácticas, la miró con gesto amable—. He tenido que darle algo más fuerte —explicó—. Es posible que la descoloque algo.

—¿Cuánto tiempo tendrá que quedar aquí? —preguntó Sienna.

El hombre echó un vistazo al reloj.

—Están preparando todo en rayos. Calculo que unos diez minutos. Y en caso de que se confirmen mis sospechas, necesitaremos el consentimiento de usted para intervenir quirúrgicamente.

—¿Hay que operarla?

—Si se trata de una fractura, sí.

—Vale. A ver qué pasa. —Sienna le dio las gracias, se giró hacia su abuela—. Dentro de nada ya están contigo —murmuró, le acarició la mejilla, registró que su voz tenía un efecto calmante en la anciana.

Sienna se asustó cuando, de repente, Serafina abrió los ojos de golpe y los clavó en ella.

—Pero qué cosas haces —dijo más desbordada que asustada, soltó una risa de incomodidad.

Miró a su abuela, ladeó la cabeza.

—Mira que levantarte tú sola de la cama. Podrías haberte partido la crisma. —Al ver que su abuela ponía los ojos en blanco, a Sienna se le abrió la boca de golpe—. Te enteras de todo lo que pasa a tu alrededor, ¿verdad?

Serafina parpadeó. Luego Sienna vio el dedo de su abuela atravesado por unos espasmos.

—¿Por qué te levantaste? ¿Tuviste una pesadilla? ¿O la enfermera de noche sí olvidó subir los barrotes de la cama?

El dedo índice de su lado sano se movió de izquierda a derecha.

—Mamá ha muerto —dijo Sienna de repente sin poder contenerse a tiempo. Miró asustada a Serafina, pero esta no reaccionó—. La agredieron poco después de la última vez que vino a visitarte. Debió de ser hace un mes. —Miró a Serafina—. Lo que me trae por la calle de la amargura es no saber, y seguramente no descubrirlo jamás, a qué vino. ¿Por qué volver después de tantos años?

Miró a Serafina como si pudiera encontrar en el rostro de su abuela alguna respuesta, pero no fue el caso.

—Creo que vino por él. Por mi padre —añadió—. Ella lo quería tanto y él la abandonó sin más… nos abandonó sin más. Creo que

vino a cerrar de una vez por todas ese capítulo. Es la única explicación plausible.

Miró a su abuela, de repente vio que tenía los ojos inundados en lágrimas.

—Voy a encontrarlo, ¿me oyes? A mi padre. Voy a encontrarlo y a hacerle todas las preguntas que le hubiera hecho mi madre. Por qué nos abandonó, por qué no contactó nunca más conmigo y por qué olvidó incluso a su propia madre.

Sienna se había ido calentando y se sobresaltó cuando de repente notó la mano sana de Serafina agarrándole el brazo.

La agarró con fuerza, sin soltarla y, si no fuera porque sabía que no podía ser, hubiese dicho que su abuela quería hacerle daño intencionadamente.

—¿Quieres que llame al médico? ¿Te duele?

Serafina negó con la cabeza, la miró fijamente.

—¿Qué pasa? —le preguntó y se inclinó sobre la anciana.

La respiración de Serafina le hacía cosquillas en la oreja. Luego oyó un muy sutil susurro.

—Tienes que repetirlo —le pidió y se acercó más a la boca de su abuela. Se asustó cuando el grito de la mujer casi le perforó el tímpano. Miró consternada a su abuela—. ¡Lo has hecho a propósito!

Los ojos de la anciana parecían estar lanzando rayos. Luego abrió la boca.

Sienna estaba tensa.

Oyó un gemido. Luego una tos estertórea.

Quiso ayudar a su abuela, incorporarla, pero Serafina no dejaba de dar golpes a su alrededor. Uno de los golpes dio a Sienna en el hombro.

—Pero ¿qué te pasa? Si solo quiero ayudarte.

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de la anciana. Luego empezó a temblar, abrió la boca aún más. Miró a Sienna, clavó los ojos en su rostro.

—Tienes… —La anciana calló, en busca de palabras—. ¡Lárgate!

Tras una conversación rápida con el cirujano, resultó que la única opción era operar a Serafina. El médico le indicó que se despidiera de su abuela. Así lo había hecho, había esperado a que hubieron desaparecido tras la puertas de cristal que daban a la zona de quirófanos. Luego se había encaminado al aparcamiento. Lo siguiente en la lista era acudir a la policía y hablar del caso de su madre. Por eso se había dirigido directamente a comisaría. Ahora estaba sentada en el vestíbulo esperando a que la llamaran.

Tras una espera de unos quince minutos, apareció por fin el inspector jefe Jonathan Roth y Sienna respiró aliviada. Se levantó, fue hacia el hombre, le estrechó la mano.

—Espero que no le moleste que me presente así sin más —dijo ella.

El hombre asintió, aunque hizo una ligera mueca.

—Bastante estrés en estos momentos —admitió finalmente, la miró—. He de confesar que apenas ha habido cambios en el caso de su madre. Hemos interrogado a unos cuantos jóvenes, pero ninguno dice haber visto ni oído nada. Seguimos cómo estábamos, sin nada a qué atenernos, ninguna pista, ninguna prueba.

—¿Y las cosas de mi madre? ¿La maleta? ¿Su móvil y su portátil?

El hombre se encogió de hombros.

—La científica está analizándolos, pero parece que hasta ahora no han encontrado nada.

Sienna suspiró.

—Necesito el móvil de mi madre —explicó finalmente siguiendo un impulso—. Y también su portátil —añadió—. Podría ser que tenga documentos importantes guardados en él. Papeles del seguro a los que necesito tener acceso.

El inspector jefe Jonathan Roth la miró dubitativo.

—A ver qué puedo hacer. Pero el portátil estoy seguro de que aún lo van a necesitar.

—¿Ya se sabe dónde estuvo mi madre las horas antes de la agresión?

—Hemos podido triangular unos cuantos puntos, pero no ha salido nada revelador. Parece que solo salió a pasear, cerca del pantano y en el bosque que linda con Boscastle. Hemos

inspeccionado todo, pero no hemos encontrado nada que pueda tener relación con la agresión a su madre.

—¿Que mi madre fue a pasear al bosque en plena noche? ¿Y con una pala en la mochila?¡Eso no tiene ningún sentido!

El inspector jefe Jonathan Roth se encogió de hombros.

—Pero tampoco está prohibido. Su madre era periodista, puede que estuviera trabajando en un artículo.

Sienna negó con la cabeza.

—No solía aceptar encargos en el extranjero. Y ya le digo yo que por culpa de un encargo no volvería aquí después de tantos años. ¡Es que no me lo creo! —Alzó las manos—. ¡Y su ropa! Llevaba botas, ropa para ensuciar. ¿Para qué? ¿Y la pala y el agua? Para mí que estaba buscando algo.

—¿No debería saberlo usted, siendo su hija? ¿A quién si no iba a contarle sus planes?

El inspector jefe Roth había tocado un tema sensible para Sienna. Sus palabras la estremecieron, bajó la mirada.

—Pero no lo hizo —balbuceó.

Él la miró, de repente pareció sentir lástima por ella.

—Entiendo que quiera respuestas. Nosotros también, pero aun así hemos de mantener los pies en la tierra. La pala, la ropa, pueden significar algo o no. Y antes de lanzarnos en una dirección equivocada para al final acabar otra vez sin nada, mejor ocuparnos primero de aquello de lo que estamos seguros: la agresión en sí. Estamos analizando el desarrollo de los hechos, interrogando posibles sospechosos. Resumiendo: no estamos sentados rascándonos la barriga – por si era eso lo que pensaba.

Sienna tragó, evitó mirarle. Luego se levantó.

—¿Sería tan amable de ocuparse de las cosas de mi madre? Me refiero a las que puedan devolverme.

El hombre asintió.

—Hablaré con mis compañeros y le haré llegar lo que ya no necesitemos. ¿Dónde se aloja?

—¿Conoce el hotel Cliff Ville en Boscastle?

El hombre asintió, le tendió la mano.

—Siento no poderle decir más, en serio.

Sienna la aceptó.

—Y yo ser tan impaciente.

Cuando poco después estaba subiendo los peldaños de la residencia, notó el cansancio apoderándose de ella. Dos horas de descanso no eran suficientes. Deseaba con cada fibra de su cuerpo dormir, pero aún no tocaba.

Fue hacia la recepción, explicó por qué estaba allí y a los pocos minutos se acercó una mujer a ella. Según la identificación, se trataba de Joy Hunter, la jefa de enfermeras.

La joven le estrechó la mano, sonrió con amabilidad, aunque también distante. Sienna comprendió al instante que el tema de conversación sería la contención de daños por parte de la institución. Respiró hondo, miró a Joy.

—¿Qué pasó exactamente?

La mujer le sostuvo la mirada.

—La enfermera del turno de noche jura y perjura que los barrotes de la cama de Serafina estaban levantados y que la mujer estaba durmiendo cuando fue a ver cómo estaba. Y que luego, en la siguiente ronda, estaba de repente tirada en el suelo. No sabe cómo, pero de algún modo consiguió salir de la cama.

—¿Suele pasar muy a menudo?

—¿Con su abuela, se refiere?

Sienna ignoró la pregunta.

—No —respondió Joy—. Que uno de nuestros habitantes se haya caído de la cama y se haya lesionado solo ha ocurrido dos veces. Incluida Serafina.

Sienna asintió con la cabeza.

—¿Puedo verla? Me refiero a la cama, a su habitación. Quisiera verlo por mí misma.

La mujer asintió con movimientos secos, se levantó, le pidió a Sienna que la siguiera. Poco después estaban en la habitación de

Serafina, Joy señalaba la zona libre entre la cama de su abuela y el armario empotrado.

—Estaba tirada allí, boca abajo, la cabeza enfocada al armario.

Sienna frunció el ceño.

—¿Puede ser que quisiera coger algo del armario?

La mujer se encogió de hombros.

—No veo el qué. Ahí dentro solo se guarda la ropa de su abuela, la ropa de cama y ese tipo de cosas.

—¿Le importa que eche un vistazo de todos modos? —preguntó Sienna.

La mujer asintió tiesa.

Sienna pasó a su lado, se acercó al armario, abrió las dos puertas. En el interior se apilaban, efectivamente, montones de ropa, ropa de cama y toallas, pero uno de esos montones de ropa llamó la atención de Sienna. Era un lote de toallas que, al contrario de los demás montones ordenados pulcramente, estaba desordenado. Tiró de la toalla de debajo del todo hasta poder sacar todo el montón. Vio una cajita escondida en la parte trasera del armario. Se giró hacia la enfermera.

—¿Le importaría?

Joy se acercó y la miró.

—La caja del fondo, sáquela, por favor.

Joy hizo lo que le pidieron, esperó a que Sienna hubo vuelto a dejar las toallas en su sitio. Le tendió la caja.

—Es la primera vez que la veo —explicó la enfermera.

Conteniendo el aliento, Sienna clavó los ojos en la estrecha caja, de unos veinte centímetros de largo. Era una de esas cajas de bambú con caracteres chinos. En casa de su madre había montones de ellas.

—Tiene que ser de mi madre —murmuró Sienna, miró a Joy—. ¿Y está usted segura de que no ha visto esta caja antes?

La mujer asintió.

—Completamente.

—Entonces tuvo que haberla traído mi madre la última vez que estuvo aquí —dijo Sienna, aunque más bien hablando sola. Miró a Joy, luego a la cama de su abuela—. Apostaría lo que fuera a que

esta caja es la razón de por qué se levantó mi abuela. Se acordaría de repente de ella.

OCHO
BOSCASTLE

2019

De vuelta en el coche, Sienna dejó la cajita de madera en el regazo. Luego deslizó el pasador metálico, levantó un poco la tapa. Sienna contaba con encontrar cualquier cosa: fotos, por ejemplo, cartas antiguas, dinero incluso, pero para nada una colección variopinta de joyas. Abrió la tapa del todo, frunció el ceño.

A primera vista el contenido de la cajita no tenía ningún sentido. Había joyas de moda mezcladas con joyas artesanales, además de algún colgante, anillos y pendientes que bien podían pasar por antigüedades.

¿Qué era todo esto?

Cogió una mariposa de plata que al inspeccionarla resultó ser un colgante. Lo estudió con suspicacia. No recordaba haber visto nunca esta pieza. Aunque eso no tenía por qué significar nada. Hacía tanto que se habían separado sus padres, que bien cabía la posibilidad de que el colgante perteneciese a la familia de su padre, que se lo hubiera regalado en su día a su madre, que esta ya no lo quisiese tener y que por eso venía a devolvérselo a su exsuegra.

¿Y el resto de las cosas?

Una pulsera de la amistad muy colorida, un osito de oro, un corazón partido en dos mitades. Le costó imaginarse a su madre llevando ese tipo de cosas. ¿O sí?

Cogió la pulsera, la estudió con más detenimiento. La habían cortado, pero los nudos indicaban que alguien la había llevado puesta, alguien que no tenía ni un kilo de más.

O el osito… Sienna hubiese jurado que su madre jamás llevaría algo así, ni siquiera tratándose de un regalo.

¿Y si no era de tu madre?

¿Y si te lo regalaron a ti?

Sienna cogió aire, cerró los ojos. Pero por mucho que se concentraba, no recordaba ningún colgante en forma de oso ni un corazón partido en dos.

Rebuscó algo más en la caja, sacó un par de pendientes de perlas, un anillo con una piedra verde, pero ninguna de estas piezas evocó ningún recuerdo en ella. Al final volvió a dejarlo todo en su sitio.

Tendría que esperar para obtener respuestas. Porque si había alguien que sabía si estas joyas formaban parte de una herencia familiar era su abuela.

Apenas media hora después estaba subiendo por el sendero que daba al hotel. Tenía tanto sueño que le costaba mantener los ojos abiertos. Tras identificarse en la caseta del aparcamiento, aparcó, cogió el bolso, metió la cajita debajo del brazo y se dirigió hacia el hotel.

Había un pequeño grupo de gente en la recepción, de ahí que tuviera que dejar para más tarde la queja que quería hacerle a la recepcionista con respecto a los niños ruidosos de anoche y de esta madrugada. Cuando la mujer tras el mostrador la reconoció, le hizo señas para que se acercara, se disculpó con el grupo de jubilados que hablaban sin ton ni son, miró amablemente a Sienna.

—Han dejado algo para usted —le explicó en voz baja y sonrió—. Ha venido un policía muy amable y me ha dado esto. —Le entregó un sobre grande, luego la llave—. ¿Quiere que le reserve una mesa para la cena? —le preguntó.

Sienna le sonrió, pero declinó la propuesta.

—Voy a irme temprano para cama. Pediré algo al servicio de habitaciones.

Por fin en la habitación, quitó los zapatos, dejó el sobre encima de la cama y se concedió un botellín del minibar. Vertió la ginebra en uno de los vasos que había en el escritorio, lo llenó con tónica y vació el contenido casi de golpe.

Luego se desvistió y se dio una ducha larga y relajante. Cuando volvió a sentirse persona, cogió el menú, pidió una ensalada césar y una hamburguesa, se acomodó con el sobre en la cama. Contenía una breve nota del inspector jefe Jonathan Roth y el móvil de su madre. Sienna lo cogió, lo contempló aguantando la respiración. Luego buscó el cargador dentro del sobre, descubrió que no estaba.

Soltó un gemido de fastidio. Luego se dio cuenta de que el enchufe para el cargador era igual que el suyo.

—Menos mal —soltó aliviada. Pero ¿por qué no se había acordado Roth de meter el cargador? Tendría que saber que sin él no podría hacer nada con el móvil. Al menos no a bote pronto.

Vale, su madre llevaba el móvil cuando la agredieron. Por eso había sido lo primero que habían comprobado los agentes. El cargador debía de estar entre el resto de las cosas de su madre, o sea, seguía en posesión de la policía junto con el portátil y la ropa de su madre.

Se levantó, conectó el aparato a su propio cargador, suspiró impaciente al darse cuenta de que tendría que esperar un rato a que el móvil se hubiera cargado lo suficiente como para arrancar.

Durante la espera, se permitió otro botellín más del minibar. Dado que ya no quedaba ginebra, tuvo que tirar del *whisky*. Fue al cuarto de baño a enjuagar el vaso del gin-tónic, lo llenó con el *whisky* de malta, tomó un buen trago. El líquido fue bajándole por la garganta hasta llegar al estómago, dejando una sensación de calor y recordándole de manera dolorosa que no había probado bocado durante todo el día.

El pin, le vino de repente a la cabeza. *¡Mierda, mierda, mierda!* Ni había pensado en eso. Sin él no le serviría de nada el móvil de su madre.

Frunció el ceño.

Por otro lado, tampoco debía de ser tan complicado dar con él. Cuando la batería estuvo cargada al diez por cien, el primer número con el que lo intentó fue el cumpleaños de su madre.

Nada.

¡Mierda!

Se devanó los sesos. Luego probó con su propio cumpleaños. Nada tampoco.

Estaba visto, pensó.

Sienna resopló.

¡Venga, que tú la conocías! Si hay alguien puede dar con él, eres tú, le dijo la voz de su interior.

Y entonces recordó una conversación con su madre. Debió de ser hacía un año, cuando acababa de comprar el móvil. Dado que su madre siempre olvidaba el pin, Sienna le había recomendado cambiarlo por otro pin más fácil.

—*¿Y qué números cojo?* —Oyó la voz de su madre con total claridad en su cabeza.

—*Algo fácil* —le había contestado—. *Algo del estilo cero ocho uno cinco, algo fácil de recordar.*

A Sienna se le aceleró el pulso, introdujo los cuatro números. 0815.

—¡Bingo! —gritó al ver que el aparato se ponía en marcha y le dio las gracias a su madre. Cogió el vaso y brindó consigo misma.

Lo primero que miró fueron las últimas llamadas registradas, pero todas, a excepción de una, eran de Sienna o de amigos o compañeros de su madre.

Marcó el único número desconocido para ella y resultó ser de un hostal. Se disculpó con el joven al otro lado de la línea diciendo que se había equivocado de número. Luego comprobó los WhatsApp y los mensajes que su madre había mandado o recibido – con esto tampoco averiguó nada.

Por último, entró en el historial de búsquedas.

Pero aparte de algunos hoteles y restaurantes, así como el Cliff Ville, no descubrió nada revelador.

Aunque, ¡un momento!

Sienna dio un respingo al llegar a una página que hablaba sobre el cadáver de una joven de diecinueve años encontrado hacía unas semanas en Australia. La chica llevaba muchos años desaparecida. Leyó el artículo, se estremeció. La chica se llamaba Cassy Riley y estaba viajando como mochilera por Australia cuando desapareció.

Siguió buscando, encontró otro artículo que su madre había leído pocos días antes de la agresión. Este artículo también trataba de un cadáver encontrado tres años atrás, aunque esta vez en Estados Unidos.

Y finalmente un tercer artículo, en este caso trataba de una inglesa de veinte años que había sido asaltada y asesinada durante una acampada en Nueva Zelanda.

Pero ¿a qué venía este interés de su madre por historias tan espeluznantes?

Puede que estuviera trabajando en algo parecido, le recordó la voz en su cabeza. *Al fin y al cabo, era periodista.*

Sienna frunció el ceño. Últimamente su madre hacía sobre todo reportajes médicos y en ese sentido una posible investigación respecto a jóvenes asesinadas no encajaba en su repertorio.

Llamaron a la puerta y Sienna dejó el móvil a un lado. Las tripas le rujían a no más dar y le ardían a causa del alcohol ingerido.

Cogió la bandeja, le dio una generosa propina al camarero y se sentó a cenar delante del televisor.

¡Los niños!

Otra vez…

Sienna se despertó de golpe, parpadeó aturdida, miró el reloj. Casi las once. Tras la cena se había puesto a mirar una película. Se había quedado dormida viéndola.

La ira se apoderó de ella al escuchar las risas en el pasillo, luego un estruendo, seguido de sollozos fuertes. Igual que esta mañana y la noche anterior, pero esta vez no iba a quedarse callada ante tanto ruido en plena noche. Saltó de la cama, agarró el albornoz que

colgaba de un gancho en el cuarto de baño, se lo puso. Luego se dirigió con determinación a la puerta, la abrió de golpe. Sin embargo, al igual que esta mañana, de repente no había nadie en el pasillo.

—No puede ser —murmuró Sienna, tragó para bajar la inquietud que se apoderó de ella. Finalmente decidió no dejar así las cosas. Sacó la llave que estaba metida por dentro, cerró la puerta con llave, se dirigió a la recepción.

Sin embargo, no era la señora amable de antes la que estaba tras el mostrador, sino un joven que la miró sorprendido.

—Soy Sienna Aschenbrenner de la habitación número once —le explicó—. Y he de pedirle que por favor haga algo para que esos niños dejen de hacer tanto ruido.

El hombre frunció el ceño.

—¿Qué niños?

Sienna se encogió de hombros.

—Y yo qué sé. Supongo que los que se alojan en la misma planta que yo. Tienen que ser como mínimo dos. El caso es que hicieron un montón de ruido anoche, hoy de madrugada y ahora otra vez. Me gustan los niños, pero, aun así, me gustaría poder dormir tranquilamente, ¿me entiende?

El hombre asintió con la cabeza, la miró de manera extraña.

—Lo siento mucho, Miss Aschenbrenner. Lo que pasa es que… En serio no tengo ni idea de a qué niños se refiere porque en estos momentos no tenemos ningún huésped menor de edad. Aparte de usted solo hay un grupo de jubilados alojado en el hotel.

NUEVE

BOSCASTLE

2019

Sienna despertó sobresaltada, el corazón le palpitaba con mucha fuerza. Parpadeó, registró que ya era de día y que, efectivamente, parecía que había dormido un par de horas de un tirón.

Recordó la conversación con el joven recepcionista. La había mirado de manera tan extraña que aún ahora el recuerdo la hizo sentirse incómoda. La había hecho sentirse como una mentirosa.

No.

Como una loca se acercaba más.

La había mirado y hablado con ella como si estuviera pirada. Y eso que estaba convencidísima de que delante de su puerta habían estado jugando niños.

Se incorporó, se frotó los ojos.

Volvería a intentarlo, ojalá pillara esta vez a la jefa del hotel. La mujer le había causado una impresión muy buena, parecía muy simpática, seguro que la creería e investigaría a qué se debían esos gritos nocturnos y tempraneros. Al fin y al cabo, pagaba como cualquier otro huésped y tenía derecho a poder descansar por las noches.

Además, que no hubiera niños en el hotel en estos momentos no tenía por qué significar nada. El hotel estaba abierto día y noche.

Bien podían colarse un par de niños para fastidiar a los huéspedes del hotel.

Y luego estaba el hecho de que el joven de recepción también iría en algún momento al baño o a hacer una ronda por la casa, es decir, que no tenía la entrada permanentemente vigilada.

Sienna se levantó, fue al cuarto de baño. Estaba cepillando los dientes cuando oyó vibrar su móvil. Escupió, dejó el cepillo en el vaso, se enjuagó la boca con agua limpia. Luego corrió a la otra estancia y cogió el móvil, que había dejado en la mesilla de noche.

Vio que era el número del hospital, respiró hondo.

—Aquí Aschenbrenner —dijo por fin, dándose cuenta de lo tensa que había sonado su voz. No podía remediar el estar preocupada por su abuela, a pesar de no saber nada de su existencia hasta hacía muy poco.

—Soy el doctor Ruppert —explicó el hombre al otro lado de la línea—. He sido yo quien operó ayer a su abuela. Por la cadera fracturada.

—¿Qué tal se encuentra mi abuela? —lo interrumpió Sienna.

—Dadas las circunstancias, bien —respondió el médico—. Está estable, ahora tiene que recuperarse. Lo importante es que ya no tiene dolor.

Sienna respiró aliviada.

—¿Cuándo puedo ir a verla?

—Cuando quiera, pero no espere gran cosa. La paciente es mayor, está impedida y ya no está muy en forma. Podría llevarle bastante tiempo estar lo suficientemente lúcida como para poder comunicarse medianamente bien.

Sienna le dio las gracias al hombre, finalizó la llamada. Luego se vistió, se dirigió a desayunar.

Al llegar al vestíbulo vio a la mujer tras el mostrador. Cuando la mujer también la vio a ella, le hizo señas para que se acercara.

—Me gustaría comentar con usted lo de anoche —dijo la mujer dirigiéndole una sonrisa amable—. Siento mucho que considere que su descanso se vea perturbado en nuestra casa y puedo asegurarle de que nos tomamos muy en serio las quejas de nuestros huéspedes. —La mujer calló, miró a Sienna—. Sin embargo, he de

confesar que no logro entender de dónde podría proceder ese ruido que dice usted haber oído. Lo que le ha dicho mi empleado es cierto. Ahora mismo no hay niños en el hotel, ni siquiera adolescentes.

—¿Y si se trata de niños de fuera? —objetó Sienna—. ¿Y si se colaron en el hotel para jugar? Ya sé que suena raro, y más siendo en plena noche, pero… —Se interrumpió, inspiró hondo—. Sé lo que he oído —añadió, consciente de que sonaba a justificación.

La mujer ladeó la cabeza.

—Lo cierto es que a mí fue lo primero que se me pasó por la cabeza. Que algunos niños del pueblo se hubieran metido a escondidas en la casa para molestar a la gente. Sin embargo, he comprobado las cámaras de seguridad y en ninguna de ellas se ve a ningún niño. Y tampoco a la hora que bajó usted había nada extraño ni en los pasillos ni en las escaleras. He comprobado incluso las cámaras en los ascensores.

Sienna se quedó mirando a la mujer, sin saber qué decir.

—Vale —consiguió articular a duras penas, miró consternada a la mujer—. Gracias de todos modos.

Dio media vuelta, fue hacia el comedor, pero ya no tenía apetito. Por eso tomó un café a prisa y corriendo, sin poder evitar que sus pensamientos giraran una y otra vez alrededor de los acontecimientos de anoche.

Tenía sueño, estaba agotada y había tomado bastante alcohol con el estómago vacío. ¿Cabía la posibilidad de que no fueran más que imaginaciones suyas?

Pero entonces recordó que el ruido la había despertado también temprano por la mañana y eso, definitivamente, no tenía nada que ver con el alcohol.

Por muchas vueltas que le daba, no encontraba una explicación razonable.

Al final volvió a subir a la habitación, se sentó en el borde de la cama, reflexionó. De ahora en adelante ignoraría a esos niños o los enfrentaría ella misma. Hoy, por lo de pronto, iría al hospital a ver cómo estaba Serafina.

A punto de coger el bolso, recordó algo. Fue al armario, cogió la cajita con las joyas y quiso guardarlas en la caja fuerte cuando, de

repente, de manera impulsiva, sacó el colgante en forma de mariposa y lo colgó de su propia cadena. Luego se miró en el espejo, sonrió. Aquella pieza la enternecía de manera extraña. No sabría decir por qué, pero su instinto le decía que había pertenecido a la abuela antes de que su padre se lo regalara a su madre.

Ahora es tuyo, pensó y sonrió con malicia. Puede que fuera el causante del accidente de su abuela. Marlene había venido a devolver las joyas para cortar el último lazo entre ella y su ex, además de con toda la familia de este. Puede que Serafina deseara que de aquí en adelante fuera Sienna quien llevara el colgante. ¿Se había levantado por eso? ¿Porque quería coger la cajita para que la próxima vez que viniera su nieta, tuviera un recuerdo de ella?

Sienna se encogió de hombros. *Posible es*, pensó.

Luego cogió el bolso y se puso en marcha.

Al cabo de una hora escasa, se encontraba en el hospital ante la habitación de su abuela, respiró hondo.

Lo cierto era que no sabía qué decirle. Serafina y ella se habían distanciado a lo largo de los años, tanto que cualquier intento de mantener una conversación con ella parecería forzado.

Extendió la mano, accionó la manilla, entró.

Al ver el cuerpo frágil de su abuela tendido en aquella cama demasiado grande, rodeada de goteros y aparatos emitiendo pitidos, se le encogió el corazón.

Se acercó, notó que la anciana estaba despierta y que tenía los ojos clavados en la pared. A Sienna le pareció que hoy tenía todavía peor aspecto si cabía que el otro día, más pálida, más demacrada, más alejada de la vida.

—Hola, abuela, soy yo —susurró y se acercó, se inclinó sobre la anciana, le dio un beso en la mejilla—. Vas a ponerte bien, ¿me oyes?

Serafina parecía relativamente lúcida porque reaccionó a su voz, giró la cabeza despacio hacia ella. Durante un rato se estuvieron

mirando en silencio hasta que Sienna se percató que los ojos de Serafina se estaban llenando de lágrimas.

—¿Te duele algo? —preguntó asustada, pero Serafina no reaccionó.

Sin embargo, Sienna no consiguió deshacerse de la sensación de que su abuela parecía deprimida. Como si en los últimos días hubiera perdido las pocas ganas que le quedaban de vivir.

Sienna se preguntó si tendría algo que ver con el último ataque que la había mermado todavía más.

Ya no podía caminar, apenas podía comunicarse, estaba condenada a la cama o a una silla de ruedas. Sienna sabía que una fractura de cadera podía limitar mucho a la gente mayor. ¿Qué le quedaba a la mujer? ¿Para qué vivir?

Una de las enfermeras le había contado hacía poco que Serafina seguía con la esperanza de volver a ver a su hijo.

Sienna suspiró. Bien sabía ella lo que era desear ver a alguien cuando a esa persona le daban completamente igual los sentimientos de los demás. Saber que ese anhelo jamás se vería cumplido. Tragó.

—Voy a buscarlo, ¿vale? —le susurró a su abuela—. Y cuando lo haya encontrado, lo traigo a rastras si hace falta. —Se le hizo un nudo en la garganta, notó que su abuela le miraba fijamente al escote. Entonces recordó el colgante. Lo agarró de manera automática—. Encontré la cajita en tu armario y me la llevé. Creo que mi madre vino a devolvértela porque casi todo eran regalos de mi padre y ya no los quería. —Titubeó un instante, seleccionó bien las siguientes palabras—. Me imagino que este colgante era tuyo. Por eso me lo he puesto, a no ser que tú…

Sienna se asustó cuando la mano sana de su abuela salió disparada de debajo de las mantas y le arrancó la cadena de un tirón.

La mujer estaba furiosa y para corroborar esa rabia lanzó la cadena con colgante incluido a través de la habitación.

Sienna lanzó miradas asustadas hacia su abuela y luego a la cadena tirada en el suelo. No pudo remediar sentirse molesta y algo decepcionada.

—¿No quieres que la lleve puesta? Pues vale —murmuró, se incorporó. Luego inspiró hondo.

Un pitido repentino la asustó. Al segundo se percató de que el pecho de su abuela se alzaba y bajaba de manera compulsiva, que le costaba respirar. Llevada por el pánico pulsó el botón de emergencias, se apartó consternada de la cama. A los diez segundos la habitación estaba llena de médicos y sanitarios que le pidieron que saliera. Recordó el colgante. Lo recogió del suelo, lo sacó de la cadena, lo dejó en la mesilla de noche.

Luego, todavía herida y asustada, se retiró.

Mientras atravesaba Boscastle en dirección al hotel, pasó junto a un restaurante que desencadenó un vago recuerdo en ella. Estaba segura de haber entrado en él en el pasado. El edificio que recordaba más a un *cottage* que a un restaurante estaba rodeado de un jardín de hierbas aromáticas al estilo silvestre a la vez que romántico. Los propietarios anunciaban en una pizarra publicitaria que en los platos que ofrecían solo utilizaban verduras regionales y, en parte, de cultivo propio. Sienna recordaba que su madre siempre se había preocupado por llevar una alimentación sana, por lo que no le costó imaginar que años atrás hubieran comido aquí durante unas vacaciones.

Dejándose llevar por un pálpito, estacionó el coche en el único aparcamiento libre que quedaba. Agarró el bolso y se apeó, se dirigió al local. En el interior olía a comida recién hecha. Al llegarle esos aromas, se dio cuenta de lo hambrienta que estaba. Pidió pescado y una taza de té, sacó el móvil del bolso.

No se quitaba de la cabeza el incidente con Serafina en el hospital. Le había arrancado y arrojado el colgante enfurecida, sin embargo, Sienna no encontraba una explicación para ello.

¿Sería por su madre? ¿Por la última visita que le había hecho a Serafina? ¿Le había dicho algo que le había parecido mal?

¿O se trataba más bien de una confusión general que no había que tomarse demasiado en serio?

Fuera cual fuese el motivo, lo cierto era que Sienna hablaba muy en serio con lo que le había dicho a Serafina. Quería encontrar a su padre. No solo por Serafina, para que encontrara por fin la paz mental, sino también por ella. Y por su madre.

Sienna tenía tantas preguntas que hacerle, quería escuchar la verdad acerca de la separación de su madre.

Pero ¿cómo iba a hacer para dar con él?

Su madre ya lo había intentado y fracasado estrepitosamente.

¿Qué debía hacer ella de manera diferente?

Al menos sabía que la última postal se la había mandado desde Londres. Así que, aunque fuera por poco tiempo, había estado en la vieja patria.

¿Para impedir que averiguaran a dónde iba ir a continuación?

¿Había su padre cortado definitivamente todos los lazos? ¿O cabía la posibilidad de que estuviera viviendo en Londres? ¿Era incluso posible que su madre se hubiera reunido con él antes de seguir con su viaje a la costa?

Se sobresaltó cuando un camarero trajo la comida y la bebida, le deseó buen provecho. Empezó a comer con ansias, pensando a la vez cuáles eran sus opciones.

Su padre era fotógrafo, y por lo que recordaba, bastante famoso incluso. Lo mejor sería empezar por ahí. Dejó el tenedor a un lado, introdujo unas cuantas palabras en el buscador de Google. Pero aparte de unos pocos artículos con fotos suyas, apenas encontró nada. Siguió buscando y buscando y a punto de rendirse, dio en la tercera página con una entrevista hecha a una fotógrafa cuyo nombre le resultó conocido.

Googleó el nombre, encontró un artículo sobre una exposición en la que también había participado su padre.

La fotógrafa debía de tener la misma edad que su padre y Sienna decidió que llamarla a ella primero sería un buen punto de arranque.

Acabó de comer, llamó al camarero para que le trajera la cuenta. Poco después de vuelta en el coche, decidió no esperar más. Cogió el móvil, introdujo el nombre de la mujer – Ria Stevens – en el

buscador y dio con su página web que contenía información de contacto, entre otras cosas, su número de teléfono.

Marcó el número, esperó. A los pocos segundos, descolgó una mujer. Sienna soltó mentalmente un suspiro de alivio.

—¿Estoy hablando con Ria? —preguntó—. ¿Ria Stevens?

—¿Quién diablos quiere saberlo? —fue la respuesta brusca, pero hizo que a Sienna aquella mujer le cayera de inmediato simpática.

—Soy Sienna Aschenbrenner —explicó—. Nacida Ward. De pequeña viví con mi familia en Londres. Aunque de eso hace más de veinte años. Mi padre debió de colaborar con usted por aquel entonces.

—¿Eres la hija de Allen?

—La misma. Mi madre… falleció hace poco… y por eso estoy intentando dar con mi padre. Considero que, igual donde se encuentre, debería saber que… bueno, pues eso, que ya no está viva.

Ria guardó silencio durante unos instantes.

—Lo siento, cariño. Conocí a Marlene, de vez en cuando colaboraba con ella.

Sienna inspiró hondo, decidió jugársela todo a una carta:

—¿Sabe dónde está? Me refiero a mi padre.

La mujer volvió a guardar silencio y cuando Sienna empezó a pensar que le había colgado, oyó su respiración.

—¿Es que no mantienes ningún contacto con él?

—Pues no. No sé si sigue vivo ni qué hizo en estos veinte años. Solo quiero dar con él para decirle que mi madre ha muerto.

—Pero si vosotros dos… quiero decir… —La mujer se interrumpió, suspiró—. Recuerdo que tú lo eras todo para él. No paraba de hablar de ti, estaba completamente loco por su niñita. ¿Qué demonios pasó?

Sienna tragó.

—Resultó ser un cabrón. Eso es lo que pasó. Un día sin más, desapareció, mandaba de vez en cuando una postal ridícula por mi cumpleaños y Navidad.

—He de admitir que esto me ha dejado anonadada —dijo Ria—. Por supuesto, tu padre no era perfecto, sé por ejemplo que lo de la

fidelidad le costaba, pero nunca me hubiese imaginado que abandonaría a su princesita. —Otro suspiro—. Lo cierto es que no sé si puedo ayudarte, mi niña. Hace muchos, muchos años que no veo a tu padre ni sé nada de él. Fue como si se lo hubiese tragado la tierra, ¿entiendes? En el fondo sé lo mismo que tú en lo que respecta a su paradero.

—Aun así, me gustaría hablar en persona con usted. Usted lo conocía, trabajó con él. De hecho, creo que hubo algo más. ¿O me equivoco?

Ria cogió una bocanada de aire, luego soltó una carcajada.

—¿Qué me ha delatado?

Sienna guardó silencio.

—La semana que viene tengo que viajar a los Estados Unidos por trabajo. Si quieres que nos veamos antes, solo podrá ser mañana por la tarde. Ven a la dirección que está en la web. Es donde tengo el estudio. Podemos ir andando al centro a tomar algo. A ver si puedo proporcionarte más datos sobre tu padre.

Cuando Sienna regresó al hotel aquella tarde, decidió meterse temprano en cama para emprender de manera más o menos descansada el viaje en coche a Londres y que le llevaría mínimo cinco horas. Dado que ya había comido, decidió usar el *spa* del hotel y de paso meterse en la sauna. Tuvo suerte y no tuvo que compartirla con nadie, pudo disfrutar a solas de unos cuantos minutos de sudor. Repasó mentalmente la conversación mantenida con Ria. Supuso que su padre y Ria habían mantenido una breve aventura sexual. Serían gajes del oficio, bien lo sabía ella por experiencia propia. Cuántas veces, finalizada la sesión, no se le había presentado la oportunidad de un aquí te pillo aquí te mato con alguno de los modelos o compañeros del set.

Ella personalmente nunca había caído en la tentación, separaba lo privado de lo profesional, pero no todo el mundo pensaba igual.

Estaba al tanto de compañeros casados cuyo objetivo era tirarse a todas las mujeres que pudieran.

Que su padre también era de esos ya no le importaba, al igual que el hecho de haberse largado en el pasado.

Salió de la sauna y se metió en la bañera helada, notando cómo los poros se le encogieron en cuestión de segundos y se le cortó la respiración a causa del frío, pero cuando, envuelta en el albornoz, cogió el ascensor para ir a su habitación, notó los efectos del estímulo térmico. Le entró el sueño, se sintió relajada, por primera vez en muchos días.

Tras detenerse el ascensor, recorrió el pasillo a prisa, abrió la puerta de su habitación. A punto de meterse en el baño para darse una ducha caliente, se fijó en el móvil que había dejado encima de la mesilla de noche. Estaba parpadeando.

Se acercó, lo cogió, se asustó al ver que había llamado el hospital.

Un mal presentimiento se apoderó de ella. De golpe volvió a ver la mirada furiosa de su abuela. El tirón de la cadena. Marcó el botón de rellamada, dejó que la operadora la comunicara con planta.

A los pocos minutos, oyó la voz de una joven que se presentó como la Dra. Fielding. El tono de voz de esta bastó para indicarle a Sienna que había ocurrido algo.

—Su abuela ha sufrido una severa embolia pulmonar —dijo sin rodeos—. A raíz de la misma hemos tenido que inducirle un coma artificial. —La médica calló, parecía estar escogiendo bien las próximas palabras—. Ahora mismo solo nos queda esperar. Esperar y rezar para que esté lo suficientemente fuerte y poder enfrentar también esto.

—¿Puedo verla? —preguntó Sienna sin pensar.

—Si quiere, sí, pero no se lo aconsejo —fue la respuesta de la Dra. Fielding—. Al menos no de momento. Su abuela está completamente ausente y, para ser sincera, no resulta nada agradable verla conectada a tantos cables y máquinas.

—Lo que pasa es que mañana no voy a estar por aquí y regresaré muy tarde, puede que incluso no hasta pasado mañana —explicó Sienna—. Es por trabajo —añadió Sienna.

—No se preocupe. Hasta entonces puede que ya haya cambios —la tranquilizó la Dra. Fielding—. Y en caso de que ocurriera algo grave, contactaríamos con usted. Tenemos su número.

Un ruido fuerte sobresaltó a Sienna y la arrancó del sueño. Se incorporó, buscó a tientas el interruptor de la luz, parpadeó cuando el destello de la lámpara le dio de pleno en los ojos. Echó un vistazo al reloj, soltó un gemido de frustración. Las malas noticias del hospital la habían mantenido mucho tiempo despierta, pensando si ir a Londres o no, aunque al final había decidido que sí iría. Y en medio de tanto pensar, había quedado dormida. Hasta ahora.

De nuevo ese golpe. Esta vez más fuerte. Sonaba como una palmada.

Luego oyó una risita contenida. Era evidente que venía del pasillo y Sienna supuso que serían los mismos gamberros del día anterior. Apartó las mantas, fue hacia la puerta, sin tener en cuenta de que iba en bragas y camiseta, la abrió de golpe. El pasillo estaba iluminado solo con la luz nocturna, suficiente para que Sienna viera que no había nadie. Y mucho menos un niño. Tragó, cogió la llave y salió corriendo. Acababa de oír las palmadas, por lo que esos gamberros no podían andar lejos. Aceleró hasta llegar por fin a la esquina. Allí se detuvo, miró alrededor.

Nada.

Ni alma.

De repente oyó una risa a sus espaldas. Luego pisadas que parecían venir corriendo hacia ella. Se giró de golpe… nada.

Allí no había nadie.

No puede ser, pensó sin poder dar crédito. Dio media vuelta, pasó delante de su habitación en dirección a las escaleras, pero aquí tampoco había nadie. Bajó hasta el vestíbulo, miró a hurtadillas hasta la recepción, pero al ver que aquí abajo también estaba todo en orden, decidió regresar a la habitación. Estaba llegando al final de las escaleras cuando notó una corriente de aire frío. Luego de

nuevo la risa, muy cerca de su oído izquierdo. Se asustó, dio un paso atrás, notó que algo la agarraba de la mano. Algo que no podía ver, pero sí sentir. Sienna soltó un grito, tropezó llevada por el miedo, se golpeó la pierna contra el borde del escalón. Un dolor agudo le recorrió la tibia.

—¿Se encuentra bien? —Era la voz de la recepcionista a sus espaldas y Sienna cerró los ojos en un acto de rendición. Al volver a abrirlos, notó que la mujer estaba muy cerca detrás de ella. Se giró, miró su rostro de preocupación—. ¿Se ha hecho daño?

Sienna le restó importancia.

—Qué va… No es nada… Es solo que… —titubeó, indecisa de si contarle a la mujer lo que acababa de pasarle sin resultar ridícula.

—¿Ha vuelto a oírlos? ¿A los niños? —preguntó echándole un cable.

Sienna asintió lentamente con la cabeza.

—Por eso he salido a comprobarlo.

—¿Y?

Se encogió de hombros.

—No había nadie.

La mujer la miró con cara amable, le sonrió para tranquilizarla.

Sienna se enfureció de golpe.

—No estoy loca, ¿vale? —soltó finalmente—. Había alguien en el pasillo. Justo delante de mi puerta. No hace ni dos minutos de eso. He oído varias palmadas. Luego risas y pisadas que se alejaban corriendo. ¡Cómo voy a imaginarme algo así!

La mujer ladeó la cabeza, suspiró por lo bajo. Parecía no acabar de decidirse, a Sienna le pareció que estaba sopesando las posibilidades.

Acabó asintiendo con la cabeza, le dirigió a Sienna una mirada que era una mezcla de empatía y confianza.

—Vale. En ese caso solo hay una manera de salir de dudas y aclarar este posible malentendido. ¿Qué le parece si echamos ahora mismo un vistazo a las cámaras de vigilancia?

DIEZ
LONDRES

2019

Pasaba poco de las once cuando Sienna llegó a Londres. Dejó el coche en un *parking* exorbitantemente caro, pero al menos vigilado, luego siguió a pie. Era demasiado pronto para ir a ver a Ria, así que decidió aprovechar y desayunar. Buscó un sitio junto a la ventana en un bonito bistró, pidió una ración de alubias con huevo frito y beicon, acompañado de tostadas y té. Hacía siglos que no desayunaba de manera tan opípara, pero hoy le apetecía. Lo achacó a la tensión interior y a la inquietud que la atormentaban, que le exigían más de lo habitual, tanto que casi la agotaban.

Mientras esperaba por la comida, evocó los acontecimientos de la noche pasada.

Definitivamente, había oído unas palmadas. Y no solo una vez. Y también risas infantiles. Pasos incluso. Pisadas de alguien corriendo hacia ella. Y luego la situación en las escaleras. La corriente de aire detrás de ella. Una risita pegada al oído. ¡Imposible imaginarse todo eso!

Además, la habían tocado. Juraría por lo más sagrado que alguien la había agarrado del brazo.

Sienna tragó al notar que se le estaba acelerando el corazón una vez más y que estaba a punto de sufrir un ataque de pánico.

Igual que la otra noche.

Junto con la recepcionista habían repasado las grabaciones de las cámaras. Las del pasillo y también las de las escaleras. Se había visto a sí misma correr por el pasillo, mirar por la esquina. Efectivamente, no había niños por ninguna parte. Ni durante los minutos previos ni en ningún momento dado de la tarde ni de la noche. Tampoco en las escaleras. Las imágenes no dejaban lugar a dudas. Ella era la única presente, la que había espiado por la esquina hacia el vestíbulo, la que luego había emprendido la retirada. Nadie la había perseguido, nadie le había reído al oído ni respirado en la nuca. Y nadie pudo haberla tocado.

Pero ¿por qué demonios había oído y sentido todo eso?

La recepcionista la había mirado del mismo modo que el joven la noche anterior y a Sienna no le había quedado más remedio que pedir disculpas y admitir entre dientes que tuvo que haberse equivocado.

O que efectivamente estaba perdiendo el juicio.

Le había costado mucho no romper a llorar, no tener un ataque de histeria.

Había acabado contándole todo a esa mujer. La agresión a su madre a raíz de la cual esta había fallecido. La abuela de la que creía que estaba muerta, pero resultaba que estaba viva, aunque ahora en coma. La recepcionista había empatizado con ella y la había acompañado a la habitación. Le había dicho que eran los nervios que le estaban jugando una mala pasada y Sienna había acabado incluso creyéndola. Se había metido en cama y pasado horas mirando el techo, lidiando consigo misma para no hacer la maleta y regresar de inmediato a Alemania. A las tres de la mañana le había dado un ataque de pánico. A las cuatro el siguiente, hasta que no aguantó más y decidió arrancar ya a Londres.

Estaba tan nerviosa, tan de los nervios, que, a pesar de no haber dormido, no se había detenido ni una sola vez a descansar.

Sienna se asustó cuando una joven con rastas y ropa *hippy* dejó el plato de comida en la mesa.

—Que aproveche —le dijo y le guiñó un ojo a Sienna. Esta cogió el tenedor, se obligó a pensar en otra cosa, empezó a comer.

Después del desayuno Sienna mató el tiempo dando un paseo por la ciudad, comprando incluso algunos detallitos. La distracción le vino bien. Ahora iba camino de Camden, que era donde se encontraba el estudio de Ria. La fachada del edificio estaba cubierta de grafitis y parecía más bien el refugio de una banda de okupas. Sin embargo, al abrir la puerta, el rellano ya era otra cosa.

El suelo estaba revestido de baldosas de mármol blanco y negro y parecía estar impecablemente limpio. Junto a las escaleras había maceteros coloridos y farolillos de cristal. Alguien se había tomado muchas molestias para compensar el aspecto exterior de la casa. Sienna sabía que el estudio de Ria estaba en la primera planta, así que se dirigió directamente hacia arriba.

Al llegar, vio que la puerta estaba entreabierta. Frunció el ceño, se acercó, llamó con cuidado al marco.

—¡Entra! —gritó Ria desde dentro y Sienna respiró aliviada. Abrió la puerta del todo, cruzó el umbral, se asustó al ver en mitad de la estancia a una mujer de unos setenta años, desnuda, sentada con las piernas abiertas en un taburete.

Ria estaba arrodillada delante de ella, con una Nikon Z6 delante de la cara, enfocando directamente la zona íntima de la mujer.

—Ya casi estoy —dijo y Sienna distinguió por su tono de voz que era muy consciente de lo incómoda que esta situación le hacía sentir a Sienna.

La mujer desnuda miró a Sienna, sonrió con picardía.

—Parece que no contabas con esto.

Sienna esbozó una sonrisa forzada. A pesar de la edad, la mujer seguía teniendo un cuerpo bastante atractivo y Sienna dedujo que había sido modelo de profesión, o que todavía lo era, de ahí que conociera a Ria.

—¿Eres la que está buscando a Allen?

Aquello pilló a Sienna por sorpresa.

—Sí. ¿Lo conocía usted?

—No todo lo bien que me gustaría —respondió guiñándole un ojo —. Me fotografió un par de veces, pero se ve que era demasiado vieja para él. —La mujer se rio con malicia.

—Sabes que es su hija, ¿verdad? —le aclaró Ria a la mujer, granjeándose una mirada de consternación fingida. Luego se giró hacia Sienna—. ¿Cuándo fue la última vez que viste a tu padre?

Sienna se encogió de hombros.

—De niña. Yo tenía siete años y lo único que sé es que desapareció durante unas vacaciones familiares. Hizo las maletas y se largó.

—¿Y aun así quieres dar con él después de todos estos años? ¿Por qué?

—¡Helen! —la reprendió indignada Ria—. No seas tan descarada. La chiquilla tendrá sus razones.

La anciana, Helen, se encogió de hombros y sonrió con malicia.

—Tengo curiosidad, qué se le va a hacer.

Sienna carraspeó, le sonrió a Helen. La mujer le caía bien, igual que Ria.

—Los primeros años fueron horribles —admitió Sienna—. Con el paso del tiempo resultó más fácil. La rabia es mejor de llevar que el dolor, la pena y la impotencia. —Se interrumpió para dar con las palabras correctas—. Quiero encontrarlo, tengo que encontrarlo, porque tengo que decirle que mi madre ha muerto. Y quiero preguntarle si lo que tiene ahora vale la pena, tanto como para habernos hecho tanto daño a mi madre y a mí. Tengo que saber por qué se fue y por qué cortó en seco con su vida anterior. Quién tuvo la culpa.

—¿Y estás segura de querer oír la respuesta? —Helen sonó escéptica.

—Ya soy mayor, así que creo que sí.

Observó a Ria: hizo unas cuantas fotos más, dejó la cámara a un lado y se levantó. Se acercó a Sienna, le dio un breve abrazo y un beso en la mejilla.

—Siento haberte hecho esperar, pero esto —dijo y señaló hacia Helen— ha sido un encargo de última hora.

Sienna asintió.

—No pasa nada. Conozco bien este mundo. Parece que he heredado el talento de mi padre.

Ria abrió mucho los ojos.

—¿También eres fotógrafa?

Sienna asintió.

—De vez en cuando también trabajo con modelos, aunque hago sobre todo reportajes de viajes para una editorial especializada en hacer guías turísticas.

—Eso suena muy bien —admitió Ria sonriendo—. ¿Entonces no has tenido que fotografiar nunca la vagina de una mujer para el folleto publicitario de una clínica de estética?

Sienna se rio.

—Pues hasta ahora no.

Ria le guiñó un ojo, se giró hacia Helen.

—Hemos acabado. ¿Qué tal una copa para festejar el fin de jornada? ¿En el Bobs?

Helen ladeó la cabeza, miró primero a Ria, luego a Sienna.

Sienna asintió y sonrió.

—A mí no me importaría.

El Bobs resultó ser un local pequeño y acogedor en el que había que sentarse en el suelo, encima de cojines, se fumaba en cachimba y se era agasajado con cócteles. Había incluso tentempiés, cosa que aprovecharon Helen y Ria para probar todo lo que había en la carta. Al final, el camarero tuvo que juntar dos taburetes alargados para dejar en ellos todo lo que habían pedido.

—Así que te mandaba postales —comentó Ria y miró a Sienna por encima del borde del vaso.

Esta asintió con la cabeza.

—Desde América, Nueva Zelanda, Australia y otros sitios muy agradables. Solía escribir por toda la postal, sin dejar ningún hueco libre, pero nunca nada de índole personal. Era como esas postales

que se les manda a los vecinos o a un compañero de trabajo cuando se está de vacaciones, pero no a un niño.

Ria hizo una mueca, miró a Helen.

—¿Cuándo recibiste la última?

—Poco antes de cumplir los doce, creo. Me la mandó desde Londres y decía que por fin había encontrado lo que siempre había deseado y que ahora era feliz.

—¿Y desde entonces nada más?

Sienna negó con la cabeza.

—Eso es muy duro —observó Helen—. Y para ser sincera, jamás me hubiera imaginado algo así de él.

—Yo tampoco —murmuró Ria apenada—. Estaba loco por su hija y en el fondo también por Marlene, a pesar de todas sus aventuras amorosas.

Helen esbozó una sonrisa, asintió sin decir nada.

—¿Y tú? —le preguntó Sienna a Ria—. ¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Poco después de la exposición que hicimos juntos y de eso hace siglos. Apenas lo recuerdo. —Se calló, tomó un trago, suspiró —. Sí recuerdo que me llamó la atención que de repente estuviera tan… cambiado. Allen era un hombre simple, sin complicación alguna. Tanto a nivel profesional como privado. Siempre dispuesto a cualquier tontería, siempre de buen humor, ¿entiendes? —Cerró los ojos, sonrió con el recuerdo—. Podías fiarte de él y no había nadie en quien yo confiara más. Tuvimos una historia, sí, una noche, en el campo, pero se ve que funcionábamos mejor como colegas, así que lo dejamos todo como estaba. —Resopló—. Allen era un hombre muy atractivo, todas se lo quedaban mirando. Estoy segura de que para tu madre no tuvo que ser nada fácil. Sobre todo, porque él también lo sabía y se aprovechaba de ello. Me imagino que como marido no era ni la mitad de enrollado que como colega o compañero de trabajo.

Sienna hizo una mueca.

—El caso es que Allen cambió. Completamente. Cancelaba encargos importantes, no acudía a las reuniones, tenía mal aspecto, dormía mal. Y cuando le preguntaba qué le pasaba, su reacción

resultaba casi agresiva. No sé qué le pasaba, pero tenía que ser algo grave que le afectó muchísimo.

—¿Era por el trabajo? Quiero decir, ¿podría ser que tuviera problemas con el curro? ¿O con un curro en concreto? ¿Algún problema legal? Suele ocurrir en esta profesión, más de lo que se cree.

Ria se encogió de hombros.

—No lo sé porque él no quería hablar de ello. Sin embargo, eso imaginé después de encontrarme un día aquellas fotos en su estudio.

—¿Qué fotos?

Ria se encogió de hombros.

—De chicas. Le pregunté qué tenía pensado hacer con ellas y se cabreó un montón. Creo que no quería que yo las viera. Durante varios días no mantuvimos ningún tipo de contacto, hasta que un día volvió a aparecer ante mi puerta. Charlamos, nos tomamos un porro y en un momento dado dijo que tenía que sumergirse en algo importante y que por eso no iba a tener tiempo para nada más, si no me parecería mal. Le dije que no pasaba nada y que se tomara el tiempo que necesitara y eso fue todo. Poco después desapareció para siempre.

ONCE

BOSCASTLE/STRATTON

2019

De vuelta en Boscastle, Sienna se sintió por fin, después de mucho tiempo, descansada y relajada. El encuentro con Ria y Helen le había sentado muy bien y le pareció que aquellas mujeres también habían disfrutado con su compañía. Habían quedado hasta tarde en aquel local, bebido bastante, tanto que Ria había llamado a un taxi que la había llevado primero hasta su coche a coger el bolso de viaje y luego a un hotel cercano. Había reservado la habitación desde el móvil en el propio bar y temió haber dado con un lugar de mala muerte, dado el precio, sin embargo, la casa resultó una verdadera joya.

La habitación era pequeña, pero estaba amueblada con mucho gusto y, aunque el desayuno del día siguiente no era nada del otro mundo, para tratarse de un sitio en Londres, estaba más que bien.

Sienna había temido no ser capaz de dormir, pero las grandes ingestas de alcohol junto a aquellas dos mujeres resultaron ser algo bueno. Sienna había quedado dormida nada más tirarse en cama. Había dormido de un tirón sin ningún tipo de incidente.

Se despertó sintiéndose una persona nueva y por primera vez en mucho tiempo el día se presentaba lleno de optimismo. Había decidido no regresar a Alemania, sino quedarse un poco más, al menos hasta que Serafina estuviera mejor. Y seguiría buscando a su

padre, aunque la conversación con Ria no había aportado ninguna pista útil. Vale, su padre había tenido algún tipo de problema antes de desaparecer, pero Sienna dudaba que fuera tan grave como para TENER que largarse.

No. Estaba convencida de que era tal como se lo había contado su madre: se había largado en plena noche, así sin más, y por voluntad propia.

Ria había alabado lo poco complicado que solía ser su padre. Que se apuntaba a cualquier gamberrada. Lo cierto era que esa descripción encajaba con su marcha misteriosa. Se había hartado de su familia y por eso había puesto pies en polvorosa. Sin hacer mucho ruido, así, sin más.

Sienna respiró hondo, se concentró en la autopista.

Anoche se había percatado de otra cosa más. No era culpa suya que pasara las noches en blanco en el Cliff Ville. De ser así, también hubiese pasado la noche despierta en el hotel de Londres. No, Sienna estaba convencidísima de que era por el lugar o por el propio hotel, que desencadenaban algo en ella. Cuanto más lo pensaba, más segura estaba de que de niña había pasado con sus padres unas o incluso más vacaciones en el Cliff Ville. Al fin y al cabo, la casa le había resultado extrañamente familiar desde el primer momento. La había atraído casi por arte de magia. La había asustado un poco desde el principio. Si su madre aún estuviera viva, le preguntaría si no sería en el Cliff Ville donde habían pasado las últimas vacaciones en familia.

¿Sería aquí donde había hecho las maletas su padre para largarse?

Había tenido que ser un verdadero *shock* para su yo de siete años despertar a la mañana siguiente y enterarse de que su padre ya no quería saber nada más de ella. Seguramente lo había buscado por todas partes, llorado y albergado la esperanza de que regresaría, pero al final habían regresado a Londres solo ella y su madre.

¿Había transcurrido así?

Y si sí, ¿por qué no lo recordaba? ¿Por qué tenía que ir atando cabos?

Por otra parte, si había sido de esa manera, había sido el peor recuerdo de su infancia, no era de extrañar entonces que su mente no estuviera dispuesta a colaborar. Sienna respiró hondo.

El hecho de no poder dormir en el hotel e incluso de imaginar cosas tal vez no fuera indicio de que se estaba volviendo loca – dios mediante –, sino que estaba relacionado con el miedo a perder a alguien y eso resultaba muy doloroso.

O podía ser que estuvieran saliendo a la superficie recuerdos para los que todavía no estaba preparada.

Al pasar junto al cartel que indicaba la llegada a la localidad de Boscastle, decidió de manera espontánea seguir hasta Stratton. No le apetecía regresar al hotel. Sintió la necesidad impetuosa de ir a ver a su abuela, de preguntarles a los médicos si había novedades con respecto a su recuperación.

Pero cuanto más se acercaba al hospital, más se hacía notar la tensión y la inquietud, dos viejas conocidas ya. Estaban más que justificadas por supuesto por el estado de salud de Serafina, pero Sienna era plenamente consciente de que también tenían que ver con su pasado, el olvidado o el reprimido, y que la estaba afectando aquí y ahora, más en Cornwall que en Alemania.

Estaba decidido: no regresaría a su país hasta haber intercambiado al menos un par de palabras con su padre. Como si era por teléfono, daba igual. Tenía que contárselo todo. Lo mucho que había sufrido su madre por culpa de él, lo mucho que la madre de él seguía sufriendo. Y que ella, Sienna, lo odiaría por ello durante el resto de sus días.

Tragó para combatir las lágrimas que estaban amenazando con surgir. Aparcó el coche, se apeó, corrió para liberar la ira que se estaba acumulando en su interior.

¡Cálmate!, le dijo la voz en su cabeza. *Serafina te necesita. Y ella no se merece tu rabia.*

Sienna consiguió, efectivamente, llegar a la UCI con la mente medianamente despejada. Por suerte, nada más timbrar, ya le abrió una enfermera.

—Vengo a ver a mi abuela —le explicó a la mujer que parecía bastante estresada—. Serafina Ward.

La enfermera asintió, le pidió que la siguiera.

—Aunque todavía no ha despertado del coma —dijo la enfermera al detenerse delante de la habitación—. Puede entrar aquí y ver a su abuela a través del cristal. Tengo que preguntarle al médico si la puedo dejar pasar a la sala.

—¿Puedo hablar con ella? —preguntó Sienna mientras observaba a su abuela a través del cristal. Parecía más frágil todavía que unos días atrás, era casi como si ya estuviera muerta.

La enfermera soltó un pequeño suspiro.

—Voy a preguntar, ¿vale? Hoy hay mucho ajetreo por aquí.

Antes de que se marchara, algo llamó la atención de Sienna.

—La última vez que estuve con ella, después de la operación, pero antes de la embolia, le dejé un colgante de plata en la mesilla de noche. Tiene forma de mariposa. No sabrá usted por casualidad dónde está, ¿o sí? —Miró expectante a la enfermera.

—Recuerdo que antes de ayer no dejaba de tirar algo al suelo. Puede que fuera eso. Lo dicho, tenemos mucho lío y no me acuerdo de todo. Si es lo que su abuela no dejaba de tirar al suelo, ahora debería estar guardado con sus cosas en el armario. —Miró a Sienna —. ¿Quiere que lo compruebe y se lo traiga?

—Si no es mucha molestia…

Mientras que la enfermera desaparecía en la habitación donde estaba su abuela, tuvo un mal presentimiento. Su abuela le había arrancado el colgante del cuello. Estaba muy enfadada. Furiosa. De hecho, le había dado un ataque a raíz de eso. Aun así, antes de irse, Sienna había dejado el maldito colgante en la mesilla. ¿Sería la joya la causante del estado de Serafina? ¿Le había dado literalmente un susto de muerte? ¿Por ser lo primero que había visto nada más recuperarse del ataque? Al final lo de la embolia ¿no sería culpa de Sienna?

—Por cierto, ¿qué desencadenó que mi abuela esté ahora en coma? Vale, fue la embolia, pero… ¿por qué le dio? —le preguntó a la enfermera cuando esta hubo regresado a este lado del cristal.

La mujer tranquilizó a Sienna.

—He oído que le dio un ataque. Eso fue por la tarde, antes de la embolia. Seguramente una especie de preaviso. Pero no se preocupe por eso. Suele ocurrir después de alguna intervención quirúrgica, sobre todo en pacientes mayores con operaciones tan largas y complicadas como la de su abuela. —Ladeó la cabeza, miró preocupada a Sienna—. ¿Se encuentra bien? Está usted muy pálida.

Sienna asintió con la cabeza.

—¿Entonces puedo dejarla un momento sola para ir a buscar al médico?

—Estoy bien —dijo Sienna, consciente del tono poco convincente —. Váyase tranquila, ya me las apaño.

La mujer asintió, pero antes de girarse recordó algo.

—Antes de que se me olvide… —Puso algo en la mano de Sienna.

Era el colgante.

Su mera visión le provocó malestar.

Sienna se preguntó cómo había podido sentir la necesidad de ponerse eso al cuello.

Le dio las gracias a la mujer, quedó mirando fijamente la joya en la palma de su mano, respiró hondo para disipar esa inquietud interior que iba cada vez a más. El colgante estaba helado, tan frío que casi le quemaba la piel.

DOCE
BOSCASTLE

2019

Ver a su abuela rodeada de máquinas y cables había afectado mucho a Sienna, así que decidió no regresar directamente al hotel, sino ir antes a comer algo por ahí y tomar una taza de té bien caliente. Tomar el té era como un ritual para Sienna, una especie de celebración de la relajación total. Por eso le pareció lo correcto, para calmar la preocupación por el estado de salud de su abuela.

Optó por dejar el coche en el recinto del hospital y dirigirse a pie al centro, con la esperanza de pillar algo de aire fresco y despejar la cabeza. Aparte de la tensión que se había apoderado de ella, estaba la cuestión de qué pasaría ahora. Al menos sabía que quería quedarse hasta dar con una pista que la llevara hasta su padre, sin embargo, cuanto más lo pensaba, más consciente era Sienna de que no iba a ser nada fácil.

Dado que no había vuelto a contactar a su antigua compañera de trabajo y que esta no había sabido nada de él, quedaba casi descartado que su padre se encontrara en Inglaterra. La cuestión era entonces, ¿por qué había mandado la última postal desde Londres?

¿Estaba de paso? ¿Había venido a pasar las vacaciones a su país natal?

Pero en ese caso, ¿por qué no dedicarle al menos un par de horas a su madre?

El viaje de Londres a Boscastle llevaba cinco horas en coche y a Sienna le pareció que era lo mínimo que podía hacer por su exesposa: visitarla al menos después de tantos años.

Sienna tragó. Por otro lado, las había abandonado sin dudarlo ni un momento y no había vuelto a dar señales de vida, aparte de esas ridículas postales. Así que, ¿por qué iba a tener ese detalle con ella?

Todas esas preguntas y reflexiones afectaron tanto a Sienna que, sin darse cuenta, había acelerado el paso. Iba jadeando y el sudor le caía por la espalda.

Al descubrir una cafetería al otro lado de la calle, se dirigió hacia ella.

Algo dulce para acompañar el té era justo lo que necesitaba en estos momentos. La cafetería, de nombre *Victoria´s Dream*, era un local minúsculo, embutido entre una ferretería y una tienda de objetos de decoración. Sienna abrió la puerta con la esperanza de encontrar un sitio libre en el interior y poder distraerse un poco.

Al comprobar que, de las seis mesas, efectivamente, una estaba libre, suspiró aliviada. Se plantó delante del mostrador de pasteles, los estudió a fondo, consciente por primera vez de lo hambrienta que estaba.

—Tienen todos una pinta tan deliciosa que cuesta decidirse —le dijo sonriendo a la joven de detrás del mostrador—. ¿Qué me recomienda?

La joven (Sienna supuso que se trataba de la propietaria del local) sonrió.

—¿Qué tal un trozo de la tarta de Victoria? El bizcocho es muy esponjoso y la crema que lleva en el medio es de fresa.

A Sienna se le hizo la boca agua.

—Pues que sea un trozo de tarta de Victoria. Y una taza grande de té, por favor. —Señaló la mesa que estaba desocupada—. ¿Puedo sentarme allí?

—Por supuesto —dijo la joven y le guiñó un ojo—. ¿Ha venido de vacaciones a la zona?

Sienna estuvo a punto de mentirle, pero cambió de idea.

—A mi madre la asaltaron hace unas semanas por esta zona y poco después falleció —explicó—. Además, tengo familia en Boscastle. A mi abuela. Está en el hospital de aquí.

La joven miró apenada a Sienna.

—Pobre, lo siento muchísimo. —A punto de añadir algo más, se detuvo, miró a Sienna—. ¿Se sabe…? Quiero decir… —Volvió a callarse.

—Desafortunadamente no —dijo Sienna que imaginó a lo que se refería la mujer—. La hipótesis de la policía es que ha sido una banda de adolescentes. Aunque hasta ahora no han encontrado a nadie, ya no hablemos de detener.

La mujer inspiró hondo, miró indecisa a Sienna.

—¿Dónde ocurrió exactamente?

—En Boscastle —respondió Sienna—. La encontraron cerca del pantano, junto al bosquecillo a la derecha de la carretera principal.

La mujer tragó, bajó incómoda la mirada.

—Creo recordar que en esa misma zona ya ocurrieron más cosas horribles —dijo en voz baja—. Aunque de eso hace más de veinte años.

Sienna estuvo a punto de preguntarle a la mujer a qué se refería cuando se fijó en que se había puesto pálida. Así que cogió el plato con el pastel, le dio las gracias.

La mujer soltó un suspiro hondo.

—Será mejor cambiar de tema. —Esbozó una sonrisa forzada—. Que aproveche. Invita la casa. El té se lo llevo ahora.

Pero tras sentarse a la mesa, Sienna seguía pensando en aquellas palabras ominosas. ¿A qué se había referido esa mujer al hablar de cosas horribles ocurridas en la zona?

¿Cabía la posibilidad de que su madre no fuera la única víctima?

Pero en ese caso, la suposición de la policía de que era cosa de una banda de adolescentes no tendría sentido.

A Sienna se le aceleró el corazón, rompió a sudar.

Se obligó a pensar en otra cosa, clavó el tenedor en el pastel, metió un trozo en la boca. Estaba delicioso, dulce y a la vez afrutado, sin embargo, a Sienna le costó saborearlo.

Miró a través de la cristalera, observó durante unos minutos a los viandantes, pero con esto tampoco consiguió distraerse.

Al dirigir la atención de nuevo al pastel, vio que le habían dejado el té. Se lo agradeció con un gesto a la dueña de la cafetería y tomó un trago.

Recordó las palabras de la enfermera. La agresividad a causa de la joya no había ido dirigida solo a ella. Lo que a su vez significaba que el ataque del otro día no tenía nada que ver con Sienna, sino solo con el colgante. Lo sacó del bolso, lo dejó encima de la mesa, clavó los ojos en él.

¿Qué significaba todo esto?

¿Por qué reaccionaba Serafina así cada vez que veía el colgante?

Si se tratara de una pieza que formaba parte de las joyas familiares, debería alegrarse por haberla recuperado.

Entonces ¿por qué esa rabia?

¿Era porque su madre lo había tenido todo este tiempo?

¿O había otra explicación completamente distinta?

Recordó la primera conversación con la cuidadora de la residencia. El día de su llegada.

La cuidadora llevaba más de treinta años en la institución, era la que mejor conocía a Serafina. Le había contado a Sienna que la anciana había estado de bastante buen humor dadas las circunstancias, cosa que había cambiado tras la visita de su madre.

Y fue entonces que le dio el ictus. El segundo después de mucho tiempo…

Luego la fractura de la cadera por querer levantarse sola de cama.

Ahora el coma por culpa de la embolia.

¿Qué le había dicho su madre a la mujer que había sido su suegra como para cambiarlo todo?

—¿De dónde lo ha sacado?

La voz llevaba rabia y sonó dura, la trajo al presente en cuestión de segundos. Alzó los ojos y vio a un hombre de pie frente a la mesa, mirándola con gesto sombrío, primero a ella, luego al colgante. El hombre había estado sentado en una de las otras mesas comiendo pastel.

—¿A qué se refiere? —preguntó Sienna tanteando.

Él señaló el colgante.

—A eso. ¿De dónde lo ha sacado?

Ella cogió la pieza, la metió en el bolsillo del pantalón, miró furiosa al tipo aquel.

—No es asunto suyo.

El hombre cruzó los brazos delante del pecho, la taladró con la mirada. Estaba poniendo nerviosa a Sienna. No sabía si era por su estatura (seguro que más de metro noventa) o por cómo la estaba mirando. Con recelo, con desconfianza, casi con hostilidad.

Sienna apartó el plato, tomó lo que quedaba de té, luego se levantó, pasó junto al hombre y fue hacia el mostrador.

—La cuenta, por favor —le dijo a la joven ignorando la mirada de preocupación de esta.

—¿No le ha gustado la tarta?

—Sí —soltó Sienna—. Es solo que… —Se calló, señaló con la mirada el hombre que había vuelto a sentarse, pero que no la perdía de vista.

—¿Es por Gerry? —preguntó la joven—. No se preocupe por él. A pesar de su aspecto intimidatorio, es completamente inofensivo.

—Vale. Es solo que… Da igual, tengo que irme de todos modos.

La mujer asintió con la cabeza, le cobró el té.

Sienna salió del local. Ojalá hubiera aparcado cerca, pero por desgracia había dejado el coche en el recinto del hospital.

Emprendió la vuelta con un suspiro, se giró varias veces al notar un hormigueo extraño en la nuca, pero no vio a nadie siguiéndola.

El tío de la cafetería la había asustado muchísimo, hubo de admitir Sienna. Caminaba cada vez más rápido. Ya casi veía los tejados del hospital cuando alguien la agarró del brazo y la hizo girarse.

Se le cayó el alma al suelo al ver quién era.

—Tengo que saberlo —gruñó con tono sombrío—. ¿De dónde ha sacado el colgante?

Sienna sopesó si empezar a chillar, pero optó por no hacerlo. Se obligó a respirar con calma para impedir un ataque de pánico, miró fijamente a los ojos del hombre.

—De mi abuela —explicó por fin—. Lo he encontrado en su armario y creo que se trata de una herencia familiar.

El gesto del hombre se volvió pétreo.

—¡Mientes! —le espetó a Sienna—. ¡Dime la verdad! ¿De dónde lo has sacado!

Sienna retrocedió, no sabía qué hacer.

—¡Es la verdad! —balbuceó indefensa—. Lo encontré en una cajita en el armario de mi abuela. En la residencia en la que vive. —Echó un vistazo rápido a los alrededores, pensó si sería capaz de salir corriendo hacia el aparcamiento del hospital, pero entonces se dio cuenta de que no serviría de nada. Él la hubiera alcanzado en un abrir y cerrar de ojos. Por no mencionar que una huida la convertiría en sospechosa.

Respiró hondo, miró al hombre.

—Soy alemana. Es la primera vez en veinte años que he vuelto aquí y le juro que este colgante pertenece a mi familia. Puede que lo esté confundiendo con otro.

El hombre la miró hostil. Luego la agarró por los hombros.

—¡El colgante! ¡Dámelo ya!

El miedo paralizó a Sienna. Le costó no desplomarse allí mismo. Tiraba del brazo para soltarse de las garras de aquel tipo, pero este no cedía, la miraba con maldad, la zarandeaba.

—Es el colgante de mi abuela, ¿me oyes? ¡De la mía, no de la tuya! Se lo robé hace más de veinte años del joyero para regalárselo a una chica muy especial. Y precisamente esa chica desapareció poco después sin dejar rastro – junto con el colgante.

Sienna cogió aire, consternada, y estaba a punto de ceder cuando vio un matrimonio al otro lado de la calle. Reaccionó de inmediato, apartó al hombre de un empujón, pidió socorro.

La pareja se detuvo, la miraron indecisos.

—Este hombre… —gritó Sienna lo más fuerte que pudo—, está loco. ¡Por favor, llamen a la policía!

El hombre reaccionó de repente. Soltó asustado a Sienna, miró hacia la pareja al otro lado de la calle, se puso en marcha. Ya casi había alcanzado la esquina cuando volvió a girarse, le lanzó una

mirada sombría y articuló con los labios que volverían a verse. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Sienna al ver el brillo en sus ojos.

Y entonces, por fin, desapareció.

TRECE
BOSCASTLE

2019

Sienna seguía temblando cuando media hora más tarde se metió en el aparcamiento del hotel. Aquel hombre le había infundido un miedo horrible, aunque lo que más la inquietaba eran sus palabras. Las había pronunciado con mucha convicción, tanto que a estas alturas incluso Sienna dudaba de si el colgante pertenecería de verdad a su abuela.

Y eso que había un sinfín de explicaciones para lo ocurrido. Podía ser que la chica que había mencionado el hombre hubiera perdido el colgante y que su abuela lo hubiera encontrado. O más simple todavía: era un colgante muy parecido al del del hombre.

Sienna suspiró al apearse. Estaba a punto de ir hacia el hotel cuando cambió de idea. Un sendero junto al aparcamiento iba a dar al acantilado, así que decidió que no le vendría mal echarles un vistazo a los alrededores. Podría dar con alguna imagen útil que vender luego por un buen dinero. Abrió el maletero, sacó su equipo fotográfico, se puso en marcha.

Mientras atravesaba la hierba que le llegaba hasta la rodilla y se dejaba envolver por el aire marino, se obligó a pensar en otras cosas. No en su abuela gravemente enferma, tampoco en su madre y mucho menos en su padre o en el tío horrible de antes.

Hizo una mueca al sentir cómo se le erizaban los vellos de la nuca y se preguntó cómo era posible que precisamente ella, siendo tan dura e imperturbable, llevara los últimos días luchando contra un sistema nervioso tan resquebrajado.

Inspiró hondo, aceleró el paso, como intentando huir del caos mental. Cuando hubo llegado a suficiente altura como para ver el mar, se detuvo, sacó la cámara de la bolsa. Empezó a hacer fotos, notó que le sentaba bien concentrarse en el trabajo. Tras haber conseguido algunas imágenes bastante pasables, siguió caminando hasta una valla que cerraba el paso hacia el acantilado.

No vio ninguna señal que avisara del peligro de despeñarse por lo que Sienna no pudo evitar preguntarse si alguna que otra persona no habría encontrado la muerte en este lugar, bien por descuido bien por exceso de confianza.

De repente algo la empujó a pasar por encima de la valla para acercarse al borde del acantilado. Le costó tragar, rompió a sudar.

No le daban miedo las alturas, de hecho, se había lanzado varias veces ya en paracaídas, sin embargo, ahora… Se detuvo de golpe.

En su cabeza surgió una imagen salida de la nada.

Un cuerpo destrozado al pie del acantilado, delgado y pequeño, mucha sangre.

Soltó un jadeó, retrocedió, de repente creyó no poder respirar. ¿Qué demonios le estaba pasando?

Se obligó a seguir avanzando, notando cómo a cada paso que daba y se acercaba al abismo, las piernas cedían más y más.

Ya casi había llegado cuando oyó un murmullo inquietante. Era como… una risa o más bien una risita.

¿Sería el viento?

¿O los nervios jugándole una mala pasada, una vez más?

Se giró de golpe, el suelo pareció ceder bajo sus pies.

Durante una milésima de segundo todo se volvió negro.

¡Lárgate!, susurró la voz en su cabeza. ¿O venía de otro lado?

Sienna no estaba segura.

Se recompuso, dio una vuelta de tres cientos sesenta grados, luchó contra el pánico que amenazaba con apoderarse de ella.

Cuando por fin se hubo tranquilizado medianamente, agarró la cámara y salió corriendo.

¡Tenía que largarse de aquí!

Un grito atravesó el silencio de la noche. Sienna abrió los ojos, todavía medio dormida. Los clavó en la oscuridad, se percató de su respiración acelerada y de que estaba empapada en sudor. Palpó en busca del móvil en la mesilla de noche, comprobó la hora en la pantalla. Pasaba un poco de las dos de la madrugada, lo que significaba que había dormido apenas tres horas.

Tras el ataque de pánico en el acantilado – Sienna supuso que había sido uno – había intentado distraerse con algo de lectura y *spa*, pero no había conseguido calmarse de verdad. Sus pensamientos habían vuelto una y otra vez hacia su abuela en el hospital o su padre dondequiera que estuviera. Luego había tenido que pensar en el tío de la cafetería, seguramente el causante de la pesadilla que acababa de tener. Se dio cuenta de que había tenido que ser ella la que había gritado.

Ya no le cupo la menor duda de que este lugar era el responsable de su desasosiego. Los recuerdos horrorosos de lo que había pasado aquí.

La desaparición de su padre veinte años atrás. El fallecimiento reciente de su madre. Incluso el más fuerte se rompía en un momento dado.

Se incorporó, se sobresaltó al oír unos golpecitos.

Frunció el ceño, buscó el interruptor de la luz, suspiró aliviada cuando la luz inundó la habitación.

¡Ahí!

De nuevo los golpes…

Sienna estaba segurísima de que procedían del cuarto de baño.

¡De su cuarto de baño!

Se levantó ignorando los latidos fuertes de su corazón, se dirigió con decisión hacia el baño, abrió la puerta de golpe.

Buscó el interruptor de la luz en la pared.

Parpadeó un momento cuando la luz le dio de golpe en las pupilas.

En pocos segundos recorrió con la mirada la estancia.

No había nadie.

Nadie excepto ella.

Tragó.

¿Podrían ser las tuberías en la pared las causantes de aquellos golpes?

¿O venían de otro sitio?

Abrió el grifo, se lavó la cara con agua helada, se enjuagó la boca. Tras haberse secado, apagó la luz, volvió a la cama.

A punto de meterse en ella, percibió un crujido leve al otro lado de la puerta de su habitación.

Sopesó si levantarse y comprobarlo, pero recordó la otra noche.

Había sido la misma situación y al final había hecho el ridículo.

Se sentó en la cama, cogió el móvil, se preguntó qué hacer. Seguir durmiendo quedaba descartado, para eso estaba demasiado nerviosa.

Acabó introduciendo el nombre de su padre en el buscador.

Tampoco en esta ocasión internet pudo proporcionarle nada nuevo.

Añadió la palabra Londres: nada tampoco.

Al igual que con Sidney, Oakland y Santa Mónica – todos ellos lugares desde donde su padre le había mandado postales.

Siguió intentándolo, introdujo otras ciudades de Australia, los Estados Unidos y Nueva Zelanda, pero no encontró ni una sola entrada con la que poder tirar del hilo. Acabó rindiéndose.

Tal vez sería mejor contratar a un profesional, especializado en localizar a gente.

Pero ¿valía la pena gastar su ahorros en eso?

Sienna no lo tenía muy claro.

Suspiró.

De nuevo el crujido.

Luego un golpe fuerte. Como si alguien hubiera caído desde fuera contra la puerta.

Sienna tiró el móvil sobre la mesilla, corrió hacia la puerta. Tras una milésima de segundo de titubeo, abrió la puerta, salió al pasillo.

Justo a tiempo.

El corazón le dio un vuelco al ver a una niña con un vestido de verano blanco y demasiado liviano despareciendo tras la esquina. Ella misma vestida solo con una camiseta de tiras y un pantalón de pijama, además de descalza, corrió tras ella. Tenía que pillar a esa niña como fuese, porque así, por fin, quedaría demostrado que no estaba loca, que todos esos ruidos de los últimos días no eran imaginaciones suyas.

Corrió tras ella, giró hacia las escaleras, ignoró la mirada del joven en la recepción, la buscó con la mirada.

¡Allí!

El corazón se le desbocó al ver a la niña desaparecer tras la puerta giratoria.

Sienna no se lo pensó dos veces, corrió tras ella.

Una vez en el exterior, cogió aire. El viento la envolvió, el frío penetró en sus huesos en cuestión de segundos.

¡Da igual!, pensó. *¡Sigue!*

El vestido blanco brillaba en plena noche y Sienna distinguió unas manchas oscuras en la tela. ¿Sería sangre?

Corrió más rápido, pero por mucho que lo intentaba, no conseguía alcanzar a aquella niña.

Aceleró el paso, atravesó el parque, pasó junto la caseta del vigilante, ignoró también la mirada sorprendida de este.

Cuando Sienna se dio cuenta de que la niña iba corriendo hacia el acantilado, fue como una descarga eléctrica.

—¡Detente! —gritó, el pánico reflejado en su voz—. Tienes que detenerte. Es muy peligroso. ¿Me oyes?

Pero la niña ni se dio la vuelta ni aminoró el paso.

¡Joder!, pensó Sienna. *¡No puede ser!*

Se centró en sus propias piernas, rezó para que no le fallaran, pero no pudo evitar el quedarse sin fuerzas ni aliento.

¡La valla!

La vio resplandecer en la oscuridad, jadeó consternada cuando vio que la niña la atravesaba de un salto y seguía corriendo.

A Sienna se le paró el corazón al ver que la niña se estaba acercando al abismo y, aun así, seguía corriendo, hasta que la oscuridad la tragó.

Un grito atravesó la noche y Sienna tardó un rato en darse cuenta de que había sido ella quien había gritado.

Otra vez.

Recordó la imagen que había aparecido en su cabeza.

La que había visto de repente por la tarde en este mismo sitio.

El cuerpo destrozado al pie del acantilado.

El miedo la tenía paralizada, aun así, se obligó a seguir corriendo, saltó también por encima de la valla, aminoró la velocidad, llegó con piernas tambaleantes hasta el borde. El corazón parecía salirle por la boca, seca como papel de lija.

Tuvo que obligarse literalmente a mirar hacia el fondo.

Parpadeó confusa.

Allí donde debería estar el cuerpo muerto de una niña… no había nada.

Tan solo una playa de piedras y una nada negra y bramante hasta donde alcanzaba la mirada.

Sienna se desplomó, clavó los dedos en la hierba, soltó un sollozo de desesperación.

Esto no estaba bien… ¡Si había visto a la niña con sus propios ojos! Viva y real, corriendo delante de ella. La había visto con total claridad saltar por encima de la valla, luego acercarse al abismo y de repente desaparecer.

Es decir, tenía que estar allí abajo, deshecha entre las piedras…

Sacudió la cabeza, jadeó, luego cayó hacia delante.

CATORCE

BOSCASTLE

2019

—¿Necesita ayuda?

Sienna alzó los ojos de golpe. Vio a un señor mayor junto a ella, mirándola preocupado. Le resultó conocido.

—Soy Ted, el vigilante del aparcamiento —le explicó.

Sienna asintió débilmente con la cabeza.

Exacto. Por eso le resultaba familiar.

Se incorporó no sin esfuerzo, limpió lo mejor que pudo la tierra del pantalón del pijama.

—Pero ¿qué hace a estas horas aquí fuera? —quiso saber el hombre—. No es que sea asunto mía, pero cuando la he visto antes… me he preocupado. —Se calló, la miró muy serio.

Sienna suspiró. De repente tuvo una ocurrencia.

—¿Me ha visto?

Él asintió.

—Hace unos minutos. Pasó usted corriendo como alma que lleva el diablo. Le he gritado si estaba todo bien, pero se ve que no me oyó. Esta noche hace mucho viento.

—¿Y a la niña? ¿También la ha visto? Llevaba un vestidito blanco e iba corriendo delante mía.

Ted frunció el ceño.

—¿Una niña dice? —Negó con la cabeza—. Aparte de usted, no había nadie más. Por eso pensé que sería mejor comprobar si estaba usted bien. —Se detuvo, observó a Sienna.

Aquella mirada hizo que Sienna se sintiera cada vez más incómoda. Tragó.

—Así que, ¿aparte de mí no vio a nadie más salir corriendo?

—No —respondió Ted y Sienna detectó que el hombre no sabía muy bien cómo tratarla.

Se acercó a él.

—Le juro que había una niña. De unos siete años, melena castaña. Y el vestido. Estoy segura de que estaba manchado de sangre. Tiene que haberla visto, Ted. Pasó justo delante de su caseta.

Él se encogió de hombros, miró dubitativo alrededor.

—Aquí solo estamos usted y yo.

Sienna asintió, cogió aire.

—La niña, creo que se ha caído por el acantilado. He intentado detenerla, pero la niña no paraba de correr.

Ted sacó un objeto alargado del bolsillo de su chaqueta, pasó junto a Sienna, se acercó al abismo. Sienna se dio cuenta de que se trataba de una linterna y que, de hecho, estaba observando con ella la playa allá al fondo.

Suspiró aliviada.

Por fin alguien que la creía.

Se acercó con cuidado, siguió el haz de luz.

—Lo dicho, ni alma —murmuró Ted—. Y mucho menos una niña. —Se giró hacia ella, la miró con una mezcla de pena y desconfianza —. ¿Cabe la posibilidad de que haya tomado alguna copita de más?

Sienna sacudió perpleja la cabeza.

—Estaba durmiendo —le espetó finalmente a Ted—. Y entonces oí los golpes. Venían del cuarto de baño, pero cuando fui a mirar, no había nada. Y acto seguido un estruendo delante de mi habitación. Me levanté, abrí la puerta y vi a esta niña escapándose. Le juro que estaba ahí.

Ted miró incómodo al suelo, dirigió una vez más la luz hacia la playa. Suspiró. Luego la miró.

—¿Qué le parece si la llevo de vuelta al hotel? Voy a encargarme de que le preparen un té bien calentito. Mañana será otro día.

Cuando Sienna comprendió que había vuelto a ocurrir y que había hecho el ridículo una vez más, se encogió de hombros, asintió avergonzada.

Siguió a Ted hacia el hotel, dejó que la llevara hasta unos sillones ubicados en el vestíbulo, se sentó. Esperó tiritando de frío y frustración a que le trajera poco después una bandeja con té y galletas. Notó que estaba a punto de echarse a llorar, miró al hombre.

—Estoy completamente convencida de que allí había una niña. ¿Por qué si no iba a…?

—Tómese el té —la interrumpió Ted con voz suave y señaló con un gesto de la cabeza la taza humeante que tenía delante. Ella la cogió, dio un pequeño sorbo, cerró agradecida los ojos.

—Siento estar causando tantas molestias —murmuró finalmente y alzó los ojos hacia Ted.

—¿Seguro que está bien? —preguntó este—. ¿O quiere que llame a un médico?

Sienna sacudió la cabeza con vehemencia. Lo que faltaba. Una confirmación oficial de que, sin prisa, pero sin pausa, se estaba volviendo loca.

—Estoy bien —respondió con firmeza—. En serio.

Ted asintió indeciso, echó un vistazo al reloj.

—Tengo que volver… tengo trabajo…

Sienna asintió con la cabeza.

—En serio, estoy bien. No se preocupe.

Lo siguió con la mirada, notó los ojos del recepcionista clavados en ella. La estaba mirando igual que lo acababa de hacer Ted y a Sienna no le cupo la menor duda de que el joven se había dejado comer el tarro por el otro. Esbozó una sonrisa relajada.

—Estoy bien. De verdad —le gritó al joven—. Voy a acabar de tomarme el té y vuelvo para cama. —Para afianzar sus palabras dio otro trago. Se asustó cuando por el rabillo del ojo vio una sombra que se acercaba a ella. Soltó un grito de dolor al derramar el té caliente sobre el pantalón y quemarse la pierna.

—Parece que usted tampoco puede dormir —preguntó una voz femenina y, al girar la cabeza, Sienna vio que se trataba de una anciana, de unos setenta años, de pie junto a ella, escrutándola con curiosidad.

Sienna trató de sonreír, pero sin lograrlo. Soltó un pequeño suspiro.

—¿Le importa si le hago compañía? —preguntó la mujer.

—Si es usted real, no me importa —fue la respuesta que se le escapó a Sienna antes de darse cuenta —Al ver la mirada confundida de la mujer, se encogió de hombros—. Lo siento, no he debido decir eso. Por favor, tome asiento.

Esperó a que la mujer se hubo sentado frente a ella.

—¿Le apetece un té? Yo invito.

La mujer negó con la cabeza.

—Muy amable, pero a estas horas de la noche prefiero no tomar nada. Si no, luego no hago más que ir al baño —se rio al ver la mirada sorprendida de Sienna—. Si es que vuelvo a quedar a dormir.

Sienna asintió.

—Parece usted triste —observó la mujer—. ¿Quiere contarme lo que le pasa? A veces viene bien contar las penas para librarse de la carga que nos impide respirar y vivir.

Sienna reflexionó un instante, luego sacudió la cabeza. *¿Por qué no?*, pensó. *¿Qué más da que otra persona más piense que estás pirada?*

Cogió aire y empezó a contar. La llamada del médico contándole lo de la agresión a su madre. La muerte de esta. Las mentiras que su madre le había contado con respecto a su abuela. La caída de esta. La reacción extraña al ver el colgante.

También habló de su padre y de aquel tipo raro de por la tarde. Y por fin le contó lo de los ruidos que oía desde que había llegado al hotel, de los ataques de pánico cada vez más frecuentes, de las cosas extrañas que veía y que seguramente ni siquiera eran reales.

A cada palabra de Sienna, a la anciana se le abrían más los ojos, no dejaba de taparse la boca con la mano.

Cuando Sienna llegó al final de su relato, la mujer sacudió lentamente la cabeza.

—Esa es una de las historias más horribles que he oído jamás —admitió—. Y mira que he oído unas cuantas.

Sienna suspiró.

—Parece que me estoy volviendo loca, sin prisa, pero sin pausa.

La mujer negó con la cabeza.

—Yo más diría que está traumatizada —explicó y ladeó la cabeza —. Soy psiquiatra, así que créame cuando le digo que sé el aspecto que tiene alguien loco o loca de verdad. —Se rio y Sienna hubo de admitir que aquella señora empezaba a caerle bien. Y era cierto, haber hablado de todo lo que la preocupaba la había calmado.

—¿Así que traumatizada? —repitió mirando dubitativa a la mujer —. Pero ¿por qué oigo ruidos… veo gente donde no la hay? ¿Eso no son síntomas de alguna enfermedad mental?

La mujer sonrió con dulzura.

—Perdió usted a su padre siendo todavía una niña, la crio su madre, a la que también ha perdido recientemente. Luego está lo de su abuela, que se encuentra en coma. Esas son muchas pérdidas para una joven como usted. Porque no llega usted a los treinta, ¿o me equivoco?

—Tengo veintiséis años —le confirmó Sienna—. Cumplo los veintisiete el mes que viene.

—¿Lo ve? —La mujer asintió con la cabeza—. Ha sufrido tanto a lo largo de los últimos veinte años que es normal que el alma se ponga de huelga en un momento dado.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que los ataques de pánico se deben a que ha llegado usted al límite. Tiene los nervios saturados y por eso su alma está pidiéndole ayuda a gritos. Mi recomendación sería que descanse.

—¿Y mi padre?

—Búsquelo si siente la necesidad de tener que hacerlo. Pero si lo hace, no deje de prestar atención a cómo se siente. Si nota que se le hace demasiado cuesta arriba, déjelo. Antes de que sea demasiado tarde.

—¿Cómo explica las cosas que veo y oigo? ¿Son extensiones de los ataques? A mí me parecen completamente reales.

—Dado que me hospedo en la habitación número nueve y estas noches pasadas no he oído ni risas infantiles ni llantos ni pasos ni nada de nada, estoy por decir que los ataques de pánico son los desencadenantes de estas alucinaciones. Aunque… —La mujer se interrumpió, miró dubitativa a Sienna—. Ha dicho que está usted segura de haber estado aquí en este mismo hotel, de niña, con su familia.

Sienna se encogió de hombros.

—Eso creo.

—¿Recuerda el accidente de alguna niña?

Sienna se encogió de hombros.

—Lo dicho, apenas recuerdo nada. No son más que suposiciones.

—La niña se llamaba Amelie y era un encanto. Lo recuerdo tan bien porque vengo de vacaciones a este mismo hotel desde hace treinta años. Antes en compañía de mi marido, pero desde que falleció, viajo sola. La pequeña Amelie también solía venir todos los años. Siempre en julio. ¡Era un verdadero terremoto! Pero todo el mundo le tenía mucho cariño. Pero entonces… —La mujer se interrumpió, con gesto de repente apenado.

—¿Qué? —preguntó Sienna nerviosa—. ¿Qué pasó con Amelie?

—Cayó por el acantilado. Nadie sabe cómo pudo suceder, pero sucedió. Su familia estaba desolada, intentaron averiguar qué había pasado exactamente, pero nadie parecía haber visto nada.

Sienna miró confundida a la mujer.

—Eso es una historia terrible. Pero ¿qué tiene que ver con mi problema?

La mujer ladeó la cabeza, miró pensativa a Sienna.

Una idea repentina le vino a Sienna a la cabeza, la hizo sonreír a pesar de todo.

—No me diga que cree en fantasmas. ¿Es eso lo que intenta decirme? ¿Que la pobre Amelie ronda el hotel para asustar a turistas ingenuas como yo?

La anciana soltó una carcajada, sin embargo, se detuvo de golpe.

—Lo siento, reírse no es lo más apropiado dada la envergadura de la tragedia. —Suspiró, miró muy seria a Sienna—. Como respuesta a su pregunta: no, no creo en fantasmas, como tampoco

usted, me imagino. Le he contado lo que le aconteció a Amelie porque es posible que usted y ella se conocieran. Amelie tendría ahora su edad, así que no resulta descabellado pensar que hayan podido coincidir en el hotel. Y quién sabe, puede que eso que ve y oye no sean más que recuerdos reprimidos que intentan salir como sea a la superficie.

Sienna asimiló las palabras de la mujer y dejó que hicieran su efecto, luego asintió con la cabeza.

—Suena plausible —admitió.

La anciana sonrió, se levantó.

—Espero haberla ayudado un poco, pero me está llamando mi cama. —Le guiñó un ojo a Sienna—. Y si necesita ayuda, del tipo que sea, ya sabe en qué habitación estoy. Voy a quedarme hasta el viernes. —Frunció el ceño, abrió la boca como para añadir algo más, pero no lo hizo. Miró a Sienna.

—¿Qué? Por favor, dígalo.

La anciana tragó.

—En el pasado he podido ayudar a algunos de mis pacientes mediante una terapia de hipnotismo. Si quiere, puedo probar con usted. Piénselo. Ya sabe dónde encontrarme.

Poco después, Sienna también había regresado a su propia habitación. Repasó lentamente todo lo que le había dicho la anciana. Por muchas vueltas que le daba, todo tenía sentido.

Sienna suspiró, cogió el móvil que estaba en la mesilla de noche, entró en internet, introdujo el nombre de Amelie y del hotel en el buscador de Google. Pinchó en algunos enlaces, pero sin resultado.

Acortó la búsqueda.

Introdujo el nombre de Amelie, el del hotel, Boscastle y accidente mortal. Aún no había transcurrido ni un minuto cuando el buscador no paraba de escupir resultados. Sienna empezó a leer. Sin embargo, estos artículos no aportaban mucho más de lo que le había contado la mujer de la habitación número nueve. A punto de rendirse, le

llamó la atención una foto minúscula junto a un artículo. La amplió, poco después tenía la vista clavada en el rostro pixelado de una niña encantadora que desencadenó en ella una sensación de… miedo.

Y algo más…

Cuanto más miraba a la niña de la foto, más segura estaba Sienna de que se trataba de la niña de antes. Solo la había visto durante unos segundos en el pasillo y el resto del tiempo la había visto de espaldas, pero estaba completamente segura de que era la misma niña.

QUINCE
BOSCASTLE

2019

A la mañana siguiente, Sienna fue la primera en bajar a desayunar. Había pasado el resto de la noche dándole vueltas a si lo que le había contado la anciana coincidía con ella y la niña que había visto.

Seguía estando segura de que la niña del artículo era la misma que había visto y no dejaba de preguntarse si efectivamente la había visto, si eran recuerdos que luchaban por emerger a la superficie.

Pero ¿y si no?

Sienna nunca había creído en esas bobadas de lo paranormal y seguía sin creer. Sin embargo, tras todo lo ocurrido, no podía evitar admitir que todo aquello empezaba a resultarle sospechoso.

Había visto a una niña caer por el acantilado, una niña que hacía muchos años que estaba muerta. Y no solo eso, veinte años atrás, una niña había efectivamente caído por ese mismo acantilado.

Pero daba igual cuál fuera el desencadenante o más bien la causa de todo esto que estaba percibiendo: tenía que tratar de averiguar por qué lo percibía ella y nadie más.

Tenía que haber una explicación lógica.

De repente, recordó a la joven de la cafetería. Había mencionado que en la zona en la que habían encontrado a su madre, ya había ocurrido algo horrible años atrás. ¿Se había referido al accidente de la pequeña Amelie?

Cuanto más pensaba en ello, más segura estaba Sienna de que no era el caso.

Le había contado a la dueña de la cafetería que a su madre la habían agredido. ¿Por qué entonces relacionar un crimen así con la tragedia de una niña?

Tenía que haberse referido a otra cosa.

¿Tal vez a la desaparición de la novia del tío ese que había asegurado que el colgante de su abuela era suyo?

Sienna resopló y de repente supo qué hacer.

Al pasar junto al letrero que indicaba que se encontraba en Stratton, los latidos de su corazón eran tan fuertes que creyó notar las vibraciones en la sien. Se obligó a respirar con calma, se concentró en buscar un aparcamiento, con la intención de no cometer el error del otro día y aparcar demasiado lejos. Al final encontró un hueco a dos calles del Victoria´s Dream y respiró aliviada.

Meditó un instante si remover un posible avispero sería la decisión correcta, pero entonces se dijo que no le quedaba otra. Muy en su interior sentía que todo estaba relacionado. La agresión a su madre, la caída de su abuela al intentar coger la caja en la que ella misma había encontrado el colgante, que poco después había introducido al tipo aquel en la ecuación. Y luego los acontecimientos ominosos en el hotel que solo ella era capaz de oír y ver. Sienna pensó que era más que evidente que en ese sentido también tenía que haber una relación con lo que le había pasado a su madre y poco después a su abuela. Podía ser incluso que la desaparición de su padre tuviera algo que ver con todo esto.

Sienna se sobresaltó al darse cuenta de qué dirección estaban tomando sus pensamientos, pero no, no era tan descabellado.

Al fin y al cabo, a su madre la habían agredido cuando muchos años después había vuelto al lugar donde había desaparecido su exmarido. Y durante todos esos años le había ocultado la existencia de su abuela.

¿Por qué?

Porque quería evitar que ella, Sienna, le insistiera en ir a visitar a Serafina.

Pero ¿por qué había venido precisamente ahora?

Ese era el punto de partida.

La razón de por qué tras todos esos años su madre había regresado a este lugar. Y precisamente ese punto – entre otras cosas – tenía que estar relacionado con el joyero que había encontrado en el armario de su abuela. No había otra explicación para querer levantarse sola de la cama. Ni para el ataque de ira que había desencadenado ver el colgante al cuello de Sienna.

O sea, no tenía más remedio que ir a la cafetería y preguntarle a la dueña dónde localizar al tío aquel para luego ir a buscarlo.

Necesitaba respuestas o al menos un comienzo que determinara los siguientes pasos.

Abrió la puerta de la cafetería, comprobó aliviada que aparte de ella solo había una parejita sentada a una mesa y que parecían muy concentrados el uno en el otro. Sienna se acercó al mostrador, le sonrió a la dueña.

A esta se le iluminó la cara al reconocerla.

—Entonces sí que le gustó mi tarta —dijo con una sonrisita.

Sienna asintió con la cabeza.

—No dije lo contrario. Hoy voy a probar los pastelitos. —Señaló un surtido de unas verdaderas obras de arte—. Dos de ese. Y una taza de té.

Se sentó a una de las mesas más alejadas de la pareja, se recostó. Cuando la mujer le trajera el pedido, aprovecharía para interrogarla.

—O sea, que ayer se largó usted por culpa de Gerry. —La mujer miró muy seria a Sienna—. Es inofensivo. Lo dicho, no mataría ni una mosca, a pesar de que a día de hoy la gente sigue hablando a sus espaldas.

—¿Lo conoce bien?

—Un poco. Viene a menudo. Parece que le gustan mis pasteles.

Sienna sonrió.

—Dice que el colgante que yo llevaba ayer era de su abuela.

La mujer frunció el ceño.

—¿Y? ¿Qué pasa con eso?

Sienna se encogió de hombros.

—No lo sé, la verdad. El caso es que a mí me lo ha dado mi abuela, pero Gerry dijo que pertenecía a la suya.

—¿Y usted qué opina?

—Creo que ha tenido que pasar por una experiencia traumática —dijo Sienna—. Se le ve en los ojos. Y por el efecto que tiene en los demás. He de admitir que a mí me da algo de miedo.

—Solo sé que hace muchos años perdió a su novia. Era una veraneante, pero él estaba loquito por ella. Encontraron la ropa de la chica en la playa, pero de ella ni rastro. La policía sospechó de Gerry, lo tuvieron varias semanas en prisión preventiva por eso. Hasta que tuvieron que dejarlo marchar porque no se pudo demostrar nada. Él todavía habla de aquella chica y se pregunta qué pudo pasarle.

Sienna tragó.

—Eso es horrible.

La mujer bajó la mirada.

—Lo malo es que no fue un caso aislado —murmuró finalmente. Luego alzó los ojos, observó pensativa a Sienna—. Un año después de la desaparición de la novia de Gerry, volvió a desaparecer otra veraneante. Más o menos de la misma edad que la chica de Gerry, muy parecidas. Volvieron a encontrar sus cosas en la playa, pero de ella nada de nada. La policía determinó que en ambos casos tuvo que tratarse de un accidente y archivaron los casos. Increíble, ¿verdad?

Sienna asintió con la cabeza.

—Esa veraneante desaparecida, ¿se refería usted a ella cuando me dijo que la agresión a mi madre no era la única tragedia de Boscastle?

La mujer suspiró. Luego negó lentamente con la cabeza.

—Susan, mi hermana. Me llevaba trece años —dijo por fin—. Tenía una amiga inseparable. Se llamaba Patricia. Mi hermana y ella eran como uña y carne hasta que, hará unos veintidós años, Pat desapareció sin dejar rastro. Durante semanas la dieron como desparecida y cuando por fin la encontraron, se desató el infierno.

Yo era demasiado joven para enterarme o entender lo que pasaba. Fue con el paso de los años que me di cuenta de que a la amiga de mi hermana la habían asesinado. El asesino sigue libre. Al año de la muerte de Pat volvió a desaparecer una chica del pueblo de al lado, a ella también la encontraron poco después asesinada, igual que a la amiga de mi hermana. Sí, detuvieron al exnovio, pero a día de hoy sigue habiendo gente que cree que metieron en la cárcel a un inocente y que las veraneantes desaparecidas y los asesinatos de las chicas en la zona están relacionados.

Veinte minutos más tarde, detuvo el coche delante de una destartalada casa de ladrillo. Al dirigirse hacia la entrada, en su cabeza se agolpaban miles de pensamientos. Se obligó a no pensar, llamó al timbre. Pasó un tiempo antes de que en el interior de la casa se percibiera algún movimiento, pero Victoria ya le había advertido que podía ser que Gerry tardara en abrir la puerta porque esta semana tenía turno de noche.

Al reconocer a Sienna, la mirada del hombre se ensombreció.

—¿Qué quiere? —preguntó y apretó los labios como queriendo impedir decir algo de lo que arrepentirse luego.

Ella inspiró hondo, le mantuvo la mirada.

—Quiero hablar con usted sobre lo del otro día. Sobre el colgante. Creo que nos puede venir bien a ambos. —Como muestra lo sacó, se lo mostró al hombre.

Este, sorprendido, miró primero la joya, luego a ella, parecía indeciso. Acabó asintiendo con la cabeza, se apartó.

—El salón está al fondo. Voy a preparar café.

A Sienna no le hacía ninguna gracia entrar en la casa de aquel hombre, pero si quería averiguar algo, tenía que fiarse de él y eso implicaba sentarse a una mesa con él y tomar café. A eso se le llamaba sentar las bases y Sienna se propuso dar lo mejor de sí.

Sentada en un sofá raído esperando a su anfitrión, aprovechó el tiempo para echar un vistazo. La casa había visto tiempos mejores,

pero al menos estaba limpia y resultaba bastante acogedora.

Los muebles eran viejos y estaban gastados.

Sienna se recostó, preparó mentalmente unas cuantas preguntas, esperó.

Cuando por fin apareció Gerry con una bandeja en las manos, se había esfumado casi por completo su aspecto agresivo. Resultó casi amable cuando dejó una taza humeante delante de ella, cogió otra para él y señaló con la cabeza la caja de galletas que había traído para acompañar el café.

—Las ha hecho mi madre —explicó y se sentó en el sillón de enfrente. Luego la observó sin decir nada y mientras tomaban un trago de café, Sienna tuvo ocasión de observarlo también a él.

Supuso que tendría unos treinta y largos o tal vez cuarenta y tantos y, en otras circunstancias, Sienna incluso habría admitido que era bastante atractivo.

El cabello era oscuro y largo, lo llevaba atado en una coleta en la nuca. Le recordó a un joven Johnny Depp. Y sus ojos… a pesar de mirar con detenimiento no supo decir si eran grises o verdes.

Gerry notó que lo estaba inspeccionando e hizo una mueca.

—¿Qué quiere de mí? —arrancó la conversación.

—Este colgante. Usted dijo que se lo había regalado a una chica.

Gerry asintió con la cabeza.

—Y esa chica hace años que ha desaparecido.

El rostro de Gerry se ensombreció.

—Hará unos veinte años —explicó—. Jessi era de Manchester. No era de esas a las que les gustaba veranear en el propio país. Ella prefería Hawaii, las Maldivas, arena blanca en el Caribe. Pero sus padres se habían propuesto pasar al menos una vez las vacaciones en Inglaterra, así que a Jessi no le quedó otra que venir con ellos. Me contaba que lo odiaba. Y estaba tan loca por mí como yo por ella. Nos dijimos que mantendríamos el contacto, por eso le regalé el colgante de mi abuela. Era como una especie de prenda, bueno, una promesa. Y de repente desapareció, la noche antes de regresar a Manchester.

Se calló, de repente pareció muy cansado.

—Sigue pensando en ella, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza.

—No consigo olvidarla. Desde que desapareció no hay un solo día que no me pregunte por qué diablos salió de casa aquella noche.

Sienna hizo una mueca, entendía perfectamente a qué se refería Gerry.

—Quería verlo una última vez, ¿verdad? ¿Es eso lo que cree?

—Lo sé —susurró él casi inaudible—. Jessi era así. No le temía a nada. Era cabezona y un poco loca. —Suspiró—. El caso es que un día se presentó la pasma, me llamaron y me machacaron a preguntas. Querían saberlo todo. Acabaron encontrando las cosas en la playa, pero de ella, ni rastro. La policía sospechó de mí al principio, pero luego tuvieron que dejarme ir porque no tenían pruebas. Luego archivaron el caso diciendo que había sido un lamentable accidente en el mar. Me sigo preguntando qué pasó realmente aquella noche y por qué calvario no pasaría Jessi.

—¿No cree que fuera un accidente nadando?

—No. —Él la miró, luego bajó la mirada. Soltó un suspiro—. Jessi no es la única que desapareció. Y luego están los asesinatos de las otras chicas de la zona. Voy a serle sincero… —Se interrumpió, en busca de las palabras adecuadas. Dejó caer los hombros y de repente pareció encoger al menos veinte centímetros—. Creo que alguien la mató. Y dado que yo no fui, aunque las malas lenguas digan lo contrario, el verdadero asesino sigue suelto.

De vuelta en el hotel, Sienna repasó la conversación mantenida con Gerry. Durante todo el trayecto de vuelta no había dejado de preguntarse si creerle o no, finalmente decidió hacerlo. El tamaño y la rabia reprimida de Gerry transmitían una falsa impresión porque, dejando a ambas de lado, era un bonachón. Había hablado de su Jessi con mucha tristeza y por eso Sienna le había dado el colgante. Fue una decisión espontánea. Por un instante, Gerry no dio crédito. Luego le había dado la mano, agradecido y le había mostrado un grabado en el revés que Sienna no había visto hasta ese momento:

la prueba definitiva de que el colgante pertenecía sin lugar a dudas a la familia de Gerry.

Sienna tragó. Esto todo se le estaba haciendo demasiado cuesta arriba. Las tragedias de su propia familia. Enterarse ahora de Jessi, cuya desaparición seguía inquietando al que era su novio en aquella época. Susan y Pat, las otras chicas desaparecidas y asesinadas.

Cuando metió la llave en la cerradura, mandó al mismo tiempo una oración al cielo agradeciendo el minibar que la estaba esperando en la habitación.

Sienna se preparó un gin-tónic, lo bebió de un solo golpe.

Luego se sentó en la cama, hizo una par de inspiraciones, cogió finalmente el móvil.

A punto de poner en marcha el buscador, oyó un llanto silencioso en el pasillo.

Se levantó, fue hacia la puerta, miró fuera.

Nadie, como cabía esperar.

Volvió a cerrar la puerta, escuchó pegada a ella. Seguía oyendo el llanto, a veces contenido, otras algo más fuerte. Abrió la puerta de golpe, recorrió el pasillo hasta llegar a la habitación número nueve. Golpeó la puerta como loca. Al cabo de un rato, abrió la anciana de anoche. Parecía haber estado durmiendo la siesta, pero no había tiempo para andarse con rodeos.

—¿Lo está oyendo? —soltó Sienna, consciente de lo áspera e ida que debió de sonar su voz.

La anciana frunció el ceño, confusa.

—¡Los llantos en el pasillo! —aclaró Sienna y como muestra señaló con el dedo hacia arriba—. ¡Ahí! Ahora son más fuertes. Es como una mezcla de llanto y lloriqueos.

La anciana hizo una mueca y Sienna supo de inmediato que había fracasado en su intento.

—Lo siento —murmuró, dio media vuelta, pero la anciana la detuvo agarrándola del brazo.

Sienna sopesó si soltarse, sin embargo, se giró y miró a la mujer.

—No tiene buen aspecto, querida, si se me permite decirlo… ¿Por qué no entra y me lo cuenta?

Sienna meditó un instante, luego negó con la cabeza.

—Solo necesito una ducha fría y dormir un poco —fue la excusa —. Ya se me pasará.

Al regresar a su habitación, se puso unos tapones en los oídos. Luego volvió a coger el móvil. Introdujo la frase «Desapariciones en Boscastle» y a los pocos segundos aparecieron, efectivamente, un par de entradas. Empezó a leer, se sobresaltó, leyó de nuevo. El artículo hablaba de una mujer que por aquel entonces tenía treinta años y que había desaparecido sin dejar rastro tras finalizar su jornada laboral en el Cliff Ville.

La mujer se llamaba Mary Wood y, según la información, trabajaba de camarera de piso en el hotel. El artículo citaba a un marido desconsolado que solo quería recuperar a su mujer.

Llevada por la emoción, Sienna se levantó de golpe y se dirigió de nuevo a la habitación número nueve.

Incapaz de controlar su nerviosismo, aporreó la puerta hasta que la anciana abrió por fin. Le acercó el móvil a la Cara.

—La mujer desaparecida, Mary Wood, ¿la conocía?

La mujer cogió el móvil, estuvo mirando la pantalla un rato, luego asintió lentamente con la cabeza.

—Vagamente. Si mal no recuerdo, su marido denunció su desaparición poco antes del accidente de la pequeña Amelie. La tragedia por lo sucedido a la niña dejó en segundo plano la repentina desaparición de Mary. Aunque la gente estaba convencida de que en realidad no había desaparecido, sino que había huido del marido.

DIECISÉIS
BOSCASTLE

2019

Sienna regresó a su habitación con un zumbido en la cabeza. Se sentó aturdida en la cama, la vista clavada en la pantalla del móvil.

Primero, la desaparición de Mary; poco después el accidente de Amelie y finalmente, la marcha de su padre. Y todo durante el mismo verano. Tenía que haber una relación… La que fuera…

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de Sienna, no consiguió establecerla. Tenía la sensación de tener la cabeza rellena de algodón. No comprendía qué relacionaba el accidente de una niña de siete años con la desaparición de dos mujeres adultas.

¿Estaba liado su padre con Mary?

Pero ¿cómo encajaba el accidente de Amelie en la ecuación?

¿Y si el accidente fue un caso aislado? ¿Y si no tenía nada que ver con Mary y su padre? Al fin al cabo, los rumores del populacho eran que Mary había huido de su marido. Y a su padre por aquella época tampoco se lo tenía por un esposo fiel. ¿Se había largado con su amante?

Miró fijamente la imagen de la foto, le pareció que esta hipótesis era bastante plausible.

Mary era una belleza, seguro que entraba dentro del tipo de presa de su padre.

Pero, si efectivamente Mary había desaparecido hacía veinte años, eso significaba que había dejado a su hijo pequeño con el padre, igual que había hecho su padre con ella.

Sienna sacudió la cabeza con los ojos todavía clavados en la foto. Los de Mary resultaban suaves y bondadosos, su sonrisa, sincera, nada en ella indicaba que fuera el tipo de madre que abandonaría a su hijo así sin más.

Sienna se dejó caer en la almohada, cerró los ojos. Por otro lado, a ella tampoco se le habría pasado jamás por la cabeza que su padre la abandonaría de la noche a la mañana.

Suspiró, notó que el gin-tónic estaba peleándose con su estómago vacío. Se levantó, llamó a recepción, pidió que le subieran algo de comer. Resopló indecisa, volvió a coger el móvil.

Tanto Gerry como Victoria, la dueña de la cafetería, habían mencionado la desaparición de varias chicas. A algunas las habían encontrado, asesinadas; de otras, entre ellas la Jessi de Gerry, se suponía que habían sido víctimas del Atlántico.

Sienna tecleó, se quedó de piedra al ver poco después la imagen de Jessica B. En la red había un sinfín de artículos sobre su desaparición, la última entrada era de hacía un año. En una de las fotos se veía a una chica preciosa con el colgante en forma de mariposa. Según el pie de la imagen, se trataba de la última foto que le habían hecho en vida a Jessica.

Sienna rompió a sudar.

Una cosa era lo que decía Gerry, pero ver ahí, blanco sobre negro, que había dicho la verdad era otra muy diferente. Redujo la búsqueda tecleando «encontrada asesinada Boscastle», dio a *Enter*.

Volvieron a aparecer unos enlaces que llevaban a una chica llamada Clara W. Sienna los miró por encima. Luego sustituyó el nombre de Boscastle por el de otros lugares de la zona. Volvió a dar con algo. Esta vez apareció en pantalla la foto de una chica llamada Rowan L. Rowan había desparecido dos años antes que Jessica, sin embargo, habían encontrado su cadáver poco después en el bosque. La policía suponía que había sido el amante quien la había matado por celos tras ser sustituido por otro.

Introdujo «asesinatos Stratton», vio la foto de la amiga de Susan, Patricia. Leyó un par de artículos, consciente de que a cada renglón se le revolvía más el estómago. Finalmente introdujo «veraneante desaparecida Boscastle alrededores». Tal como había temido, también en esta ocasión encontró muchos enlaces que encajaban con su búsqueda. Leyó algo sobre una tal Sandra de Alemania, desaparecida hacía veinticinco años y cuya última señal de vida había sido una postal enviada a sus padres desde la playa de Crackington Haven.

Sienna dio con otra entrada sobre una veraneante que llevaba décadas desaparecida. También en su caso, la policía creía que se trataba de un trágico accidente en el mar, dado que habían encontrado su ropa en una de las playas de la zona.

Alguien llamó a la puerta, sobresaltando a Sienna.

Recordó que había pedido que le subieran algo de comer a la habitación.

—¡Un momento! —gritó. A punto de guardar el móvil e ir a la puerta, quedó paralizada de golpe. Era como si de repente una mano helada le estuviera arrancando el corazón del pecho.

De nuevo la llamada a la puerta.

El pánico se apoderó de Sienna. Consternada y hastiada a la vez, tiró el móvil sobre la cama, cogió la cartera del bolso, sacó un billete y abrió la puerta. Le tiró el dinero a los pies del camarero, le arrancó la bandeja de las manos, le cerró la puerta en las narices. Luego dejó la comida en la mesita junto a la ventana, regresó a la cama, se sentó.

Todo le daba vueltas.

Le estaba costando respirar.

Tranquila, le dijo la voz en su cabeza. *No servirá de nada que pierdas los nervios ahora.*

Con el corazón desbocado, cogió el móvil, clavó los ojos en la imagen de la joven que se veía en la pantalla.

Esos pendientes…

Sienna estaba convencida de haberlos visto antes.

Volvió atrás para ver las fotos de las otras chicas, las inspeccionó a fondo, de repente la bilis le subió disparada a la garganta.

Jadeó, llegó al baño justo a tiempo, vomitó. Una vez se hubo calmado un poco su estómago, fue al armario, sacó la cajita con las joyas.

La madera parecía quemarle la piel mientras regresaba con ella a la cama, sin embargo, ignoró el dolor, sabiendo que no era más que una sensación.

Se sentó, abrió la caja, sacó los pendientes de perlas, los comparó con los de Sandra. Tragó, un sudor frío le empapó la espalda.

Volvió a las fotos de Pat, la amiga de Susan comparó la pulsera de la foto con la de la caja.

Sienna soltó un gemido.

Sigue, le insistió la voz. *¿No dices que quieres saber la verdad? Pues aquí la tienes.*

Fue comparando las imágenes de las chicas muertas y desaparecidas con las joyas de su caja de madera. Además de los pendientes de perlas y la pulsera, encontró dos coincidencias más: un colgante en forma de corazón que había pertenecido a Clara y un broche.

Aumentó la foto de Rowan, quedó mirando consternada la ranita de plata sujeta al cuello de la camiseta.

En el artículo hablaban de su desaparición y cómo habían encontrado su cadáver.

Cuando Sienna comprendió que habían condenado al exnovio de Rowan por tan horrible crimen, tiró la caja al suelo, acompañando el gesto de asco con un grito de desesperación.

El grito rebotó en las paredes de la habitación, la hizo ver de manera explícita que hacía mucho que había superado su límite, pero hoy era definitivo.

—No puedo más —susurró con voz ahogada, luego rompió a llorar.

DIECISIETE

BOSCASTLE

2019

Sienna se planteó por un instante si llamar un taxi e ir comisaría, pero al final, a pesar del alcohol en sangre, optó por ir en su coche.

Concentrarse en el tráfico y la carretera le ayudó a librarse, al menos por un breve período de tiempo, del caos mental que la atormentaba.

Aparcó, se apeó. Estaba a punto de dirigirse a la entrada cuando de repente se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué decirle al detective Roth.

Aquella misma tarde le había devuelto el colgante a Gerry y las otras piezas… Sienna tragó.

En el fondo todo eso no significa nada, fue la voz en su cabeza la que tomó la palabra.

Sienna era plenamente consciente de que había otras explicaciones, completamente diferentes, mucho más optimistas, pero, aun así… No conseguía dominar esa sensación que la estaba horadando por dentro, dominar su respiración; era como si de repente su propia piel le quedara pequeña.

Los pensamientos se estrellaban en su cabeza, le causaban dolor.

Soltó un leve gemido.

Puede que tu abuela haya, efectivamente, encontrado el colgante…

Sienna negó con la cabeza.

Demasiado vago.

La pulsera de la amistad… las hay a miles. Tú misma tuviste una muy parecida.

Pero la de la cajita era idéntica a la de la chica de internet. Y los pendientes de perlas eran igualitos a los de la turista alemana desaparecida.

Son piezas que prácticamente todas las mujeres tienen en su joyero.

No, pensó Sienna y se asustó cuando un hombre pasó aprisa a su lado y la miró irritado.

¿Acababa de pensar en voz alta?

Suspiró.

Y estaba el colgante en forma de corazón de Clara, el broche en forma de rana de Rowan.

Imposible que fuera coincidencia.

Cuadró los hombros, metió la mano en el bolso, la sacó de golpe al tocar con la punta de los dedos la madera de la caja.

—El detective Roth ya se ha ido —le explicó poco después un joven agente que la observó con detención—. ¿Puede ayudarla yo? Por cierto, me llamo Isak, ¿y usted?

Sienna se sintió extrañamente vulnerable, casi desnuda incluso, bajo aquella mirada penetrante.

—Soy Sienna. —Miró al suelo, en busca de palabras—. El detective Roth está al cargo del caso de mi madre, murió de muerte violenta. Se llamaba Marlene Aschenbrenner. La asaltaron hará unas cuatro semanas en Boscastle y falleció poco después en el hospital a consecuencia de las graves lesiones en la cabeza.

El agente frunció el ceño, acabó asintiendo con la cabeza.

—Conozco el caso —dijo—. ¿Ha venido a preguntar si hay algún avance?

Sienna negó con la cabeza.

—No exactamente. Quiero decir, sí, por supuesto, me interesaría saberlo, pero lo cierto es que he venido por otro motivo. —Señaló una silla delante del escritorio del agente—. ¿Puedo sentarme?

El hombre asintió.

Tras haberse sentado, Sienna sacó la caja de madera del bolso, la dejó en la mesa, frente al agente.

—He venido por esas chicas que fueron asesinadas hace más de veinte años o que llevan desaparecidas desde entonces. —Se calló, se encogió de hombros—. No sé cómo explicarlo, pero creo que lo de mi madre podría tener algo que ver. Al igual que el hecho de que mi padre se largara así sin más por esa época. —Miró al hombre, le costó mantener la calma y sonar segura. Señaló la caja—. Ahí dentro hay un montón de joyas. La he encontrado en el armario de mi abuela. Lleva más de veinte años en una residencia y las enfermeras están completamente seguras de que esta cajita no estaba ahí antes de que fuera mi madre a visitarla.

El hombre frunció el ceño.

—Me temo que no la sigo.

Sienna respiró hondo.

—Estoy convencida de que mi madre escondió la caja en el armario de mi abuela. No sé por qué, pero es un hecho que, tras varias décadas, regresó aquí y poco después la agredieron. Tiene que estar relacionado con la caja. O al menos con lo que les ocurrió en su día a esas chicas.

Sienna observó al agente mientras este abría la caja y contemplaba las joyas.

Al final, la miró a ella.

—¿Podría explicarme de manera concreta a qué se refiere exactamente?

—En la caja había un colgante en forma de mariposa. Una pieza muy antigua. Pensé que pertenecía a mi abuela, pero luego resultó que era de una chica que había desaparecido hacía más de veinte años en Boscastle. La chica se llamaba Jessica y era de Manchester. Gerry, un amor de verano, le había regalado el colgante.

El policía sacudió la cabeza.

—¿Y cómo sabe usted eso?

Me lo contó el propio Gerry. Y he reconocido el colgante en la foto que los padres de Jessi le dieron en su día a la policía y a la prensa.

—¿Y todo esto? —El hombre señaló la caja.

—Algunas piezas pertenecían a las otras chicas desaparecidas o muertas. —Se inclinó hacia delante, señaló la rana—. Era de una tal Rowan L. Desconozco su apellido. Pero sé que responsabilizaron a su exnovio, a pesar de que este siempre aseguró ser inocente. Y esa pulsera de la amistad… era de una tal Patricia, de aquí, de la zona. Su amiga Susan tenía una igual.

—¿Y todo eso lo ha sacado de las fotos de las desaparecidas?

Sienna asintió.

—El corazón era de una tal Clara y los pendientes de perlas, de una chica llamada Sandra.

El agente estuvo mirando fijamente las piezas, hizo una mueca. Luego miró muy serio a Sienna.

—¿Qué es lo que quiere decirme?

Sienna se encogió de hombros, de repente creyó romperse por dentro. Abrió la boca, pero no consiguió articular palabra. Era como si su voz se hubiera puesto en huelga. Casi como si se negara a pronunciar la verdad.

Ella asintió sin fuerzas.

—Creo que tiene los nervios destrozados por lo que le ha ocurrido a su madre. Y ahora trata de buscarle como sea una explicación a todo esto. —La miró, extendió la mano por encima de la mesa y le cogió la suya—. Este tipo de joyas se fabrican a miles. Eso ya era así antes. Y todas estas chicas, lo que les pasó, fue hace más de veinte años. Era otra moda. Y su madre… —Se calló, la miró meditabundo—. Hace veinte años su madre era una joven. Es normal que tuviera este tipo de joyas que era lo que se llevaba en aquella época. Seguro que todo esto era de su madre y que fue su marido quien se lo regaló. Y como este las abandonó, a usted y a su madre, esta quiso deshacerse de ellas. Y lo que le pasó… —Suspiró —. Estoy de acuerdo con el detective Roth: fue una banda juvenil.

Sienna negó con la cabeza.

—Hay algo más. Cuando hace veinte años desapareció mi padre, también desapareció una mujer llamada Mary. Mary Wood. Y poco después falleció una niña llamada Amelie en el acantilado junto al Cliff Ville. Siento que todo eso está de alguna manera relacionado. Lo sé.

—¿Y qué propone?

Sienna miró al hombre.

—Quiero que le diga al detective Roth que he estado aquí y que espero su llamada. Quiero saber si lo que pienso es posible o si simplemente me estoy volviendo loca.

—¿Qué piensa exactamente?

Sienna resopló, creyó que iba a desplomarse sobre la mesa.

—Que mi padre podría ser un monstruo. Un monstruo que mató a un sinfín de chicas. Y que, al descubrirlo mi madre, se largó.

El agente miró sorprendido a Sienna.

—¿Y por qué no acudió su madre a la policía en su día? Quiero decir, si realmente fue como usted cree, ¿por qué no agarró la caja y denunció a su marido?

Sienna se encogió de hombros, estaba a punto de llorar.

—Puede que le tuviera miedo —consiguió articular a duras penas —. O por cobardía. Tal vez no quería que todo el mundo supiera que había convivido durante años con un demente. Puede que fuera esa la razón por la que vino, después de tantos años. Porque quería por fin cerrar ese capítulo del pasado y contar la verdad, firmando con ello su condena de muerte.

Pocos minutos después, Sienna estaba sentada en su coche, preguntándose cómo alguien con miras tan estrechas podía ser policía. Le había aportado muchos datos a ese tal Isak, pero este tan solo la había mirado con lástima. Y con cierto recelo, como si estuviera loca de remate.

Su mirada le había indicado que estaba sola en esto. O que como mínimo tendría que esperar a que la llamara Jonathan Roth. Siempre

y cuando este no creyera que estaba chiflada.

Suspiró, sacó el móvil, buscó Rowan L.

Luego buscó los artículos sobre las demás jóvenes. Escrutó sus rostros.

Todas ellas eran preciosas, algunas de ellas, poco más que niñas, pero podían haber pasado por modelos en el momento de su desaparición o muerte. Tragó una bocanada de aire al recordar las palabras de Ria.

La compañera de trabajo de su padre había encontrado unas fotos entre las cosas de su padre, fotos de un montón de chicas. Y según Ria, eso lo había incomodado.

Sienna sintió una ola de frío y calor a la vez al comprender lo que eso significaba.

Su padre era fotógrafo.

Y por lo visto había usado su profesión para engatusar a esas chicas prometiéndoles un contrato como modelo.

Sienna tragó.

Esas chicas estaban muertas porque creían que su padre las estaba ayudando a conseguir su sueño más grande.

Se habían echado confiadas a los brazos de un monstruo. Y esa ingenuidad acabó costándoles la vida.

Así tuvo que ser, así y de ninguna otra forma.

Solo eso tenía sentido.

¿O?

¿O?

DIECIOCHO

BOSCASTLE

2019

Sienna seguía temblando cuando metió el coche en el recinto del hotel y se apeó. Las piernas parecían de mantequilla, el corazón estaba desbocado.

Quería largarse de aquí.

Ya.

Volver a casa. Pero no podía.

No antes de que todos, TODOS los cabos sueltos estuvieran atados y llevaran a la imagen global. Para ello seguían faltándole un par de diminutas piezas.

Tambaleando rodeó el coche, abrió la puerta del acompañante, sacó el bolso. Luego cerró el coche, cogió el camino hacia el hotel.

Ahora se prepararía una copa, la tomaría con calma mientras repasaría todo hasta dar con esa imagen final. Pero antes…

Recordó que había pedido que le subieran comida a la habitación y que al final no la había tocado. Así que antes de arrancar, comería algo porque con el estómago vacío nunca había hecho gran cosa.

Una vez en la habitación, tiró el bolso sobre la cama, levantó el cubreplatos, quedó mirando el bocadillo de pollo asado, verduras, queso y beicon y que seguía teniendo un aspecto muy apetitoso. Se sentó, empezó a comer, se obligó literalmente a masticar y tragar cada uno de los bocados porque cada fibra de su cuerpo parecía

negarse a ingerir cualquier alimento y todo por culpa de la rebelión desencadenada en su cabeza.

Tras acabar, se levantó, fue al minibar, cogió un botellín, lo mezcló con Cola, tomó un buen trago. A pesar de que su estómago seguía luchando con la comida, notó que los carbohidratos y las proteínas le estaban aportando un poquito de energía.

Se sentó en la cama, sacó la caja del bolso, la abrió.

Luego cuadró los hombros.

No podía ser casualidad que estas piezas se parecieran a las de las chicas desaparecidas y asesinadas. La explicación tenía que ser que su madre había encontrado las joyas en su día. La cuestión era si había captado lo que significaban.

Sienna suspiró al darse cuenta de que esta pregunta ya no recibiría respuesta. Sin embargo, podía tratar de descifrarla dejándose guiar por la lógica.

Cogió el móvil, buscó una vez más todos los artículos, comparó las fechas. Al descubrir que todas esas jóvenes habían desaparecido o muerto antes de que se largara su padre, se quedó sin aire. La última chica… Clara… desapareció el mismo año en que su padre las abandonó a ella y a su madre.

Para ser más exactos, dos meses antes.

Todas las demás desaparecieron o murieron en los años anteriores.

Sienna recordó que su padre solía venir a Boscastle sin su familia. Venía a visitar a la abuela.

O sea, había tenido ocasiones de sobra para dejar rienda suelta a ese asqueroso lado de su personalidad.

Una vez hubo desaparecido él, ya no hubo más desapariciones ni muertes de chicas.

Sienna se preguntó cómo era posible que la policía no hubiera visto que esas jóvenes tenían que estar relacionadas de algún modo. Habían preferido condenar al exnovio de Rowan y archivar los demás asesinatos como casos sin resolver.

Su madre había sido periodista, una de las mejores. Y ella, Sienna, había heredado algo de su capacidad deductiva y asociativa.

¿Y si su madre lo había descubierto todo veinte años atrás?

Podía ser que hubiera encontrado la colección de joyas… los trofeos de su marido… y que empezara a investigar.

Sienna recordaba a su madre como una persona a la que le importaba mucho lo que los demás pensaran de ella.

Jamás se le hubiera ocurrido salir en pijama a tirar la basura o a la compra en chándal.

Aparte de en el hospital, tampoco la había visto jamás sin maquillar. Esta mujer había dado tanta importancia a lo que su entorno pensaba de ella que Sienna se había metido en más de una ocasión con ella por eso.

Motivo más que suficiente para que su madre no hubiera acudido a la policía.

Si se hubiera descubierto que el marido de la gran periodista Marlene – por aquel entonces Ward – era un loco matachicas, ¿qué no pensaría la gente de ella?

A Sienna no le costó imaginarse a su madre debatiendo consigo misma. Por un lado, su sentido de la justicia que la instaría a presentarse ante la policía con todas la pruebas. Pero al final había prevalecido su instinto de autoprotección y la había hecho optar por guardar silencio.

¿O lo había hecho por su hija?

Sienna también habría sufrido en caso de condenar a su padre por asesino en serie.

¡Sigue!, le instó la voz en su cabeza. *Estás muy cerca…*

Sienna cerró los ojos, apretó las sienes con la punta de los dedos.

Así que su madre estaba al tanto de los asesinatos y de que el asesino era su marido, sin embargo, había decidido, por el bien de su hija y el suyo propio, mantenerlo en secreto.

No cabía duda de que ya no se veía capaz de convivir con un loco. Así que él se había largado.

¿Se lo habría impuesto Marlene? ¿Sería la condición que le había puesto? ¿Desaparecer de inmediato y no volver nunca más?

Eso explicaría la lucha de su madre en el juzgado de familia para que Sienna pudiera adoptar el apellido del nuevo marido de Marlene sin necesidad de un consentimiento por parte de su padre biológico.

Luego las postales que le había sacado y escondido.

Su madre detestaba a aquel hombre, lo había querido expulsar de sus vidas, con todas sus fuerzas, ahora cobraba todo sentido.

Pero ¿por qué había regresado aquí?

¿Porque estaba en posesión de las joyas y, tras tantos años, había decidido desprenderse de ellas?

De ahí que escondiera la caja en el armario de Serafina.

¿Y el ataque de la anciana?

¿Le había contado su madre la verdad? ¿Que su hijo era un asesino? ¿Que por eso no venía a visitarla, porque su esposa le había exigido desaparecer para siempre?

Es posible, pensó Sienna, resopló.

Pero ¿por qué habían agredido a su madre?

Desde el primer momento Sienna se había negado a aceptar que había sido cosa de una banda de adolescentes borrachos.

No, a su madre la habían atacado única y exclusivamente para matarla.

Pero ¿por qué?

¿Después de tantos años?

Sienna agarró la copa, la apuró de un trago.

¿Y si había vuelto a aparecer su padre?

Tal vez se había cansado de andar por ahí, lejos de su tierra.

¿Quería restablecer el contacto con su hija o con Serafina?

¿Había matado a su exesposa después de que esta lo amenazara con acudir a la policía?

Sienna dejó que estas ideas se asentaran en su cabeza, sin embargo, algo parecía no encajar.

Al menos no del todo.

Faltaba algo.

La imagen seguía incompleta, le causaba casi dolor físico.

De repente notó un pinchazo en el pecho.

Los artículos en el historial del móvil de su madre.

Sienna se levantó de golpe, abrió la mesilla de noche, sacó el aparato del cajón.

Lo encendió, abrió el historial, leyó los artículos.

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Estas chicas habían desaparecido o habían sido encontrado muertas en los mismos lugares desde donde su padre le mandaba las postales. Uno de los cadáveres había sido encontrado poco antes de la agresión a su madre.

Así que su madre había descubierto que ese hombre había seguido asesinando en el extranjero y no había querido seguir conviviendo con la certeza de que esas chicas habían muerto por su culpa.

De modo que había venido a Inglaterra, establecido contacto con él y… Sienna sacudió la cabeza.

¿Y qué?

Soltó un quejido al recordar la pala que su madre llevaba en la mochila.

Ir a la policía hubiera significado tener que admitir que había guardado silencio durante demasiado tiempo. Su madre pensaría que la acusarían de cómplice.

Así que había decidido matar a su exmarido y, a continuación, deshacerse de las pruebas. Por eso había regresado y se había puesto en marcha en plena noche con una pala en la mochila.

Sin embargo, su plan no había salido bien.

No había conseguido matar a su exmarido… No, en vez de eso, ella misma se había convertido en una víctima más.

DIECINUEVE

BOSCASTLE

2019

Sienna cogió con manos temblorosas otro botellín del minibar y vertió su contenido en el vaso. Sopesó si mezclar el ron con Cola o con zumo de naranja, pero decidió que las circunstancias bien justificaban tomarlo a palo seco. Lo tomó de un solo trago, notó el alcohol llegar al estómago, calentar su interior convertido en hielo.

Todo le daba vueltas. No por culpa del alcohol, sino por los pensamientos sombríos que campaban a sus anchas y le quitaban la respiración.

Su padre un asesino…

¿Estaría cerca?

¿La estaría observando?

De solo recordar que aquel hombre, siendo ella niña, la había llevado a caballito, la había llamado princesa y se había pasado horas leyéndole cuentos, se le revolvía el estómago.

¿Le haría daño a ella, sangre de su sangre?

Lo dudaba.

¿O lo deseaba?

Por otro lado, había matado a chicas, niñas casi, a su propia mujer.

¿Por qué entonces no hacer lo mismo con ella?Sienna se dobló hacia delante, jadeó.

En su interior se había desencadenado una tempestad, una especie de tsunami emocional, pero si lo analizaba a fondo, había algo más, algo mucho más sombrío. Como un volcán a punto de despertar y Sienna no sabía si sería mejor sofocarlo o dejarlo explotar.

De repente, salida de la nada, surgió una imagen en su cabeza.

Una niña, rodeada de sangre, mucha sangre, al pie de un acantilado.

Sienna cerró los ojos con fuerza, pero la imagen no desapareció.

¿Por qué veía constantemente a esa niña?

¿Por qué la oía?

¿Por qué soñaba con ella?

¿Podía ser que su muerte no hubiera sido un accidente?

¿Sería una víctima más de su padre?

A Sienna le entraron arcadas.

Pensar que su padre había podido hacerle daño a Amelie, teniendo una hija de su misma edad, era demasiado.

Los sollozos se abrieron paso en su garganta.

Por mucho que deseara que las cosas fueran diferentes, sabía que habían sido así y no de otra manera. ¿Por qué si no iba a mandarle su subconsciente pistas en forma de alucinaciones e imágenes repentinas?

¿Y la mujer?

¿Y Mary?

Trabajaba en esta misma casa.

Desapareció poco antes de morir Amelie.

Sienna estaba convencida de que no se había ido voluntariamente.

Tantas chicas muertas, Amelie y luego… Mary.

Tenía que estar involucrada también.

Cierto que la mujer era algo mayor como para entrar en el tipo de presa de su padre. Así que tenía que haber otra razón para haberse desecho también de ella.

¿Acaso había presenciado algo?

Y Amelie…

¿También había visto algo que no debiera?

Algo en el interior de Sienna se partió.

Como un muro hecho añicos dentro de su cerebro.

Recordó las palabras de la anciana.

Se levantó de golpe, corrió al pasillo, golpeó la puerta de la habitación número nueve.

Al cabo de un rato, la mujer abrió y Sienna rompió a llorar de alivio.

—Me dijo que usted ayudaba a las personas a recordar.

La anciana asintió con la cabeza, miró preocupada a Sienna.

—Sí, pero no sé si en su estado…

—Por favor —la interrumpió Sienna con voz suplicante.

La mujer suspiró, se apartó.

—Está bien. Pase.

—Tiene que relajarse, ¿vale? Respire tranquila, deje la mente en blanco, déjese llevar solo por mi voz. ¿Entendido?

Sienna asintió con la cabeza.

—Cuando funcione y esté usted hipnotizada, será como si estuviera durmiendo y soñando. Da igual lo que vea, da igual lo que oiga: no le pasará nada. Está usted completamente a salvo.

Otro gesto de asentimiento.

—Vale, pues allá vamos.

Sienna se recostó contra las almohadas de la cama, cerró los ojos, intentó alejar de sí los pensamientos y emociones, se concentró en su respiración y escuchó atenta las palabras de la anciana.

Le entró el sueño, sus extremidades pesaban.

Entonces surgió cual relámpago la primera imagen en su cabeza.

Una niña.

Corría escaleras abajo, por un pasillo oscuro, finalmente se detuvo delante de una puerta.

Por una milésima de segundo Sienna fue consciente de la inminencia de un ataque de pánico, pero entonces oyó las palabras

de la anciana llegándole como a través de una niebla espesa, respiró hondo para combatir el miedo.

Se obligó a quedarse, vio cómo la niña estiraba la mano y llamaba a la puerta. Reconoció el número once en la madera, se asustó cuando ni un segundo después salió una segunda niña de la habitación.

Sienna corrió tras ellas, las vio correr por las escaleras y hacia fuera, jugando al pillapilla.

Era una escena armoniosa, pero entonces…

Sienna jadeó, se puso tensa. Vio que la niña que había salido de la habitación número once le decía algo a la otra niña y la enfurecía. Se empujaron.

Las niñas se pegaron, se gritaron, pero por mucho que Sienna intentaba captar las palabras, no consiguió entenderlas.

¿O no quiso entenderlas?

Un dolor agudo le atravesó la cabeza, luego empezaron a pitarle los oídos.

Luego un crujido.

Como si alguien hubiera bajado de golpe el volumen.

La cogió por el cuello…

Sienna frunció el ceño.

¿De dónde había salido esa voz?

Se pelearon y luego él la cogió por el cuello.

Sienna empezó a temblar. No sabía si esa voz salía de su propio ser, si la estaba oyendo realmente o si solo era un recuerdo.

¡CONCÉNTRATE!

Resopló, inspiró.

Cogió aire y volvió a soltarlo.

¡OTRA VEZ!

Coge aire.

Despacio.

RESPIRA.

Por fin consiguió tranquilizarse y se concentró de nuevo en las niñas.

Habían salido del hotel, corrían hacia el acantilado.

Una de las niñas parecía muy enfadada. Y completamente consternada, casi desesperada.

La otra niña, la niña de la habitación número once – Amelie – Sienna estaba convencidísima de que era ella, estaba aterrada.

Déjame en paz, le gritaba por encima del hombro a la otra niña.

Pero su perseguidora no la soltaba, igual que un pitbull.

Admite que estás mintiendo.

¡Admite que solo quieres enfadarme!

¡No!

¡Te odio!

¡Me da igual!

¡Admite que te lo has inventado todo!

No lo he hecho. Tu padre le gritó a esa mujer. Estaban peleándose. Y él parecía furioso. Tenía cara de ogro. Y entonces la agarró.

Sienna vio cómo la otra niña alargó el brazo, agarró a la niña de la habitación número once por el pelo y tiró de ella.

Las dos fueron a trompicones acercándose al borde cuando la niña de la habitación número once se soltó y…

Sienna soltó un grito.

—¿Ha visto algo revelador? —quiso saber la mujer.

Sienna se la quedó mirando, incapaz de pensar con claridad. Entonces asintió levemente.

Vaya si había visto, mucho más de lo que estaba dispuesta a soportar.

La bilis le llegó hasta la garganta.

—¿Quiere que pida ayuda? Parece estar a punto de desmayarse.

—Estoy bien —balbuceó Sienna con voz rota y se incorporó. Miró a la mujer, tragó—. Tengo que irme.

—No creo que sea una buena …

—¡Tengo que hacerlo! —la interrumpió Sienna—. Muchas gracias por su ayuda. Ni se imagina lo mucho que esto significa para mí. —

Se levantó, trató de dominar el mareo, miró a la mujer—. En serio, estoy bien.

De vuelta en su propia habitación, Sienna se puso el abrigo, bajó al vestíbulo. Al ver que hoy era la jefa la que se encargaba del turno de noche, respiró aliviada.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

La mujer de detrás del mostrador asintió con la cabeza, miró preocupada a Sienna.

—¿Se encuentra bien? Está usted pálida. ¿Le ha sentado mal la comida? ¿Quiere que llame a un médico?

—Estoy bien, por dios —dijo Sienna con más brusquedad que la intencionada. Alzó las manos para disculparse al ver que sus palabras habían afectado a la mujer—. Lo que pasa es que necesito averiguar algo acerca de una mujer que estuvo empleada en este hotel hace unos veinte años. Se llamaba Mary.

Sienna se dio cuenta de que, por una milésima de segundo, la mujer frente a ella se sobresaltó, pero recuperó el control al instante.

—¿Por qué quiere saberlo?

Sienna suspiró.

—Porque ese mismo año en el que desapareció Mary también desaparecieron la pequeña Amelie y mi padre. No sé, pero tengo la sensación de que está todo relacionado.

La mujer miró a Sienna con ojos amables.

—Amelie estaba jugando junto al acantilado cuando cayó al vacío. Era un terremoto, no paraba quieta. Y se dice que Mary huyó de su marido. No se encontró ningún cadáver, ningún indicio de que hubiera sido víctima de un crimen. —Calló, miró a Sienna—. ¿A qué se refiere cuando dice que su padre también despareció?

—Nos abandonó a mi madre y a mí. Creo que fue cuando estábamos veraneando en este mismo hotel.

—Pero ¿qué tiene que ver con el accidente de Amelie y la desaparición de Mary? Creo que está usted imaginando cosas.

Sienna sacudió la cabeza con impaciencia.

—Por favor, necesito saber de dónde era Mary. Sé que se apellidaba Wood, pero en esta zona hay varios que se apellidan así.

La mujer soltó un suspiro hondo.

—Mary era de Boscastle, o, mejor dicho, lo era su marido James. Nació y se crio aquí. Ella se mudó aquí tras la boda. Creo que era originaria de Londres, pero no lo puedo asegurar. El caso es que vino a pedirme trabajo porque no tenía carné de conducir. Tanto daba que diluviara o que hiciera un sol de justicia, ella siempre venía en bicicleta al trabajo. Hasta que un día dejó de venir.

VEINTE
BOSCASTLE

2019

Sienna tenía el corazón desbocado al dirigirse hacia la casa de la familia Wood. Titubeó un instante, luego extendió la mano, tocó al timbre.

Nada.

Volvió a intentarlo, esperó.

Por fin oyó un chirrido en el interior, se preparó.

Se abrió la puerta y ante ella apareció un hombre en silla de ruedas.

La observó atentamente, de hecho, con gesto cordial, ladeó la cabeza.

—Deje que advine: quiere venderme algo o soltarme algún rollo… —Sonrió, soltó una sonora carcajada al ver cómo a ella se le abría la boca de asombro—. Estaba bromeando, señorita. Por favor, no se enfade con este viejo por una broma.

Sienna quedó mirando al hombre, sin saber muy bien cómo manejar su forma de ser. Por un lado, parecía relajado y resuelto, casi simpático, pero por otro lado había algo que le decía que se anduviera con ojo.

Cogió aire, le devolvió la sonrisa.

—Ni quiero venderle nada ni convencerlo de nada tampoco —explicó—. Soy Sienna Aschenbrenner y estoy aquí… —Calló de

golpe.

¿Por qué estaba aquí? ¿Qué quería de este hombre? Por una milésima de segundo estuvo tentada de dar media vuelta y salir huyendo, pero entonces comprendió que era la silla de ruedas la que la desconcertaba.

—Tengo esclerosis múltiple —dijo el hombre, como leyéndole los pensamientos—. ¿Sabe lo que es?

Sienna asintió avergonzada.

—Siento mucho haberlo mirado de esa forma —se disculpó.

—No se preocupe —respondió el hombre—. Llevo con esta mierda desde hace casi doce años. Por suerte, solo tengo que tirar de la silla en ocasiones especialmente jodidas. O cuando tengo una crisis aguda.

—Entonces ¿hoy no tiene un buen día? ¿Prefiere que vuelva en otra ocasión?

El hombre sonrió.

—Ni siquiera sé a qué ha venido.

Sienna tragó.

—Eso… no es fácil de explicar. He venido porque quiero hablar con usted sobre Mary. Desapareció hace mucho tiempo, igual que mi padre. —Calló, miró alrededor, volvió a dirigirse al hombre—. ¿Le importaría si hablamos dentro? Lo que le quiero comentar no es algo que convenga hablar en la calle.

Poco después estaban sentados uno frente a otro en un salón muy acogedor. Sienna se sentía embotada. De repente, no supo por dónde empezar, abrió la boca un par de veces, pero volvió a cerrarla.

—Tranquila —trató de ayudarla el hombre mirándola con amabilidad en los ojos.

Ella asintió con la cabeza, tragó.

—Su esposa, Mary, trabajaba en el Cliff Ville.

—De eso hace mucho —respondió James Wood asintiendo.

—Mi padre también desapareció por esa época… o, mejor dicho, nos abandonó. De la noche a la mañana y no apareció nunca más. Por aquellas fechas y también en el Cliff Ville perdió la vida una niña llamada Amelie. Cayó por el acantilado.

Sienna se detuvo, miró expectante al hombre.

—Recuerdo a la niña —explicó él—. Su muerte causó una gran conmoción. Tanto que eclipsó casi por completo la desaparición de mi mujer. De todos modos, todo el mundo creía que se había largado, que me había abandonado para no volver.

—Y usted, ¿qué cree?

James Wood suspiró.

—Ojalá esté bien y ojalá fuera eso: que quería largarse, pero para ser sincero, creo que ha muerto hace mucho.

Sienna se asustó al ver el rostro del hombre, en cuestión de segundos pareció envejecer años. Pero había algo más que no supo identificar.

—Mi padre —prosiguió ella—, creo que hizo cosas horribles. Y creo que esas cosas tienen que ver con la desaparición de su esposa. —Cogió aire, guardó silencio un instante—. ¿Sabe por casualidad si su esposa conocía a mi padre? Se llama Allen Ward.

El hombre frunció el ceño, reflexionó. Finalmente, negó con la cabeza.

—No me suena de nada. ¿Por qué quiere saberlo?

Sienna se encogió de hombros.

—Lo dicho, los dos desaparecieron casi al mismo tiempo. Y creo que existe una relación. Y si es así, tenían que conocerse.

James miró a Sienna.

—No necesariamente. Quiero decir, Mary limpiaba las habitaciones del Cliff Ville. Y si usted veraneaba allí con su familia, su padre y mi mujer tuvieron que cruzarse, sin por ello tener que conocerse.

Sienna negó lentamente con la cabeza.

—Hay algo que usted no sabe. —Calló, meditó sobre cómo formular lo que quería decir, tragó para combatir el malestar en su interior.

—En todos estos años yo no supe qué había pasado exactamente durante ese verano, pero ahora… ahora lo recuerdo—. Inspiró hondo, decidió omitir lo de la sesión de hipnotismo, empezó por lo más importante—. Esa niña… Amelie… era mi amiga —explicó Sienna—. Estaba alojada con sus padres en la habitación número once del Cliff Ville y ella y yo estábamos siempre juntas. Un día me

dijo que había visto a mi padre discutir con la chica de la limpieza. Que la agarró del cuello, que la asustó. —Le falló la voz, carraspeó, eludió la mirada de James.

—¿Qué pretende decirme? —preguntó él en voz baja—. ¿Que su padre le hizo algo a mi Mary?

—Quizás —admitió Sienna con voz cortada—. Al menos le daría sentido a la pelea que vio Amelie.

—¿Y si pelearon por otro motivo? ¿Algo relacionado con el trabajo de Mary?

Sienna negó con la cabeza.

—No creo —logró emitir—. Mi padre no es… no es… una buena persona, ¿entiende? —Titubeó de nuevo en busca de palabras—. Como también creo que el accidente de la niña no fue tal.

—¿Qué insinúa? —De repente la voz de James adquirió un tono duro, casi… al acecho.

—Está claro —explicó Sienna en voz baja—. Amelie me habló de la pelea que vio. Poco antes de desaparecer su esposa. Y luego… creo que dos días después… Amelie cayó por el acantilado. Ella – la única testigo de la riña entre mi padre y su esposa. Eso no puede ser casualidad.

James le cogió la mano, se la apretó con fuerza, clavó una mirada de acero en su rostro.

—¿A dónde quiere ir a parar? ¿Y por qué cree que su padre es una mala persona? ¿Qué ha hecho?

Sienna inspiró hondo. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Creo que ha matado a mi madre. Porque sabía algo de él que no podía salir nunca a la luz. Algo muy, muy malo.

El hombre la miró con lástima.

—Siento lo de su madre. ¿Qué pasó?

Sienna sacudió la cabeza.

—Hacía siglos que no venía a esta zona. Creo que desde que desapareció mi padre. Y de repente, hará un mes, viene así sin más y la agreden. Los golpes que le dieron fueron muy graves, tanto que murió a los pocos días.

El hombre la miró preocupado.

—¿Y cree que fue el padre de usted?

—¡Lo sé! —respondió Sienna más fuerte de lo intencionado—. Porque sabía lo que había hecho.

—¿Y qué hizo?

El sabor de la bilis le llegó a la boca, Sienna tragó, jadeó.

El hombre abrió asustado los ojos.

—¡Dios mío! ¿No se encuentra bien? ¿Quiere un té?

Sienna asintió agradecida, siguió luchando contra las lágrimas. Se concentró en respirar, se obligó a no perder la compostura.

James asintió con amabilidad, se dirigió en su silla a la cocina.

Sienna se preguntó si no debería ofrecer por lo menos su ayuda, echarle una mano, pero decidió que sería mejor para todos seguir allí sentada tratando de poner algo de orden en el caos que tenía en la cabeza. Se recostó en el sofá cuando se fijó en las fotografías enmarcadas y expuestas en la repisa de la chimenea. Sabía que era de mala educación levantarse para mirar las fotos privadas de desconocidos, pero no pudo controlar la curiosidad. Era como si aquellas fotos la estuvieran llamando misteriosamente.

Algo en su interior se removió al ver en una de las fotos una familia feliz. Reconoció a James, a Mary, que abrazaba cariñosamente a un niño de unos seis años.

Algo en su interior empezó a despedazarse. Ese niño…. Algo en su rostro le resultaba familiar. Sintió que lo había visto antes.

Puede que Mary lo llevara de vez en cuando al trabajo al hotel.

¿Habían ella y Amelie jugado con él?

Pero había algo más…

Notó un cosquilleo en su interior, como mariposas en el estómago, y de repente lo supo.

Su madre…

En el hospital había mencionado a un niño pequeño.

Sienna lo había achacado como algo sin sentido debido a la lesión cerebral, pero ahora comprendió que se había equivocado.

¿Podría su madre haberse referido a este niño?

Y si sí, ¿por qué?

¿Qué pintaba en todo esto un niño que en aquella época tendría unos seis años?

¡Puede que tanto o nada como Amelie!, sugirió la voz de su cabeza.

Sienna suspiró, luego estudió las demás fotos.

Mostraban a un joven y atractivo James pescando salmones en Canadá, buscando oro en Australia y haciendo parapente en Nueva Zelanda y los Estados Unidos.

Aquellas fotos tenían algo inquietante, pero Sienna no supo decir por qué. Cuando todo empezó a darle vueltas, cerró los ojos para sofocar el mareo. ¿Qué demonios le estaba pasando?

¿En serio eres tan idiota?, la voz estaba furiosa. *Lo tienes delante de tus narices ¿y sigues sin verlo?*

Cuando por fin todo encajó y Sienna comprendió por fin, creyó que iba a desplomarse. Se agarró a la repisa, no pudo apartar los ojos de las fotos.

Canadá.

América.

Australia.

Nueva Zelanda.

¡Las postales!

Y de repente… dejaron de llegarle.

Supuestamente porque su padre quería empezar de cero.

Sienna parpadeó cuando empezó a ver borroso. Tuvo que concentrarse para no desmayarse y seguir mirando las fotos de James mientras la ira se iba abriendo paso en su interior. No sabría decir con quién estaba más furiosa, si con ella misma o con este cerdo asqueroso o su propia madre.

—Hace mucho que quiero deshacerme de esas fotos. —La voz de James se abrió camino entre la espesa niebla.

Sienna se giró de golpe, asustada.

—Lo siento —farfulló—. No quería… es decir… —Se calló.

James sonrió.

—No pasa nada. La verdad es que son unas fotos fantásticas. A mí también me gusta mirarlas, pero en días como hoy me ponen triste.

¡Disimula!, susurró la voz en su interior y Sienna se concentró en parecer lo más relajada y neutral posible.

—¿Cuándo estuvo en Australia? Qué emocionante lo de buscar oro. ¿Encontró algo?

—Eso tuvo que ser en primavera del 2003. —James se rio—. No fue tanto, pero llegó para pagar un par de buenos chuletones.

—¿Y su hijo? ¿También lo acompañaba?

James negó con la cabeza. De repente pareció abatido, casi triste, pero Sienna tuvo la sensación de que justo eso era la impresión que quería causar en ella.

—Tras la desaparición de Mary, Isak se fue con mis padres porque yo viajaba mucho por trabajo. Me planteé en alguna ocasión si llevarlo conmigo, pero el niño prefería quedarse con los abuelos. A día de hoy sigue sin gustarle lo de volar, prefiere quedarse en la patria. Supongo que tiene que ver con la desaparición de su madre. Aquí todo le recuerda a ella. Por eso me visita tan a menudo y eso que hace años que vive con su familia en Stratton.

Sienna asintió, señaló la foto de James en Canadá.

—¿Y esto cuándo fue?

James frunció el ceño.

—Eso fue en otoño del 2003. Era mi sueño ver con mis propios ojos el verano de san Martín en Canadá. ¡Qué colores! ¡Un sueño!

—¿Y en Nueva Zelanda cuándo estuvo?

—Eso fue en primavera del 2004. Tuve que ir por trabajo y aproveché para quedarme una semana más. ¿Ha estado alguna vez?

Sienna asintió.

—Tres días, por trabajo. Aunque no tuve ocasión de ver gran cosa.

—¿A qué se dedica si me permite preguntarlo?

Sienna tragó.

—Soy fotógrafa. Trabajo para una editorial especializada en guías turísticas. Supongo que heredé el talento para ello de mi padre.

El hombre asintió, pareció darse por satisfecho.

La ira en el interior de Sienna iba en aumento.

Vio la foto en Estados Unidos que mostraba a James en un helicóptero sobrevolando el Gran Cañón.

—Esto es impresionante.

James se hinchó de orgullo.

Fue una locura. Aquel vuelo me mostró lo insignificantes que somos las personas en comparación con los milagros de la naturaleza. Esa foto es del 2005, el día de mi cumpleaños. Es la única experiencia en la que a Isak le hubiera gustado estar.

Sienna asintió y se esforzó por mostrarse impresionada mientras que en su interior se le estaban encogiendo las tripas.

—Qué envidia. —Esbozó una sonrisa falsa, deseando que resultara creíble—. ¿Puedo usar el baño?

El hombre asintió.

—Al final del pasillo a la derecha.

Mientras salía de la sala, notó la mirada de James clavada en su espalda. Se preguntó si sus preguntas le habrían hecho sospechar o si el brillo de preocupación en sus ojos no eran más que imaginaciones suyas.

En el cuarto de baño cerró la puerta con llave, se arrodilló, soltó un sollozo ahogado.

¡Qué estúpida había sido!

Aunque no solo ella…

Su madre también estaba completamente equivocada.

Pensamientos absurdos y hechos cristalinos se fueron transformando en una imagen global.

Empezó a temblar, le costó no dejarse llevar por la ira. Tenía que mantener la calma, parecer relajada para no levantar sospechas en James.

Cogió aire.

¡La había engañado!

A todos ellos, a lo largo de décadas.

No había sido su padre quien había matado a todas esas chicas, sino él.

Primero en la zona, hasta que su padre lo había descubierto.

Por eso estaban las fotos de las chicas en su poder y por eso le había dicho a Ria que de momento no podía trabajar, sino que tendría que ocuparse primero de otra cosa.

Había tenido sus sospechas.

¿Era esa la razón de por qué se había peleado con Mary? Ella no le había creído y había acudido a su marido. Y por eso James arrojó

a la pequeña Amelie por el acantilado. Porque había sido testigo de la riña entre la esposa de James y su padre.

Y Mary… Todo le daba vueltas a Sienna.

A ella también la había matado… era un riesgo demasiado grande después de que un desconocido le hubiera contado todas esas cosas horribles sobre su marido.

Puede que James temiera que tarde o temprano ella también empezaría a sospechar.

A Sienna le entraron arcadas cuando fue consciente de a dónde iba a parar todo. Se arrastró hasta el inodoro, subió la tapa, vomitó.

Cuando ya solo expulsó bilis, se limpió la boca, se levantó, respiró hondo.

Su padre…

No había sido él quien había enviado todas aquellas postales, sino James.

Pero ¿por qué iba a mandarle un desconocido postales? ¿Y firmadas con el nombre de su padre?

Sienna soltó un gemido de dolor.

Porque está muerto… ¡Hace mucho que lo está!

Aquello fue como un puñetazo. Durante una milésima de segundo le cortó la respiración, la hizo tambalearse.

James había matado a su padre aquel verano y había enterrado su cadáver en algún sitio.

Luego lo había hecho pasar como un marido que abandona a su familia. Lo había hecho porque sabía que su padre lo descubriría todo. Y luego había manipulado las pruebas para que fuera su padre el culpable a ojos de los demás. Por si las moscas…

Lo que significaba que de ahí en adelante no podía seguir matando dado que su padre, el supuesto asesino, ya no vivía en Inglaterra, sino que se había largado. Había convertido a su cazador en chivo expiatorio y por ello había tenido que seguir con sus asesinatos en el extranjero.

Y su madre…

Sienna sacudió la cabeza.

¿Cómo encajaba ella en todo esto?

¿Qué papel había desempeñado ella?

¿Sabía que su padre estaba muerto?

¿Que las postales no eran suyas?

Sienna recordó aquel momento de su infancia cuando le había contado a su madre cuál era su mayor deseo. Su deseo era pasar un día con su padre, uno solo, eso debió de ser uno o dos años después de su desaparición. Le había rogado a su madre, le había preguntado una y otra vez si vendría, pero la cara de su madre se lo había dicho todo.

Claro que lo sabía.

Puede que incluso estuviese implicada.

Pero ¿cómo?

Sienna cerró los ojos, repasó todo punto por punto. Era como un puzle de mil piezas del que tenía que averiguar por dónde empezar.

Su madre creía que su esposo era un asesino en serie.

Sienna asintió.

Puede que incluso permitiera que Janes lo matara.

¿Por qué?

¿Por chantaje?

Al fin y al cabo, creía que su marido era el culpable de la muerte de la esposa de James y de una niña. Más todas las chicas de los años anteriores.

Por miedo a que la verdad saliera a la luz, cosa que hubiera afectado tanto a ella como a Sienna, había urdido un plan con James para ocultar la muerte de su marido.

De ahí las postales.

Y un día descubrió los artículos sobre las chicas desaparecidas y asesinadas en el extranjero. Todas ellas asesinadas tras la muerte de su esposo.

Solo tuvo que sumar dos más dos para comprender que la habían engañado. Que su marido no era el asesino, sino el hombre al que había encubierto todos estos años.

Por eso había regresado.

Para hacer justicia.

Le había confesado todo a su suegra, los hechos y los motivos. Eso había desencadenado el ataque de Serafina, al comprender que, durante todos esos años, había esperado en vano a su hijo.

Su madre había ocultado la caja en el armario de Serafina, por temor a que James la encontrara y la hiciera desaparecer junto a ella. Había quedado con él, pero antes quería conseguir otra prueba para la policía.

Por eso aquella noche había salido con una pala en la mochila. Porque había querido desenterrar los restos de su marido…

Sienna rompió a llorar.

Más arcadas.

—¿Está bien? —oyó de repente la voz de James, un miedo atroz se apoderó de ella.

De nuevo esa voz al acecho.

¿La había desenmascarado?

¿O había levantado sus sospechas al quedar tanto tiempo encerrada en el baño?

—Estoy bien —respondió Sienna rápidamente, pero no pudo evitar que su voz sonara como un balbuceo.

Se levantó, se enjuagó la boca en el lavabo, se lavó la cara con agua helada.

Cuando creyó ser de nuevo dueña de la situación, abrió la puerta, salió al pasillo y se encontró con una escopeta apuntándola.

VEINTIUNO

BOSCASTLE

2019

—Ya sabía yo cuando te vi aparecer en mi puerta que ibas a causarme problemas. —James le dirigió una mirada de hielo, sacudió la cabeza en un gesto de lamento—. Eres mucho más lista que tu madre, pero no lo suficiente como para saber lo que te conviene—. Sonrió—. Niña, niña, niña. ¿Qué voy a hacer contigo? —Soltó una carcajada que más pareció cacareo, la miró con respeto—. Unos añitos atrás se me hubiesen ocurrido unas cuantas cosas—. Otra risa —. Eres un bombón. Clavadita a tu padre. Has heredado sus ojos y el cabello castaño. Nada más verte supe que eras hija de ese pobre diablo.

Sienna dio un paso atrás, cogió aire. Y la ira estalló por fin.

—¡Hijo de puta! —le espetó entre dientes, adiós a las buenas maneras – estaban fuera de lugar—. Mataste a mi madre porque había descubierto que habías sido tú.

James la estudió un instante, luego hizo una mueca.

—Me temo que te equivocas —explicó—. No supe nada de tu madre durante todo este tiempo, ni siquiera sabía que había vuelto, hasta que oí hablar de una periodista alemana a la que supuestamente habían agredido.

Sienna lo miró confundida.

—¿No fuiste tú?

James negó con la cabeza.

—Pero me imagino quién fue. El chico siempre ha sido muy rencoroso. Sobre todo, en lo tocante a lo que le pasó a su madre. Porque creyó lo que decía la gente, esas historias de que me había abandonado. Empezó a hacer preguntas, recordó finalmente la noche en la que vino tu madre a hablar conmigo. —Soltó un suspiro teatral—. Seguro que nos escuchó a escondidas, a tu madre y a mí. Estábamos comentando lo que Marlene había descubierto acerca de su marido y mi hijo se enteró cómo dijo que sabía que tu padre también había matado a Mary. La mujer estaba convencida de saber toda la verdad, cuando en realidad seguro que nunca en su vida estuvo tan equivocada.

Sienna se sobresaltó.

Ahora por fin cobraba sentido lo que su madre había dicho sobre aquel niño pequeño.

Isak Wood…

El chico de la foto.

Él había matado a su madre. Porque pensaba que había sido el marido de ella el que a su vez había matado a la suya.

—¿Por qué? —susurró—. ¿Por qué mató Isak a mi madre? Aunque hubiese sido mi padre, ¿qué culpa tenía mi madre?

James esbozó una sonrisa maliciosa.

—No oyó toda la historia, solo la parte en la que tu madre aseguraba que había matado a la madre de mi chico y a aquella niña porque por lo visto sabían demasiado. Amelie estaba al tanto de la pelea y Mary, de todas las chicas con las que supuestamente había acabado tu padre. —Otra risita malvada—. Pero el muchacho no se enteró de que tanto tu madre como yo ya sabíamos cómo iba a acabar todo para tu padre… «el asesino». Todos estos años creyó que habíamos permitido que el asesino de su madre se largara sin más y que no había recibido el castigo que se merecía. Supongo que por eso fue por lo que se hizo policía. Pasó mucho tiempo buscando a tu padre, pero al final se frustró tanto que se le cruzaron los cables cuando volvió a ver a tu madre después de tanto tiempo.

—¿Por qué no fue a la policía en su día? ¿Por qué no contó lo que había oído?

James hizo un gesto de rechazo.

—Era un niño manipulable. Yo no podía correr el riesgo de que involucrara a la policía. Había demasiado en juego. Así que lo convencí de que no había oído bien, que estábamos hablando de otra cosa, pero con el paso del tiempo, a medida que se iba haciendo mayor, empezó a investigar por su cuenta. Juntó las piezas a su propio modo. ¿Entiendes?

Sienna asintió con la cabeza.

Así que su madre había muerto porque el niño de entonces, al igual que ella ahora, lo había interpretado todo mal.

Se le anegaron los ojos de lágrimas.

—Usted mató a todas esas chicas. Primero aquí y luego en el extranjero. Mi padre lo descubrió, por eso lo mató e hizo que cargara con la culpa.

El hombre alzó las cejas.

—¿Crees que eso fue lo que pasó? —Se rio—. Qué equivocada estás. Al menos en lo referente a la muerte de tu padre. —Cogió aire, la miró con lástima—. Voy a contarte todo desde el principio. Mi Mary y tu padre hacía mucho que estaban liados, porque yo… bueno… viajaba mucho por trabajo y no le prestaba a Mary la atención que esta exigía. La cosa duró unos cuantos meses hasta que ella puso fin a la aventura, por lo visto porque se sentía incómoda por Isak y por mí. Remordimientos y esas cosas. Me lo confesó todo y me juró que no volvería a pasar y durante unas cuantas semanas estuvimos como antes. Al fin y al cabo, yo también tenía mis secretitos… —Soltó una carcajada—. Por aquel entonces ya limpiaba en el Cliff Ville. Un día encontró un colgante en forma de mariposa en mi armario. Me preguntó de dónde había salido y no me quedó más remedio que decir que era un regalo para ella por nuestro aniversario de boda. Se lo puso y no se lo volvió a quitar, lo llevaba incluso al trabajo.

»Y un día se cruzó con tu padre en el hotel. Parece que reconoció el colgante porque, por la razón que fuera, seguía lo que se publicaba sobre los asesinatos. Empezó a comerle el coco a mi mujer. Esa fue la pelea que vio la peque. Mi Mary me vino con el

cuento porque creía que tu padre se estaba pasando y que lo hacía por celos, porque ella había roto con él.

»Me di cuenta de que tu padre, y también Mary por mucho que lo sintiera, se estaban convirtiendo en un peligro. Así que esa noche la golpeé, la llevé mar adentro, la hice desaparecer, al día siguiente denuncié su desaparición. Obviamente también hice desaparecer un par de cosas suyas para que desde el principio se pudiera barajar la posibilidad de que se había largado. Poco después se cayó la pequeña Amelie por el acantilado y ya solo se habló de ese accidente, cosa que me vino de perlas, porque además introdujo a tu madre en el plan. Un día, tras la muerte de Amelie, se presentó en mi casa contándome entre lágrimas que creía que su marido había matado tanto a Mary como a la pequeña—¿Mi madre vino por *motu proprio*? ¿Por qué iba a hacer algo así?

—¿Porque hacía tiempo que estaba hasta el moño de tu viejo? Estaba al tanto de todas sus aventuras, que se follaba todo lo que se movía. Un día encontró un par de fotos de unas chicas denunciadas como desaparecidas. Se ve que se lo comentó, pero su maridito la mandó a paseo.

»Luego os vinisteis de vacaciones, que fue cuando discutieron tu padre y mi mujer. Él reconoció el colgante de inmediato, hizo averiguaciones sobre mí, lo descubrió todo. Intentó convencer a Mary para que fuera con él a comisaría, pero ella se negó. Por desgracia le arrancó el colgante del cuello, poco después lo encontró tu madre y obtuvo con ello la prueba definitiva de que, aparte de ser un infiel compulsivo, tenía otro lado oscuro. Cuando Amelie se cayó y tú le contaste lo que tu amiguita te había contado, o sea, que había visto a tu papá discutir con mi esposa, ya no hubo más excusas. Marlene se plantó aquí. No tuve ni que molestarme en convencerla de que su marido era un pirado, ella ya lo sabía. Así que repasé con ella sus opciones. La fue guiando en la dirección correcta y al final optó por lo mejor para ti. Ir a la poli quedaba descartado por ti porque las consecuencias también recaerían sobre vosotras. Pero tragar con todo y callar sin más, tampoco podía porque ¿y si morían más chicas a manos de tu padre? Así que no me costó mucho convencerla de que lo mejor era matar a tu padre y hacerlo

desaparecer y hacerlo pasar como que se había largado y que os había dejado tiradas. Para darle mayor credibilidad, escondí el resto de mis trofeos en el maletero de su coche. Tu madre los encontró poco antes de llevarlo al bosque, donde yo ya estaba esperando. Acordamos que yo me encargaría de hacer desaparecer su ropa y su coche y que de vez en cuando te mandaría alguna postal haciéndome pasar por él. Y ya.

—¿Mi madre estuvo involucrada en la muerte de mi padre?

—¿Involucrada? —James soltó una carcajada sonora—. ¡Lo hizo ella, cariño! Menuda tía. Le echó algo en la copa, luego lo metió a él en el coche con la excusa de que tenía una sorpresa para él. Poco antes me había llamado por teléfono para decirme que llevara un martillo al punto de encuentro. Una vez allí, no perdió el tiempo, cogió el martillo y le destrozó el cráneo a tu padre. Luego lo enterramos y yo me encargué de que tu padre siguiera existiendo durante algún tiempo. Usé su tarjeta de crédito en el extranjero, le mandé a tu madre algún mensaje desde su móvil, dejando claro que el tío estaba hasta los huevos de su familia.

Sienna no daba crédito.

—¿Mi madre fue quien mató a mi padre? —Retrocedió hasta chocar con la pared, cayó de rodillas—. No… me lo creo.

—Y, sin embargo, así fue —dijo James sonriendo—. A saber, lo que me hubiera hecho si no llega a intervenir mi hijo.

—¡Hijo de puta, maldito! —La voz iracunda y profunda salió de la nada. Luego tanto James como ella notaron una sombra.

Isak estaba al otro lado del pasillo, apuntando su arma a la cabeza de su padre.

Al acercarse, Sienna recordó al joven agente con el que había hablado el otro día, solo que en esta ocasión su rostro no reflejaba amabilidad alguna, sino que se había convertido en una mueca pétrea. Representaba a alguien cuya vida y fe, en cuestión de segundos, no solo se habían hecho añicos, sino que se habían desintegrado en polvo. Se acercó hasta estar pegado a su padre, primero le lanzó una mirada sombría a Sienna, luego a James. Tenía la vena de la garganta hinchada y le latía, los músculos del cuello estaban tensos. Parecía estar luchando consigo mismo, debatiendo

consigo qué hacerle a ese hombre, después de enterarse de que él era quien le había destrozado la vida. De repente profirió un grito desgarrador que caló hasta lo más hondo de Sienna.

Observó a Isak, lo vio inspirar varias veces, sacar el seguro del arma, pegar el cañón en la sien de su padre.

—¿Algo más que quieras decir? ¿Que lo sientes, tal vez?

La voz de Isak no era más que un gruñido.

—Por favor —rogó Sienna asustada—. Ya ha muerto demasiada gente. ¿Por qué no vamos a la policía?

Isak soltó una risa triste, parecía el vivo retrato de su padre y Sienna no pudo evitar preguntarse cuánto no habría heredado de su sangre fría.

—Hijo —soltó James nervioso—. No tenías que haber oído esto. Lo de tu madre… Me entró el pánico, ¿vale? ¿Y si tarde o temprano se enteraba de todo? Siento mucho lo que le tuve que hacer y ojalá pudiera deshacerlo. Volver atrás en el tiempo y hacer las cosas de otra manera. —Se calló, miró suplicante a Isak—. Baja el arma, hijo. Hablemos con calma.

—¿Por qué? —preguntó Isak con tono neutral—. ¿Por qué hiciste lo que hiciste? Esas chicas, eran casi niñas, la pequeña Amelie, mi madre.

James dirigía nervioso los ojos de un lado a otro, luego soltó un hondo suspiro.

—Ya he explicado lo de tu madre, no tenía otra opción. Y esas niñas… —Se calló, se encogió de hombros—. Por nada concreto. Lo hice porque quería hacerlo y porque se presentaba la ocasión. Es como ir a cazar, ¿sabes? Me gusta ver cómo mueren otros seres vivos.

—¡Amelie tenía seis años! —chilló Sienna como enloquecida—. ¡Tenía toda la vida por delante!

—Eso no fue cosa mía. Tendrás que buscar a otro que cargue con la culpa. No entraba dentro de mi catálogo de presas.

Se oyó una detonación que interrumpió el asqueroso discurso de aquel hombre, su cabeza explotó ante los ojos de Sienna.

Sienna gritó, la sangre y la viscosa masa encefálica salpicaron la pared, el suelo y también la salpicaron a ella. Al notarlas en la cara,

le entraron arcadas. Todo su ser se negaba a mirar la cabeza destrozada de aquel hombre que había causado tanto mal, sin embargo, no conseguía apartar los ojos de él.

Y entonces…

Cayeron sobre ella todas aquellas imágenes.

Imágenes de sangre.

Mucha sangre.

Y de un cuerpo destrozado al pie del acantilado del hotel.

—¡No! —gritó Sienna y se levantó de golpe, quiso salir corriendo, pero la mano de Isak la agarró del brazo.

—¡Quieta! —le ordenó entre dientes.

—¡Suéltame! —rogó Sienna, luego volvió a desplomarse, empezó a sollozar.

—Siento lo de tu madre —dijo él y sonó sincero, pero Sienna lo hizo callar sacudiendo la cabeza vehemente.

—Fui yo —balbuceó en *shock*, miró primero a un Isak atónito luego al cadáver de James—. Lo de Amelie, ¿me oyes? No fue mi padre, ¡sino yo!

VEINTIDÓS
BOSCASTLE

2019

Isak la miró confuso.

—¿A qué te refieres?

Sienna tragó, señaló la cabeza de James.

—Esto… me ha hecho recordar lo que ocurrió. Cuando Amelie cayó por el acantilado también estaba todo lleno de sangre.

—¿Por qué crees que fue cosa tuya?

—Porque es la verdad. —Suspiró—. Amelie vio a tu madre y a mi padre discutir. Creyó que mi padre estaba agrediendo a la camarera. Pero él solo intentaba convencerla de que su marido era quien había matado a todas aquellas chicas. Ella se negó a escucharle así que él le arrancó el colgante. Amelie creyó que la estaba agarrando del cuello. Y como poco después tu madre desapareció, Amelie me contó que había visto a mi padre hacerle daño a la mujer desaparecida. Me enfadé mucho con Amelie porque creía que estaba mintiendo. Nos peleamos, ella salió corriendo, yo tras ella y entonces… —Sienna se interrumpió, temblando, bajó la mirada—. Entonces la empujé.

Durante un instante reinó un silencio sepulcral hasta que Isak lo rompió.

—Eras una niña. No sabías lo que hacías. Estoy convencido de que no querías hacerle daño intencionadamente.

Sienna miró a Isak.

—Claro que no quería hacerle daño. Pero lo hice. Murió por mi culpa. Y por mi culpa sus padres lo pasaron tan mal. Además, la muerte de Amelie fue el detonante para que mi madre creyera que mi padre era un monstruo. Está muerto, lleva todos estos años muerto, por mi culpa.

Isak sacudió la cabeza.

—Hubiese muerto de todos modos. Sabía demasiado. Y si no lo hubiera hecho tu madre, lo hubiera hecho mi padre… Con la sangre fría que tenía ya se le hubiese ocurrido una manera.

Isak carraspeó.

—Aquí el único culpable de todo es mi padre. Engañó a todo el mundo durante décadas, incluso a mi madre y a mí. —Isak miró con cara de asco el cuerpo de su padre—. Ese cabrón merecía morir, no como tu madre. —En cuestión de segundos perdió la compostura—. Dios mío —balbuceó—. La odié todos estos años, le deseé lo peor. De repente, la vi, la reconocí al instante. Perdí la cabeza. Intentó explicármelo todo, pero yo no la escuché. La golpeé hasta que dejó de moverse. Y aunque sigo convencido de haber hecho lo correcto, el sentido de culpa me está matando. Y más cuando te reconocí el otro día en comisaría. Estabas tan triste. —Suspiró—. Y todo esto porque mi padre nos mintió a todos. Cuando desapareció mi madre y murió Amelie, oí a tu madre y a mi padre hablar. No lo oí todo, así que fui juntando las piezas a mi manera. Al final, lo único importante para mí era que tu padre había matado a mi madre y que tanto la tuya como mi padre lo habían dejado irse de rositas. En el caso de tu madre… con el tiempo comprendí que solo guardaba silencio para protegerse, al menos es lo que creí, hasta el punto de permitir que la ira se fuera apoderando de todo mi ser. —Se acercó a Sienna, negó con la cabeza al ver que ella retrocedía asustada—. No voy a hacerte daño, confía en mí. No tienes nada que temer. —La cogió del brazo, la miró—. Ojalá pudiera dar marcha atrás en el tiempo. Tu madre… debería seguir a tu lado, todos vosotros, toda tu familia, no os merecías todo lo malo que os ha ocurrido por culpa de mi padre. —Isak parecía a punto de derrumbarse—. Y sé que no hay perdón para mí. Y, aun así, te pido que me perdones.

Sienna reflexionó, luego lo miró.

—Voy a necesitar algo de tiempo para eso. —Esbozó una sonrisa llena de sufrimiento—. Tanto tú como yo somos unas víctimas más de tu padre. Estamos vivos, pero ¿a qué precio? —Miró a Isak—. Lo mejor será llamar a la policía. Que se encarguen ellos de que todo el mundo se entere quién era tu padre y qué pasó realmente con toda esa gente.

Isak sacudió la cabeza, había pena en sus ojos.

—Me temo que a partir de aquí estás sola en esto. —Sacó el móvil, se lo entregó a Sienna—. La grabadora estaba en marcha. Desde casi el principio. Bastará para explicarle todo a la policía.

Sienna miró confundida a Isak.

—¿Qué significa eso? ¿Por qué estoy sola?

Isak suspiró, esbozó una sonrisa forzada. Luego levantó el arma, se encogió de hombros.

Sienna lo comprendió de golpe.

—¡No! —gritó—. Tú no eres como tu padre. Tú no mereces morir. Tienes familia, ¿no? ¡Piensa en ellos!

Isak asintió con la cabeza.

—Es lo que estoy haciendo. Mi esposa es la mujer más buena y justa que conozco. Jamás quedaría a mi lado si supiera que he matado a una persona inocente. Y siendo tan maravillosa como es, sufriría por abandonarme y hacerme daño. Y mi hijo, un niño maravilloso, sí, necesita un padre, pero, por lo que le hice a tu madre, de todos modos, no podría estar con él durante mucho tiempo. Así que lo mejor para todos es que le ponga fin a esto y pague ya por lo que he hecho.

Sienna señaló a James.

—Si ya lo has hecho. Hace mucho. Y mírame, yo también cargo con una culpa muy grande. Aun así, eso no me quita el derecho a seguir viviendo. Admitiré lo que hice, aprenderé a vivir con ello y de aquí en adelante seré mejor persona. Aún no es demasiado tarde, para ninguno de nosotros dos.

Isak ladeó la cabeza, sonrió.

—Te pareces mucho a tu madre —dijo con tristeza—. Esa fuerza, ese valor. Lo siento mucho. —Suspiró, luego todo transcurrió muy

rápido.

Antes de ser consciente de lo que estaba pasando, Isak ya había metido el arma en la boca y disparado.

Pero en esta ocasión, a diferencia de con su padre, la imagen del cráneo destrozado no resultó tan aterradora. Sienna se vio invadida por un tristeza aplastante, como si aquel joven le hubiera sido muy cercano.

Tal vez así fuera, pensó, porque en el fondo, Isak, al igual que su madre, Serafina y ella misma, era un individuo marcado por la vida y el pasado, que tan solo había soñado con encontrar por fin la paz.

Quizás ahora la había encontrado por fin.

EPÍLOGO

Cuatro semanas después

Una mano agarró la de Sienna, la apretó con suavidad. Miró hacia la izquierda, le sonrió a la mujer de pie junto a ella y que miraba apenada la tumba de su abuela.

—Gracias por haber venido.

Kristin la miró, también sonrió.

—Hace muchos años que conozco a su abuela, es más como estar junto a la tumba de un familiar que de una paciente. —Kristin suspiró—. Siento mucho lo de Serafina. He rezado mucho por ella. Recé para que lo superara y pudiera pasar aún algo de tiempo con su nieta.

A Sienna se le hizo un nudo en la garganta.

Kristin había dado en un punto sensible. Ella también había albergado la esperanza de tener a Serafina un poco más a su lado, de recuperar un poco de lo que habían perdido por culpa de ese monstruo.

Sin embargo, una noche recibió una llamada. Cuatro días tras la muerte de James.

Aquella noche Serafina había cerrado los ojos para siempre y a Sienna solo le quedó rezar. Rezar para que, a pesar del coma, su abuela se hubiera enterado de lo que Sienna le había contado en su última visita.

Había escogido las palabras con cuidado, no se había guardado nada, pero tampoco quería atormentarla más. Solo había querido ser sincera, pero no sabía si Serafina se había dado cuenta de todo, sobre todo de que el verdadero culpable había recibido su merecido castigo. Supuso que eso era poco consuelo para alguien que se había pasado veinte años esperando a volver a ver a su único hijo.

En el fondo Sienna estaba convencida de que era lo mejor que le había podido pasar a Serafina.

Quedarse dormida sin más, dejar de sufrir, tanto físicamente – que ya era duro de sobra – como anímicamente.

Le costó controlar las lágrimas cuando la gente de la funeraria introdujo la urna en el agujero. En su interior se expandió una sombría sensación de agobio que por una milésima de segundo le cortó la respiración. Supuso que se debía a que era el tercer entierro al que había acudido en pocos meses.

Primero su madre, luego Isak y ahora Serafina.

El recuerdo del entierro de Isak que databa de una semana atrás hizo que la recorriera un escalofrío.

Su esposa, se llamaba Rose, se había desplomado junto a la tumba de su marido. Había interrogado a Sienna días antes acerca de los últimos minutos de su marido, pero Sienna no había sido capaz de contarle toda la verdad. Lo que sí le había contado era que Isak estaba destruido emocionalmente y de ahí esa reacción tan nefasta.

Por suerte, su hijo era demasiado pequeño como para comprender las dimensiones de la tragedia alrededor de su padre.

En cuanto a James, nadie había acudido a su entierro. Al menos es lo que se murmuraba entre los vecinos de Boscastle.

Después de informar a la policía acerca de las muertes de James e Isak y haberles contado la razón de la muerte de ambos, las noticias se extendieron como un reguero de pólvora.

Todos los periódicos de Inglaterra publicaron que, por fin, tras tantos años, se había descubierto quién era el culpable.

La noticia que causó más revuelo fue el caso del joven que había sido acusado y condenado erróneamente por el asesinato de su exnovia. Aparentemente lo iban a indemnizar con una cuantiosa

suma, aunque, en opinión de Sienna, no compensaría ni por asomo el haber perdido los mejores años de su vida.

Tragó.

La policía seguía ocupada excavando la zona del bosque junto al páramo en busca de los restos de su padre. A veces se pillaba a sí misma maldiciendo a Isak por no haber dejado a su padre unos cuantos minutos más de vida para que Sienna pudiera preguntarle dónde estaba enterrado.

Aunque en el fondo daba igual. Algún día… algún día encontrarían su cuerpo y ella se encargaría de enterrarlo junto a Serafina.

¿Y ella?

Notó que Kristin la soltaba para dar un paso adelante.

Sienna le había pedido decir unas cuantas palabras en honor a su abuela dado que ella misma apenas la había conocido.

Escuchó las bonitas, aunque tristes, palabras de la enfermera, pero sus pensamientos volvieron a dispersarse.

Hacia lo que la esperaba de aquí en adelante…

Le había dicho a la policía que recordaba ser la causante de la caída de Amelie, pero dado que ella por aquel entonces no era más que una niña y que no había testigos que pudieran verificar que efectivamente había ocurrido así, no habría ningún tipo de consecuencias para ella. No tendría que preocuparse por nada.

Eso estaba bien porque, al contrario que Isak, ella estaba dispuesta a dedicar el resto de su vida a vivir y ser feliz al fin.

Todos así lo hubieran querido.

Su padre, su madre, Serafina, puede que incluso Isak.

Sin embargo, pensó en buscar a los padres de la niña y confesarles lo que había hecho. Contarles cómo y por qué había muerto su hija.

Se lo debía a Amelie. A una niña inocente que había tenido que morir por estar en el momento equivocado en el sitio equivocado.

FIN

AVANCE

DE OTRAS OBRAS DE

Daniela Arnold

SOBRE EL LIBRO

Una villa en el Lago de Garda.
Una boda de ensueño dentro de la alta sociedad.
¡Una trampa mortal!

Se suponía que la boda de Erin y John sería el día más bonito de sus vidas. Pero al día siguiente, desaparecen sin dejar rastro el novio y uno de los invitados.

Al principio, Erin se lo toma con bastante calma. Puede deberse a una riña o a la necesidad de distanciarse de tanto bullicio. Sin embargo, van pasando las horas, el día entero incluso. La inquietud va a más. La irritación se convierte en preocupación, hasta que, llegado a un punto, el miedo se adueña de todos.

El descubrimiento de un cadáver convierte el paraíso en una pesadilla. El pánico, la desconfianza, los reproches mutuos se apoderan del ambiente hasta hace nada tan distendido. Bajo la superficie reluciente de la alta sociedad se esconden viejas heridas, ira contenida y secretos bien guardados por los que más de uno está dispuesto a lo que sea. Incluso de matar.

Erin se da cuenta de algo: ¡No puede fiarse de nadie! Casi todo el mundo tenía razones para odiar al muerto. Y ninguno está diciendo toda la verdad.

PRÓLOGO

Los neumáticos se deslizaban silenciosamente sobre el asfalto mojado. En el interior del coche reinaba el silencio porque, antes de arrancar, había insistido en que no pondrían la radio para así poder concentrarse mejor. De vez en cuando, el silencio se veía interrumpido por el clic del intermitente al adelantar a alguien.

—Vas demasiado rápido —lo avisó ella al ver que, una vez más, accionaba el intermitente para adelantar a un SUV. Sabía que esa advertencia, al igual que demasiado criticismo, servirían de poco. Por eso procuró no sonar demasiado refunfuñona e insistente y tan solo murmuró—: Como detrás de la curva aparezca un control de tráfico, la hemos cagado.

Ignoró la mirada penetrante que le dirigió él a raíz de su elección de palabras. Ella, con ostentosa indiferencia, se puso a mirar por la ventanilla, observó las luces de las aldeas que iban dejando atrás. Lo malo era que no aguantaría mucho tiempo más. La tensión en su interior iba progresivamente a más. A pesar del calor bochornoso de fuera, en el coche la temperatura era muy agradable, sin embargo, lo único que ella percibió fue un escalofrío y que no presagiaba nada bueno. Y no tenía nada que ver con el aire acondicionado. Era miedo en estado puro.

Cuando ya no aguantó más, le echó una mirada de reojo y trató de discernir si él sentía lo mismo. Pero ni su lenguaje corporal ni la

expresión de su rostro le revelaron qué estaba ocurriendo en el interior de ese hombre.

Sorprendentemente, parecía relajado, estaba centrado en la carretera mojada y aparentaba tenerlo todo bajo control.

La realidad era otra. No tenían nada bajo control y mucho menos…

—Si, efectivamente, tenemos la mala suerte de toparnos con un control de tráfico, bastará la expresión de tu cara para delatarnos. —Con estas palabras, irrumpió él en sus pensamientos.

Volvió a sentir la mirada del hombre en ella, procuró mantener la calma y disimular su inquietud.

Por lo visto, no muy bien.

—Pareces una mala conciencia andante. ¡Los remordimientos te salen por cada poro de tu cuerpo! —se burló él.

Ella se incorporó en el asiento, suspiró.

—Al contrario que tú, no acostumbro a hacer aberraciones como esta. —Se calló, sacudió la cabeza. No valía la pena discutir—. Mira, acabemos con esto cuanto antes.

—Justo lo que tenía pensado hacer.

Ella tragó, carraspeó.

—¿A dónde vamos exactamente?

—Vamos a ir por la costa. Buscaremos un sitio tranquilo donde poder parar y… poder ocuparnos del asunto.

¡Ocuparse del asunto!

Eso era como decir: «Paramos a mear» o «A ver qué es ese ruido raro que hace el coche».

Sin embargo, la idea era…

—¿Has oído eso?

Ella se sobresaltó, lo miró.

—No. ¿El qué?

—Creo que venía del maletero.

Al oír su tono de voz, la recorrió un escalofrío. Se dio cuenta de que él también estaba asustado. Por su puesto que lo estaba. Al igual que ella, él también tenía mucho que perder.

Contuvo la respiración, escuchó atenta.

—Pues yo no oigo nada —fue su respuesta titubeante.

Él inspiró hondo, luego soltó el aire con fuerza.

—Sonó como a arañazos. Has tenido que oírlo.

—Ahí no hay nada. Además, tampoco puede ser —protestó ella —. Es imposible. Hemos comprado si tenía pulso. Ninguna señal de vida. Nada. Sea lo que sea lo que hayas oído no puede venir de…

Un grito ronco interrumpió su verborrea.

Se sobresaltó, se giró de golpe, a pesar de que el ruido procedía del maletero y no del asiento de atrás.

—Eso en cuanto a imposible —respondió él, accionó el intermitente y detuvo el coche en el arcén.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella, llevada por el pánico—. ¿Por qué paras?

—Si, efectivamente, nos para una patrulla, resultaría bastante revelador oír gritos en el maletero, ¿no te parece?

Con una sincronización perfecta, volvió a sonar un grito, seguido de un alargado quejido de dolor.

Lo miró, tragó.

—¿Y ahora qué hacemos?

—¿Nosotros? Tú, nada —gruñó él—. Tuviste tu oportunidad. A partir de aquí me encargo yo.

Se giró para abrir la puerta y apearse, pero ella lo retuvo agarrándolo del brazo.

—Es demasiado peligroso.

Él soltó un risa despectiva, se soltó.

—¿Crees que no puedo con esa poca cosa? ¿Por quién me tomas?

—¡Si no es eso! —protestó ella—. Lo que tengas pensado hacer dejará huellas. ¿Has olvidado que la idea era que pareciera un accidente?

Él frunció el ceño, resopló con desdén.

—¡Aquí la única idiota eres tú! Te lo dije desde el principio: esa dosis no va a llegar, pero tú, erre que erre que lo notaría en el sabor. Tenías miedo de que se diera cuenta. ¡Nos encontramos en esta situación de mierda por tu culpa! ¡Así que déjame hacer lo que tenga que hacer!

Las últimas palabras habían sido emitidas como un grito que provocó que en el maletero se oyera un llanto silencioso, pero que, aun así, llegaba hasta la parte delantera del coche. Luego, otro grito, seguido, finalmente, de aporreos.

No hizo falta averiguar de qué se trataba. Eran puños que aporreaban desde dentro la tapa del maletero.

—Por favor —rogó a los pocos segundos una voz ya sin fuerzas —. Dejen que me vaya. No se lo diré a nadie.

A lo que el hombre se detuvo, dirigió una mirada sombría a la mujer.

Esta, con gesto culpable, bajó la mirada y también se preparó para apearse.

—Por favor… —De nuevo la voz. Ahora sonó llorosa, suplicante—. Tengo una familia. Gente que me quiere y que me está esperando. Por favor, se lo ruego, ¡dejen que me vaya!

Oyó el suspiro de fastidio que soltó el hombre a su lado.

A ella le costó tragar. No era que las palabras de aquel pobre diablo allí atrás le fueran indiferentes. Al contrario que a él, sentía lástima de verdad. Y tenía sus razones. Era muy consciente de lo inevitable que era esta situación y también de las posibles consecuencias. Por eso no había lugar para la misericordia. Había que deshacerse de aquella amenaza, costara lo que costase.

El precio estaba claro. Se trataba de una vida humana.

Al reunirse con el hombre, que ya estaba junto al maletero, vio que llevaba una piedra en la mano. De bordes afilados y el tamaño de un puño.

El hombre la miró con mucha intensidad.

—Escúchame bien. Cuando abra el maletero, tendremos que ser rápidos, ¿entendido? Tú solo impide que se incorpore que yo le asestaré el golpe.

—Eso va a dejar una guarrería tremenda en el maletero — susurró ella preocupada.

—Si hay una lona en el fondo. Además, nadie sabe que estuvo con nosotros. Así que ese es el menor de nuestros problemas. En el peor de los casos, llevamos el coche a un túnel de lavado y luego lo despeñamos.

Ella asintió con la cabeza, inspiró hondo, se preparó.

—¡Adelante! Acabemos cuanto antes.

Él se puso en posición.

—A la de tres. Y tú ponte de manera que, si pasa algún coche, no vea lo que estamos haciendo.

Ella volvió a asentir.

—Uno.

Pulsó el botón para abrir el maletero.

—Dos.

Alzó la mano lentamente.

—*¡Tres!*

DESPEDIDA DE SOLTERA

ABANO THERME

HOTEL MIONI 5 ESTRELLAS

ERIN

—¿Qué tal todo por ahí? —preguntó John. Su voz sonó agitada. Le faltaba resuello, como si estuviera realizando una actividad que precisaba de fuerza física.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¿Estás en el gimnasio? —preguntó Erin irritada.

—No exactamente —respondió él. Se delató con una sonrisa—. Esta bailarina de *striptease* me está haciendo sudar la gota gorda.

—¿Qué…?

Él se rio.

—¡Tranquila, nena! Hemos salido con la bici y ahora mismo estamos subiendo una montaña. Todd se ha propuesto ir hasta el Lago de Idro. ¡Es una ruta impresionante! Preciosa, ¡pero te dejas los hígados! Así que, si no llego a la boda, ya sabes a quién agradecérselo.

Oyó la bulla y los cánticos de los demás chicos y sonrió.

—Te quiero —dijo en voz baja—. Pero este hotel…

—¿Qué pasa con el hotel?

—Lo odio. Es un…

—Un búnker de lujo, lo sé. —Entre resoplidos, John terminó la frase por ella—. He estado un par de veces. Y sí, es muy refinado. Pero confía en mí: acabarás adorándolo. El agua relaja que es una maravilla y la comida está riquísima. ¿Por qué no disfrutas de todos esos lujos, sabiendo que me estás dando tremenda envidia? Créeme, preferiría estar en la piscina y no aquí siendo secuestrado montaña arriba por una banda de locos.

—Aún no he ido a la piscina —dijo ella y no pudo aguantar más la risa.

John soltó un quejido teatral.

—Pues ya estás tardando, preciosa. Y no olvides: tienes garantizada mi envidia.

Media hora más tarde estaba bajando en el ascensor a la zona del balneario. Fue entonces que empezó a comprender a qué se refería John. Todo en aquel edificio irradiaba relax en estado puro. Las tumbonas mullidas en la zona de la sauna, la piscina climatizada, las piscinas repartidas por el jardín y cuyo olor a agua termal servía para hacerse una idea de lo sano que debía de ser meterse en ellas.

Miró alrededor en busca de Samantha y Julia. Las encontró en la parte más alejada del jardín, bajo un grupo de palmeras altas.

—Ahí está por fin —exclamó Samantha mientras alzaba un poco las gafas de sol para examinarla con el ceño fruncido—. ¿Y a ti qué te pasa? Cualquiera diría que estás a punto de casarte. Si parece que vayas a ir a tu propio funeral.

Erin sonrió.

—¿Tan mal?

—Ven aquí, tonta. Te hemos guardado un sitio.

—Gracias. Sois unos cielos. —Erin dejó la bolsa en la tumbona junto a la de su futura cuñada y observó a Julia, la esposa de Todd. Parecía estar dormida, pero Erin supuso que solo estaba fingiendo. Sabía que a Julia le molestaba el estilo directo de Samantha y que

por eso trataba de evitar cualquier situación en la que se viera obligada a conversar con ella. De ahí que fingiera estar durmiendo.

—¿Ya os habéis metido en el agua? —le preguntó a Samantha.

—Por supuesto —confirmó esta entusiasmada—. Antes de desayunar incluso. El agua está enriquecida con litio y no te imaginas lo bien que le sienta eso a mi psique.

Erin sabía que Samantha sufría de depresión, aunque desconocía el porqué concreto. Suponía que se debía a sus desavenencias con la familia. Solo se llevaba bien con John.

Erin le sonrió. Profundizar en el tema psique supondría una diatriba de la que podía prescindir.

—Pues a ver si lo disfruto yo también —dijo y se acercó a la piscina. Al llegar, probó la temperatura del agua metiendo con cuidado el dedo gordo del pie. Estaba muy caliente. Seguramente estuviera casi a la temperatura corporal – con el calor que hacía fuera, resultaba más bien desagradable. Aun así, se metió en el agua, para que luego no dijeran que era una desagradecida.

Era Julia quien estaba costeando la estancia de Samantha y la suya en este hotel. Qué menos que fingir que le gustaba el sitio y todos sus lujos.

Se sobresaltó al emerger Samantha a su lado. Hasta ahí el ansiado relax. Se apartó, fue a sentarse en la zona de hidromasaje en el centro de la piscina, cerró los ojos y trató de seguir el consejo de John: disfrutar sin más.

Bastaría con repetirse una y otra vez que la estancia aquí duraría poco tiempo. Dos días más y estaría en el Lago Garda, para ser más precisos, en Colà di Lazise. En este pueblo pintoresco al norte de Lazise se encontraba el hotel en el que iba a tener lugar su boda. Aunque decir hotel era quedarse muy corto. Se trataba de una villa antigua en la que más de un famoso había montado fiestas a lo grande.

Notó la suave presión del chorro de agua en la espalda. Oyó a Samantha charlar con alguien. Erin abrió los ojos, parpadeó a causa del sol que le daba de frente, se maldijo por haber prescindido de las gafas de sol para obtener un moreno uniforme en la cara.

A contraluz, vio a Julia acercarse a ella. Le sonrió.

—Quería darte las gracias —le dijo cual niña buena a su futura cuñada y extendió las brazos—. Por todo esto… Es maravilloso.

Julia asintió con la cabeza, esbozó una sonrisa amplia.

—Pues muy contenta no se te ve para ser sincera. Tengo que darle la razón a Samantha.

Así que, efectivamente, se había enterado de todo. Para Erin fue algo violento. Sin embargo, intentó que no se le notara nada.

—Esto es precioso, Julia, en serio. Es solo que me falta Johnny. Lo echo mucho de menos.

Julia se puso melancólica de repente, como tratando de recordar cuándo había echado así de menos a Todd, de manera tan intensiva y dolorosa.

Erin sabía que el matrimonio de Julia estaba pasando por una crisis, lo cual no solo se debía a que aparentemente uno de ellos no estaba en condiciones de tener hijos. Suponía que era por Julia. Aunque su cuñada, siempre tan distante y fría, nunca había mencionado nada al respecto. Julia siempre se mostraba inaccesible, casi arrogante. Sin embargo, tras conocerla un poco mejor, se descubría que se trataba más bien de una especie de escudo protector.

Samantha era diferente. Ella era abierta y directa, sincera a no más dar. Soltaba su opinión siempre que lo considerara oportuno.

—De todos modos, trae mala suerte follar con el novio las noches antes de la boda —anunció Samantha con energía, lo que en el caso de Erin le arrancó un sonrisa y en el de Julia, un suspiro de indignación.

—Supongo que sabrás que no estamos solas —soltó Julia con tono cargante.

A Samantha eso no la impresionó lo más mínimo. Soltó una sonrisa tonta y se encogió de hombros.

—¡Sácate ya ese palo que llevas metido en el culo, Juls! Estamos aquí para que Erin se desmadre a lo grande antes de entrar en nuestra horrible familia.

Julia se estremeció, miró a Samantha con mala cara y frunció el ceño.

—No somos tan horribles, ¿vale? Deberías estar agradecida por haber nacido dentro de una familia tan acomodada. Has nacido en cuna de oro y tienes unos padres que siguen haciendo lo que sea para que su hijita malcriada aún llegue a ser alguien.

Julia le había dado donde más le dolía a Samantha, la cual reaccionó al instante. Salió del agua, impulsándose con los brazos en el borde de la piscina, sin entrar al trapo a la reprimenda de Samantha.

—¿Acaso no es verdad? —insistió Julia mientras que Erin hacía lo que hacía siempre que los Carrington discutían entre sí: no inmiscuirse.

—A mí no me metáis —dijo entre risas, se levantó y fue tras Samantha. No para apoyarla, sino porque no aguantaba ni un segundo más en aquel agua tan caliente.

Se puso el albornoz, se tiró en la tumbona, cerró los ojos.

—Por cierto, ¿por qué has dejado la planificación de tu boda en manos de mi madre? —preguntó Samantha en voz baja, por lo que Erin se vio obligada a dirigirse a ella.

—¿La verdad?

—Siempre.

—No necesito tanta pompa y boato —dijo despacio, consciente de sus palabras—. Por mí, me hubiese largado con Johnny a Las Vegas para casarnos allí. Él y yo y nadie más.

Samantha sonrió, no pareció ofenderse por quedar excluida en esa versión.

—Y, aun así, la dejas hacer. ¿Por qué?

Erin soltó un suspiro que le salió del alma.

—Catherine se ofreció a ocuparse de todo. Le hace ilusión, todo lo contrario que a mí. No me van las fiestas con tanto boato. Si me presto a esta pantomima es por John.

Samantha asintió distraída, de repente, pasó de ser una mujer de treinta y un años a una niña soñadora.

—Te entiendo, en serio. Cuando me case, haré lo que acabas de decir. Solo él y yo y nadie más. Desde luego que nada de familia. Y menos la mía.

—¿Es que hay alguien por ahí? —quiso saber Erin, temiendo a la vez haber invadido la intimidad de Samantha, eso en caso de tener una zona protegida e íntima.

Samantha soltó una sonrisa pícara, luego miró a Julia, que seguía metida en la piscina y, finalmente, de nuevo a Erin.

—Para ser sincera, sí. Pero te juro que, si mamá y papá estuvieran al tanto, me desheredarían.

—¿Tan mal? —preguntó Erin—. Háblame de él.

—Es camarero. Es americano y estudia Historia del Arte. Sus padres son gente sencilla, pero muy buena gente, ¿entiendes?

Erin asintió sonriente.

—Tus padres los odiarían.

—No solo mis padres. —Samantha soltó una risa carente de alegría.

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber Julia, que, finalmente, había decidido hacerles compañía.

—Acabo de decirle a Erin la lotería que le ha tocado con John —mintió Samantha, a la vez que sonreía con picardía.

—¿A qué viene eso ahora? Hace nada estabas intentando quitarle la boda de la cabeza.

Samantha abrió los ojos, fingiendo consternación.

—Si no me refería a John, querida. Al fin y al cabo, dentro de nuestra inmensa familia, él es el único que no es un gilipollas redomado.